

Premio **ESRU** **OPINA**

Textos ganadores
de docentes

2016 - 2019



Premio **ESRU** **OPINA**

Textos ganadores
de docentes

2016 - 2019



INDICE

Prólogo	7
Entre limpiavidrios, mercachifles y von Humboldt, disertando	11
La educación en México y el olvido del sentido común	18
La educación, acción, pasión y encuentro	25
Babel	33
Transformaciones de la educación en México y el papel del docente	39
Sísifo, el alumno vagabundo	45
Patrañas, profe	53
Querido Tomasso	61
Práctica educativa, retos y satisfacciones de la vida académica	69
Anátidos volantes e ideario pedagógico	76
Premiaciones 2016 y 2017	84
Premiaciones 2018 y 2019	85
Dibujando las imágenes del porvenir	86
Chuang Tzu sueña...	94
El tejido educativo: Entre la conciencia y la ciencia	101
Educación y Juventud: Presente y Futuro	109
El reto es atreverse a saber	116
Enamora	124
Expansión superlumínica: Imaginario de la educación	132
Educar o enseñar.	
¿Cuál es el reto del docente en la actualidad?	139
Las aventuras de una filósofa no tradicional con sus estudiantes inadaptados.	145
Ganar al desgano, el reto de la educación preparatoria	153
Leer, pensar y ser	160

Prólogo

Bajo la iniciativa de su presidenta, la Dra. Amparo Espinosa Rugarcía, la Fundación Espinosa Rugarcía (ESRU) lleva promoviendo el Premio ESRU Opina en el Colegio de Bachilleres desde 2006.

ESRU Opina se instituyó para fomentar la creatividad y el pensamiento crítico de los estudiantes del Colegio de Bachilleres. Cada año, los estudiantes participantes escriben un ensayo sobre uno de una serie de temas propuestos que los motivan a reflexionar.

El Premio ha sido un éxito. En sus 14 años de vida se han presentado más de 40 mil trabajos; se han repartido más de 250 computadoras portátiles (el premio al primer lugar por plantel); y se han otorgado 13 viajes a España todo pagado para dos personas (el premio al primer lugar general).

La extraordinaria respuesta de los estudiantes no podría ser posible sin el apoyo de sus maestros. El papel de los maestros es crucial. No sólo motivan a sus alumnos a participar en ESRU Opina, también supervisan su trabajo y los acompañan hasta la entrega final.

En reconocimiento a la labor de los maestros y con la intención de ofrecerles un espacio para que ellos y ellas también se expresen, la Fundación ESRU decidió lanzar el Premio ESRU Opina Docentes en 2016 -en el décimo aniversario del Premio ESRU Opina. El formato es similar al de los estudiantes. A los maestros se les propone un tema de interés actual sobre el cual deben preparar un ensayo en el que demuestren su capacidad analítica. Los cinco ganadores reciben premios monetarios.

La respuesta de los maestros también ha sido estupenda y cada año se incrementa su participación. En la Fundación ESRU sabemos lo ocupados que están y lo difícil que es encontrar el tiempo para realizar actividades que están fuera de sus obligaciones académicas. Por ello, les ofrecemos un reconocimiento especial.

Este libro incorpora los trabajos ganadores de los primeros tres años de ESRU Docentes, así como los de 2019. En total son 20 escritos. Como podrán apreciar, las opiniones plasmadas demuestran una profunda reflexión de los temas cubiertos. Los autores deben sentirse orgullosos de la publicación de sus textos. Esperamos que el libro sirva de plataforma para que continúen escribiendo y compartiendo sus valiosos puntos de vista.

Quiero terminar extendiéndoles un profundo agradecimiento a las autoridades del Colegio de Bachilleres. Sin su inquebrantable apoyo desde el inicio los premios ESRU no serían una realidad. Es gracias a su entusiasmo e iniciativa que ESRU Opina y ESRU Docentes han logrado arraigarse en el Colegio de Bachilleres. En la Fundación ESRU esperamos que la publicación de este libro junto con los premios sirva de incentivo para que los participantes continúen superándose.

Julio Serrano Espinosa
Vicepresidente
Fundación Espinosa Rugarcía

Entre **limpiavidrios,** **mercachifles** **y von Humboldt,** **disertando**

Octavio Benjamín Pérez Ortiz

Primer Lugar ESRU Opina 2016

Entre limpiavidrios, mercachifles y Von Humbolt, disertando.

Primer Lugar ESRU Opina 2016

Transitando por las calles de la Ciudad de México, en esos días calurosos, en los que el aire acondicionado se pone hasta su máximo de frío, me es imposible el no ponerle atención a los limpiavidrios que hay en el semáforo en el que me encuentro atorado. Estos alegóricos personajes, que forman parte del folklore de la metrópoli contrastan socialmente con muchos acaudalados en sus autos de lujo, hacen manifiesta su presencia cada vez más en cada esquina. Uno podría pensar que este paisaje urbano es lo normal. Incluso, se puede llegar a concebir como algo natural el advertir a una legión de sujetos vendiendo excéntricas mercancías, a otros haciendo piruetas, a unos más limpiando vidrios y, los menos agraciados, pidiendo limosna. Pero creo, sin temor a equivocarme, que esto no debería ser así.

Sigo avanzando a vuelta de rueda y, otra vez alto. Reiteradamente la manada de olvidados se lanza entre los autos para vender, escupir fuego o limpiar vidrios. De pronto, uno de ellos me divisa y se lanza sobre mí, como ave de caza sobre su presa. Me apunta desafiante con su botella de refresco llena de líquido jabonoso a la par que le hago con la mano las señas de que no deseo que le arrojen a mi vehículo esa agua viscosa. Pero no me hace caso y comienza a esparcir la enjabonadura sobre el vidrio. Atónito e impotente acepto, a disgusto, esta imposición y hurgo en el monedero para darle el cambio que llevo, aunque si no les das nada, ellos mismos te advierten que vale igual si les das unas monedas a la vuelta. Mientras tanto, el granuja cumple afanosamente su misión de limpiar el cristal. Lo veo fijamente y hago todo lo posible para hacer de lado mi animadversión, la desconfianza que siento hacia los de su tribu y cavilo preguntándome ¿cómo es que en las últimas décadas el número de limpiavidrios ha crecido tanto? Acrecentamiento interrumpido sólo por la razón de que los sitios con bastante tránsito son limitados y a que existe, entre ellos, una competencia bárbara por ocuparlos; aspecto que promueve que los excluidos de entre ellos, se dediquen a otra cosa, como el formar parte de ese enorme ejército de mercachifles del metro, por dar un ejemplo. Actividades no menos penosas e igualmente con-

trarias a la dignidad humana. Por ello, considero que, si el número de cruceros o el de vagones del metro fueran infinitos, igualmente sería el número de ellos.

En mi introspección y obligado por mi formación científica, evoco las cifras y datos duros que le den sustento a mis deliberaciones, escudriñando en mi memoria la información que debí haber leído de algún documento oficial. Recuerdo que el INEGI reportó, para el ciclo 2014 a 2015, que más de la mitad de la población ocupada (57.8%) se desempeña en actividades informales (INEGI, 2015), encontrándose en este grupo los limpiavidrios, los “vagoneros del metro” y los que se suben al camión poniendo en tus manos sus dulces acompañados de la siguiente entonación: *“estos dulces que pongo en tus manos no me los desprecies. Como puedes ver no están maltratados ni caducados”* y quien sabe cuanta otra cosa dicen en su retahíla de palabras, encaminada a persuadir, por medio de la lastima o del miedo, para que se les compre su confitería.

Continúo viendo al que limpia mi vidrio y me pregunto ¿qué habrá salido mal para que tanta gente tenga que subsistir de esa manera? ¿Cuál es la causa para que la consecuencia sea que estas personas, en vez de dedicarse con dignidad en otra ocupación con mejores prestaciones, hayan terminado con una botella de PET llena de jabón en una mano y, en la otra, una goma que retire del cristal, la sucia espuma que escurre por el vidrio por la acción de la fuerza de gravedad? ¿Acaso esta gente no preferiría un trabajo que le brindara estabilidad y certidumbre, en vez de “estársela jugando”h a diario entre coches o respirando el aire viciado de los vagones del metro?

La respuesta no es fácil de obtener y no hace falta ser un genio para comprender que cuando el salario mínimo, por jornada, es de \$73.04 ya no quedan muchas ganas de vender la fuerza de trabajo por esa cantidad. Esto me recuerda que la oposición política manifestó que el salario mínimo para cubrir las necesidades básicas convendría ser de \$548 diarios (Milenio.com, 2016). Pero estoy consciente que responder a las preguntas anteriores no es sencillo y que no se debe a una sola causa, sino que, al igual que un iceberg, hay más por debajo de las apariencias y de la superficialidad.

Es obvio que la respuesta no es cómoda y se requiere de una concienzuda reflexión de varios aspectos que han incidido para que esto

haya terminado de esta forma. Una de las causas es económica, ya que nuestra nación, durante décadas, ha experimentado crisis tras crisis en su historia, causadas por creciente deuda externa, fugas de capitales, inflación; así como por la devaluación de nuestra moneda por falta de competitividad ante otras divisas más fuertes. No es de extrañarse que millones de personas, en estas tres décadas, fueran empujadas hacia la condición de pobreza o de pobreza extrema. Para cerciorarse que esto es una realidad no hace falta ir a los estados con un IDH (Índice de Desarrollo Humano) bajo. El dato duro estadístico se hace carne y se agolpa en la mirada cuando se ve a una hueste, que sale diariamente a buscar su sustento, desfilando en una interminable hilera de vendedores ambulantes en el gusano subterráneo que circula por los extensos túneles del metro capitalino. En estas décadas de crisis y de bajos crecimientos económicos, no se logró consolidar una bonanza económica que produjera dos cosas esenciales: un sistema educativo eficaz, que fomentara el desarrollo de competencias en la población y la generación de empleos suficientes y bien remunerados, acorde a las exigencias demográficas, que año con año, en forma de oleadas, amplía los números de la PEA (Población Económicamente Activa). Por consiguiente, una enorme masa crítica de potenciales trabajadores que están en paro permanente e involuntario, se agregan a subempleos de supervivencia, como limpiavidrios, mercachifles en el metro o de malabaristas improvisados en los semáforos de las avenidas más transitadas.

Si un país que se encuentra en la economía mundial, no crece económicamente por arriba de lo que crece su población, inevitablemente tendrá una cantidad preocupante de estos estafalarios personajes recorriendo eternamente los vagones del metro, sin llegar a ser jamás los obreros capacitados que cumplan dignamente con su trabajo, en condiciones decorosas.

La otra causa que a mi mente viene y base central de esta disertación, tiene que ver con el sistema educativo y de su encomienda constitucional: brindar educación a todo mexicano, desarrollando plenamente sus facultades humanas. Meta no lograda cabalmente. En palabras más llanas, el sistema educativo mexicano no ha cumplido, plenamente, con su función de formar ciudadanos competentes para estar en posibilidad de asumir las riendas de su acontecer. Tanto así que creo que la educación, para muchos, es tan buena como un grifo con el empaque desgastado, que no puede impedir que se pierda agua gota a gota.

Esta metáfora representa a los miles de niños y jóvenes que abandonan la escuela para no regresar a ésta jamás, dejando inconcluso su desarrollo cognitivo, estrechando su horizonte de posibilidades y quedando vacíos de ventajas comparativas. Es así que para un número cada vez más grande de individuos, la salida sea “*hacerla*” de limpiavidrios, mercachifles en el metro, o como “*viene viene*” de la calle.

La educación básica y la media superior, bajo el mandato constitucional, la debe impartir el Estado. Empero, en lo que concierne a la calidad, hay de escuelas a escuelas y de realidades a realidades. En un Estado aún centralista, por más que se pinte de federal, mientras más bajo es el IDH más despojado se está de la educación de calidad; planteándolo de otro modo, mientras mayor sea el nivel de exclusión de la zona en la que se encuentre ubicada una escuela, peor calidad educativa se impartirá en menoscabo de las aspiraciones de la población a la que atiende y de sus expectativas de movilidad social a futuro.

Esto no tendría que ser así, por el contrario, para la gente de menores oportunidades la calidad educativa debiera ser la mejor. Sin embargo, México sigue siendo el país de la demagogia, del mínimo esfuerzo, el de la dilapidación y malversación de recursos, de la corrupción exacerbada y de los programas sexenales hechos con premura.

Sin duda, México es el país del alto contraste que, de forma crónica, carga con una inequidad e injusticia en sus estamentos sociales más inermes. Desigualdad que desde la época colonial ha moldeado la estructura social mexicana que, infortunadamente, también sufre el flagelo de la discriminación racial. Teniéndose como menos al fenotipo nativo, que es también el más excluido y empobrecido en todos sentidos, desde la cuna hasta la tumba.

Este diferencial en cuanto a la calidad de educación que se imparte, es también ancestral ya que desde la misma época de la colonia la distribución de la riqueza estaba en función del grupo étnico al que se pertenecía y, por desgracia, siempre los menos favorecidos fueron los grupos indígenas. En México se pueden encontrar escuelas de la mejor calidad, en todos los niveles, tanto de iniciativa pública como privada, pero también las escuelas con las peores condiciones de infraestructura, en las que se intentan realizar los procesos de enseñanza y aprendizaje a contracorriente.

La falta de calidad educativa y de oportunidades, así como la pobreza -en todos los sentidos- son aspectos que no pueden ocultarse, de tal forma que propios y extraños, no cegados por la mentira, ni siendo cómplices del pudrimiento político, denuncian esta situación. Así fue el caso del sabio Alexander von Humboldt que a principios del siglo XIX exploró nuestro país y en su recorrido, con fines científicos y económicos, recabó información que le permitiera elaborar su obra titulada *“Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España”*. En esta obra compiló información económica, demográfica, botánica y entomológico de la, todavía, colonia española. En su exhaustiva descripción se incluyeron los avances científicos que se habían realizado en esta tierra, como la apertura de importantes centros científicos como el Real Seminario de Minería o el Jardín Botánico, fundado por el rey Netzahualcóyotl, primer centro de investigación botánica en el continente. Tal impresión causaron estas iniciativas en Humboldt que llegó a mencionar que *“Ninguna ciudad del Nuevo Continente, sin exceptuar las de los Estados Unidos, presenta establecimientos científicos tan grandes y tan sólidos como la capital de México”* (Humboldt, 2016). No obstante, también el sabio alemán alertó que tales progresos marchitaban al percibirse el hediondo olor de las profundas desigualdades sociales que existían entre *“los que todo lo poseen y los que carecen de todo”*. Y para nuestra vergüenza esta condición en vez de haber disminuido, se ha acentuado de forma más indignante, cruel y, al parecer, indeleble en la actualidad.

“La acentuada desigualdad en la distribución de la riqueza: mientras 21.2 millones de mexicanos viven en situación de pobreza alimentaria, 11.3 millones (el 10% más rico) concentran 38% del ingreso corriente nacional” (INEE, 2012).

Salgo de mi trance evocativo y analítico, aún dentro de la castigada cabina de mi automóvil, por el sol golpeada y contemplo el caos que se adueña de la, otrora, ciudad de los palacios en la que vivimos millones de paisanos y que es el escenario en el que actúan miles de personas en su papel de limpiavidrios y mercachifles, irremisiblemente atados a la maldición manifiesta, de que al realizar mejor su papel de despojados y excluidos de una educación mejor, pierden más y más su posibilidad de emancipación de los programas de asistencias social, de los que han dependido para subsistir, desde el programa de Solidaridad hasta la Cruzada Nacional contra el Hambre. A cambio, han perdido su derecho de exigir al Estado que cumpla con su obligación de generar las condiciones económicas

favorables que robustezcan a un sistema educativo fuerte, en un contexto de igualdad de oportunidades. El derecho a exigir se pierde al carecer de una educación de calidad, que verdaderamente ofrezca la posibilidad de estar en capacidad de buscar la felicidad.

Que atroz es esta nueva desigualdad, basada en una diferencial y contrastante calidad educativa. Ese monstruo imperecedero de tres cabezas que amenaza el desarrollo de la patria: cobertura, calidad y equidad (Rodríguez, 2008). Lóbrega realidad, como las interminables horas bajo el sol que padecen los excluidos, a los que no les toca cobija con que atajarse.

¿Qué pienso del sistema educativo en México? Que es un mosaico muy dispar en el que a unos les toca bailar entre algodón y a muchos, muchos otros, les toca recibir una formación rudimentaria, bien para ser mano de obra mal pagada o informales que, en su subempleo, rascan las migajas que se tamizan desde las esferas más altas.

No creo haber caído en un exabrupto autoreflexivo, ya que mi daimón¹, en emulación a Sócrates, no me ha alertado de ningún mal y que el chivo expiatorio, culpable de todo rezago, inmolado en la piedra de los sacrificios, fue el magisterio postrado, bajo amenaza, al escarnio público de una evaluación alcahueta de un sistema corrupto. Por fin, cambia a luz verde el semáforo y dejo atrás a los buhoneros, que son la evidencia viva de la debilidad de nuestras instituciones.

1 Voz interior que se escucha y obedece

La educación en México y el olvido del sentido común

Raúl Piña Zamora

Primer Lugar ESRU Opina 2016

La educación en México y el olvido del sentido común.

Primer Lugar ESRU Opina 2016

Cuando pienso en lo que significa para mí el ser profesor, me vienen a la mente un sinnúmero de ideas e imágenes. Cuando ya se han acumulado algunos años de práctica docente, no es tan fácil que a uno se le engañe con los problemas de la educación. Todas esas imágenes y pensamientos que me vienen a la mente sobre lo que significa ser un profesor, se contraponen con los discursos que todos los días escuchamos en los medios de comunicación. Incluso uno puede llegar a sentir hastío de tanta palabrería sin sentido que lanzan políticos y agremiados sindicales, pues uno nota que al final, a ninguna de las dos partes les interesa la educación.

Yo me considero un profesor que disfruta de su trabajo, que está frente a un grupo porque cree que lo que hace vale la pena. Ser profesor en México y pensar en hacerse de dinero con ello, es carecer de prudencia y sentido común. Veo a muchos profesores que hacen su trabajo sin motivación, con rostros opacos y con una actitud de resignación que muchas veces me asusta. Sin embargo, me doy cuenta que esto sucede, en gran parte, porque hacen su trabajo pensando en el dinero, y como normalmente éste es poco, pues la frustración es una consecuencia natural. Obviamente yo también trabajo porque necesito dinero, pero cuando tomé la decisión de convertirme en profesor, me hice a la idea de que es una profesión especial, en la que la gratificación a lo que uno hace debe buscarse más allá del cheque. Cualquiera que escuche estas palabras podrá suponer que soy cursi o demasiado idealista, y tal vez lo sea, lo cierto es que estoy convencido de que si uno como profesor no tiene esa actitud no estará en condiciones de disfrutar su trabajo y estará condenado a la infelicidad.

Es muy común encontrar profesores que no hacen más que quejarse de las autoridades educativas y de los alumnos. Consideran que todo está en su contra para que lleven a cabo su trabajo. Puede que algo de razón tengan en ello, pero a mí me impacta ver a un estudiante deseoso de aprender. Cuando al finalizar la clase alguien se acerca y te pide que le sugieras un libro que hable sobre

lo que abordó la sesión, uno como profesor se da cuenta que esos comentarios generalizados donde se habla de los alumnos como seres sin sed de conocimientos son falsos. Cierto es que en todas las aulas uno se encuentra con muchachos que sólo van pasar el tiempo o por obedecer a sus padres en asistir a la escuela. Pero también están los que esperan de ti algo. En las miradas de los alumnos es posible notar quiénes son los que tienen preguntas y deseos de buscar las respuestas.

¿Por qué digo todo esto? Porque cuando uno tiene como meta hablar de la educación en México debe intentar huir de los caminos más que trillados por lo que todos transitan para hablar del asunto. Cualquiera puede hablar de la educación en México como un problema abstracto. Cualquiera puede decir que se necesita tal o cual reforma o que realmente las reformas educativas no son sino reformas laborales. Sin embargo, considero que México está urgido de que se hable de la educación desde un enfoque mucho más concreto. Se necesitan verdaderos amantes de la educación que pudieran atreverse a decir “ya déjense de cuentos todos y vamos a pensar de verdad en qué hacemos en cada una de las aulas para conseguir que nuestros alumnos realmente aprendan.”

Todo lo que se ha propuesto en educación en los últimos años en México viene en discursos que hablan de grandes transformaciones educativas. Todo el tiempo se habla de que “viene una revolución en la educación”, de que “dejaremos atrás la educación tradicional y nos instauraremos en nuevos modelos educativos”. Pareciera que nadie se atreve a proveer al problema de la educación en México de un poco de sentido común. Un filósofo francés dijo alguna vez que “El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo”¹. Si hubiera conocido a México tal vez no se hubiera atrevido a pronunciar dicha frase. Yo me pregunto: ¿por qué razón hemos perdido el valor de proponer alguna mejora en la educación, cuya fuente sea el uso natural de la razón? ¿por qué pensamos que toda propuesta educativa debe necesariamente estar acompañada de un “nuevo” modelo educativo?, ¿por qué pensamos que sólo podemos pronunciarnos sobre la educación si nuestros dichos están sustentados en ideas de pedagogos extranjeros y de renombre? ¿por qué hemos perdido el buen sentido?

1 Descartes, *Discurso del método*, p. 101.

Los profesores de México constantemente asistimos a Jornadas Académicas y a Cursos de Actualización Docente. Con ello pareciera que en México sí existe una preocupación por mejorar la práctica educativa; sin embargo, en todos estos intentos se ausenta el sentido común. Es posible ver a todos los asistentes a los cursos, tanto profesores como instructores, afanosos por dominar el nuevo vocabulario que trajo el último modelo educativo. Se discute, por ejemplo, si es mejor decir “estudiante”, “alumno” o “educando”. Es tal esta obsesión por los vocabularios nuevos que hasta debo confesar que yo alguna vez me vi atrapado en esas discusiones bizantinas. Al final uno entiende que decir una palabra u otra no es relevante si al momento de llevar a cabo la labor educativa no se hace con vocación.

En esos cursos también sucede la catarsis del profesor. Pareciera que es el momento adecuado para quejarse de autoridades, trabajadores y estudiantes. Sinceramente a mí esa situación me parece simpática, pues, por una parte tenemos el empeño por aprender modelos educativos abstractos que nos siguieren usar métodos pedagógicos sofisticados, y por la otra tenemos a los profesores inmersos en la rusticidad de sus problemas inmediatos, quejándose y lamentándose de su situación laboral y personal.

Considero que hemos abusado en demasía de los intentos de mejorar la educación en México a través de cursos pedagógicos. Se ha pensado que modificando los métodos de los profesores es la vía para lograr la tan anhelada mejora educativa. Yo soy de la idea de que a los profesores de México lo que nos falta no es pedagogía, pienso que lo que nos falta es cultura, nos falta ser mejores en todos los sentidos y no sólo en la capacidad para elegir los recursos didácticos y las estrategias de evaluación. Entiendo que esto que estoy diciendo se contrapone al proyecto educativo actual, y por lo mismo me explicaré con más detalle. Se dice que muchos profesores saben mucho sobre su área, pero que no saben cómo enseñar eso que saben. Esta tesis deja abierto el camino para pensar que los cursos pedagógicos son la solución. Sin embargo, debemos pensar qué pasaría si dicha tesis fuera falsa y que los profesores no sabemos tanto como se supondría. En este caso la solución es la implementación de cursos disciplinares; esto es, cursos para que los profesores nos actualicemos en cada una de nuestras áreas. Sin embargo, cabe la posibilidad a una tercera tesis: “los profesores sabemos de nuestra área y sabemos lo

suficiente de pedagogía como para transmitir adecuadamente los conocimientos, pero no tenemos la cultura general necesaria como para llevar la embestidura de “maestros”.

Pareciera como si a nadie le interesara el nivel cultural de los profesores. Existe la idea extendida que lo que importa es que el profesor sepa de su área y nada más; así por ejemplo si se es profesor de matemáticas lo que importan que se tenga conocimientos de ecuaciones y figuras, siendo irrelevante si sabe de arte o de política. Considero que esto es un error importante que hemos cometido en México. Todos deberíamos estar interesados en que los profesores estemos formados de una manera mucho más integral, con la cultura general suficiente para no sentir vergüenza si alguien nos llama “maestros”. Seguramente muchos dirán que eso es responsabilidad de cada quien y que como país o como proyecto educativo no hay mucho que se pueda hacer. A decir verdad sí, la cultura que cada uno de nosotros tiene es responsabilidad propia, pero también pienso que algo se puede hacer en conjunto para favorecer el interés porque cada uno de los profesores se “cultive” más. Esto se lograría si volviéramos la vista nuevamente al sentido común al momento de planear las distintas actividades educativas. Si se lograra trasladar la obsesión de los profesores por aprender el vocabulario del pedagogo en turno, por una obsesión saludable de aprender más de la cultura en general, se lograría mucho. Voy a proponer algo en concreto.

Se podrían organizar cursos en los cuales se aprendieran contenidos de otras áreas. En alguna semana, por ejemplo, podrían darse cursos dedicados a la biología en los cuales se podría elegir desde “Acercamiento a la genética”, “Las teorías sobre el origen de la vida”, “La contaminación en el mundo actual”, etc. Nadie podría dudar que un curso así contribuiría en mucho en la formación integral de un profesor que no es del área de ciencias naturales. Siguiendo está dinámica podrían implementarse cursos de idiomas o un círculo de lectura para comentar en grupo alguna obra clásica. Lo benévolo de una medida así radica en que los instructores o responsables de cada curso pueden ser los propios profesores de cada plantel, sin necesidad de llevar a cabo grandes inversiones financieras. Con lo cual se estaría buscando que entre los propios profesores exista la responsabilidad para mejorar la cultura del gremio. Yo, como profesor de Filosofía, considero que podría aprenderle mucho a los profesores de Inglés, Biología, Química, Literatura, Ma-

temáticas, etc.

Seguramente alguien preguntará ¿estos cursos diversos en qué mejoras educativas se podrían reflejar? Como lo he dicho antes, con esto se buscaría la formación de un profesor con cultura general que pueda ser un verdadero guía de estudiantes jóvenes. El que muchas veces los profesores no encontremos los mecanismos adecuados para transmitir algunos contenidos tiene que ver también con esta carencia de cultura general que no nos permite tener una imaginación mucho más ávida para proponer ejemplos creativos y situaciones que demuestren aquello que se está abordando. Yo, por ejemplo, como profesor de filosofía, en la asignatura de Ética debo abordar el tema de la Bioética y debo plantear al estudiante problemas sobre si es ética o no la modificación genética de los seres vivos. Al respecto conozco varias teorías éticas que abordan la cuestión; sin embargo, soy consciente de que requiero muchos más conocimientos de biología para abordar adecuadamente el tema.

Y al final, ¿qué pienso de la educación en México? Pienso que nos falta incluir más el sentido común en la toma de decisiones. La propuesta que he planteado aquí no es más que un ejemplo de un uso del sentido común. Aunque ha habido muchos intentos valiosos por mejorar la educación de nuestro país, en todos ellos hay carencia de sentido común. Los mexicanos necesitamos atrevernos más a plantear propuestas propias y no sólo implementar lo que escuchamos de las teorías pedagógicas extranjeras. En lugar de abrumarnos a los profesores con vocabulario técnico de la pedagogía, se debería de apelar a nuestra vocación por enseñar, que está vinculada con nuestra vocación por aprender.

Aristóteles asegura que son tres los modos en los que se puede buscar la felicidad: en el placer, en los honores y en la contemplación de la verdad. Esto quiere decir que o bien consideramos que podemos ser felices a través de los bienes materiales, de los honores o de la obtención de conocimientos. Los profesores de México deberíamos poner en práctica el buscar la mejor vida: la vida del conocimiento. Considero que un profesor debe anteponer el amor por los conocimientos al amor por la pedagogía. Necesitamos muchos conocimientos y después necesitamos algo de pedagogía. Proyectos como estos, en los cuales se invita a los profesores a que escriban sus ideas sobre algún tema, ayudan mucho a lograr

esa formación integral de la que tanto he hablado pues consiguen que surja el interés por la propia práctica educativa desde un enfoque distinto a la dinámica cotidiana de impartir clases.

La educación, acción, pasión y encuentro

María Teresa Luna Pérez

Primer Lugar ESRU Opina 2016

La educación, acción, pasión y encuentro.

Primer lugar ESRU Opina 2016

I

La escuela primaria se había inaugurado una semana antes, a fines de agosto de 1975; el ciclo escolar empezaba entonces en septiembre; era el primer día de clases y numerosos niños y niñas, acompañados de sus padres, se encaminaban al centro escolar. El edificio de arquitectura moderna era una pesada construcción de ladrillos rojos, de tres pisos, con cupo para 750 alumnos. Aún y con todo eso, las madres de familia habían pernoctado afuera de la escuela para lograr un lugar para sus hijos, especialmente en el turno matutino. Era extraño encontrar un edificio así, en medio de una colonia irregular, entre las calles sin pavimentar, llenas de lodo, las mamás humildes, algunas de trenza y rebozo, sonreían al dejar a sus hijos en la escuela, todos bien peinados y con el uniforme perfectamente planchado.

Mi madre me llevaba de la mano, aún recuerdo que me dio un beso y me volvió a decir que me portara bien, obedeciera a mis maestros y que estudiara mucho, ya que de esta forma aprendería a leer y a escribir y un día podría ser doctora o maestra, y no tendría que lavar ni planchar para ganarme la vida, como lo hacía ella...

Educación-Acción: La escuela, un espacio de cambio y transformación del pensamiento.

Si la educación no fueran tan determinante en la formación de la conciencia del ser humano, sería difícil explicar por qué ha sido objeto de atención por tanto tiempo, o por qué a través de la historia se ha querido poner bajo el control de ciertos grupos, sean filósofos, sacerdotes, secretarías de estado u otras entidades, y es que la educación es dinamismo vivo que emana de la esencia misma del individuo, quizá es inherente a la naturaleza humana el enseñar a los demás y autognosis.

Al emanar del espíritu mismo de la esencia humana, la educación es un arte, una fuerza y una potencia que se crea en el acto mismo

del ejemplo, contextualizada en el aquí y ahora en que se hace realidad.

En México, este acto creador ha constituido el espacio de transformación y cambio que ha originado lo que es hoy nuestro país, especialmente a partir de los años setenta, de tal forma que si muchos de nosotros somos profesionistas hoy, es gracias a la existencia de un sistema educativo, que aún con sus fallas generó los espacios para convertir a los hijos del campesino, del obrero y de la trabajadora doméstica, en médicos, abogados, psicólogos, ingenieros¹. Sin embargo, su influencia más radical fue la de abrir el espacio para que la mujer llegara a las aulas, dando lugar a la formación de una generación femenina de profesionistas que fue a la vanguardia de otros países de América Latina, Asia y Medio Oriente en la misma materia.

El acceso de la mujer a la educación, que es hoy una realidad, no ha bastado para generar condiciones más equitativas entre el hombre y la mujer, pues a los tradicionales roles femeninos (esposa, madre, ama de casa), se le sumaron las obligaciones de la vida profesional, cuestión que es determinante en la situación de la familia en la sociedad actual. Hoy asistimos a un escenario devastador en torno a la violencia de género, y a las relaciones asimétricas de pareja, lo que nos lleva a cuestionar la forma en que dentro de la escuela, se ha trabajado la cuestión de la equidad de género, y es que es desde la escuela desde donde se “debe” alfabetizar a las y los jóvenes en torno a esta cuestión. En el siglo XXI, la escuela debe ser el lugar en el que se aprenda que hombres y mujeres comparten los mismos derechos y las mismas obligaciones.

Frente al discurso de los medios de comunicación, que siguen repitiendo que la belleza de la mujer está determinada por su talla o atributos físicos, y que la convierte en un objeto, la escuela debe

¹ Un sueño fecundo de mi madre hecho realidad ver a su hija convertirse en profesionista.

Ella que no fue a la escuela más que unos escasos años, pues el resto de su niñez la pasó sirviendo en casas, lavando ajeno y cuidando niños apenas más pequeños de lo que ella era.

Sueño fecundo de mi suegra, quien allá en el pueblo, sudó tras la yunta y en la cosecha, y acudió por breves temporadas a una humilde escuela rural, donde aprendió a leer y a escribir, luego en el exilio del campo a la ciudad hizo de un hijo un médico, de otro un abogado.

ser el espacio en el que los varones puedan valorar en su integridad la esencia y forma de ser de la mujer, un espacio para erradicar la violencia y generar las condiciones para la equidad de género.

II

Me sentí orgullosa cuando mi hijo obtuvo 114 aciertos en el examen de ingreso al nivel medio superior y pudo ingresar a su primera opción: el Colegio de Ciencias y Humanidades Oriente, de la UNAM. Él tenía muchas expectativas en relación con esta escuela, sin embargo a un año de distancia, ha tenido que enfrentar una realidad distinta: profesores que lo envían a él y a sus compañeros al teatro (el costo del boleto es de \$150 a \$250, y una parte es para el docente), libros que se compraron y siguen como nuevos porque no fueron utilizados por el maestro que lo solicitó (aunque ya le dieron su comisión por la venta de los mismos), métodos muy atrasados de enseñanza (“el que quiera entender que entienda y si no, que se vaya del salón”), para una generación que ha crecido con las nuevas tecnologías; ausentismo de los profesores, juntas sindicales en horas de clase, etc. Esta situación, que ejemplifico con un caso de primera mano, se repite día a día en todo en nivel medio superior, en todos los subsistemas, y aunque existen excelentes profesores, este cáncer de la apatía, la corrupción y la simulación (de algunos docentes), lastima el proyecto de vida de los jóvenes y sus familias, y con ello a la sociedad en su conjunto.

Educación - Pasión

Nelson Mandela afirmó, que la educación es un arma muy poderosa, para cambiar el mundo, y esto es verdad, la educación como acto dinámico, contribuye a formar y promover valores y actitudes. Es por eso que el acto de educar también se padece, pues el educador tiene la obligación de ser congruente, entre lo que dice y hace, entre lo que dice saber y enseña. La coherencia en los actos es parte fundamental en la práctica docente. Así, si se quieren alumnos puntuales, se debe ser puntual, si se espera que los alumnos lean, el maestro tiene que leer, si se espera respeto, se debe dar respeto... ¿Qué pasa entonces cuando el profesor o la profesora no respeta a sus alumnos? ¿Cuándo los alumnos acreditan una materia a través de prácticas corruptas?, es entonces cuando la educación se convierte

en un arma afilada y punzante que hiere y daña a la sociedad.

Desafortunadamente (y no son las reformas educativas), son los mismos docentes quienes en el aula llevan a cabo estas acciones, y sin afán de ser pesimistas o de “culpar” a los profesores, muchos de los problemas de la educación media superior en el país, en cualquier institución, sea el Colegio de Bachilleres, el CCH, la Vocacional, la Preparatoria, tienen como raíz, las malas prácticas docentes: pasar a los alumnos a través de obras de teatro, obligarlos a comprar libros que nunca se leen, pedir favores a las alumnas... Muchos profesores nunca llegan al salón de clases y dejan esperando a los alumnos una hora, dos, pasan las semanas y los estudiantes no aprenden nada. Pero eso sí, a la hora de evaluar el profesor se considera el mejor, porque “conmigo casi nadie pasa” y los que aprueban lo hacen con seis, y lo más triste, los alumnos se van satisfechos porque ya pasaron matemáticas, química o literatura, aunque sea con la calificación mínima porque estas materias dicen ellos “son aburridas, difíciles o no sirven para nada”.

Es por esto que el buen docente, padece la deficiente educación que han sufrido sus alumnos, como profesores debemos de ser conscientes, de que participamos en un proceso de educación que no termina con nosotros, sino que con nuestro trabajo contribuimos con una parte de la formación del alumno, así cada acción, palabra, ejemplo, queda marcada en el alumno, en forma positiva o negativa trascendiendo el espacio y tiempo de nuestra aula.

Paulo Freire, afirma que, “El hombre es hombre, y el mundo es mundo. En la medida en que ambos se encuentran en una relación permanente, el hombre transformando al mundo sufre los efectos de su propia transformación”. Es por ello, que en México es imperativo que la educación se convierta en acción, Educación - Acción cuyo impulso y fuerza fluya y se convierta en movimiento de transformación del pensamiento y de la realidad, mediante el trabajo conjunto de docentes y alumnos; que además tenga como fundamento una ética congruente e íntegra por parte del docente, pues el maestro es más ejemplo que palabra.

Es famosa la máxima de Parménides sobre el devenir, el cambio: “no puedes bañarte dos veces en el mismo río porque aguas corren tras las aguas”, y esto es muy cierto si lo aplicamos a la educación, porque la generación que fue formada por el campesino y el obrero

que soñaron con tener hijos profesionistas, y que hoy tiene en sus manos la responsabilidad de traducir la educación a la realidad práctica, se ha olvidado de sus propias raíces y en la comodidad del no compromiso ha puesto un dique al devenir histórico resistiéndose al cambio, negándose a la acción y la transformación del espacio educativo, razón por la cual los alumnos bostezan en las aulas y se aburren en las clases, porque la educación no responde a las aguas turbulentas que conforman la sociedad actual.

La vocación y la afinidad del docente con la educación es un requisito indispensable de quien se dedica a la práctica educativa. La docencia es un arte que requiere pasión, que inspire vocación para estudiar y actitudes positivas en los estudiantes.

Educación - Encuentro: Todos para uno y uno para todos...

Una mañana cualquiera de abril... me encuentro en la explanada del plantel 06 "Vicente Guerrero", han pasado ya veinte años desde la primera vez que entré a una de las aulas del edificio B para impartir la primera clase de mi vida dentro de esta institución. La cantidad de estudiantes que hay en el plantel, alrededor de 8,000 alumnos, siempre me asombra y me preocupa, mientras los veo pasar pienso en qué va a pasar con ellos en el futuro, con sus sueños, esperanzas y aspiraciones y qué papel tenemos nosotros, sus maestros en todo esto...

Muchos de estos alumnos viven en la misma colonia que yo, una de tantas zonas de la ciudad producto del crecimiento de la emigración campo-ciudad. Algunos fueron compañeros y amigos de mis propios hijos en la primaria y la secundaria, por lo que conozco a muchas de sus familias, la mayoría de escasos recursos económicos, de familias desintegradas y con muchos problemas, a pesar de todo, tienen puesta en la educación su esperanza para una vida mejor.

En mi caso, la oportunidad de estudiar me ha dado una mejor calidad de vida en relación con la que tuvieron mis padres. Estudiar una carrera universitaria fue lo mejor que me ha pasado en la vida, pues esto me permitió acceder a un mundo lleno de posibilidades. Como mujer me he realizado plenamente en mi vida profesional, tengo un trabajo que me apasiona y especialmente, me siento feliz.

El mundo actual es sumamente complejo, por lo que es necesario replantear el papel de la educación, especialmente en el nivel medio superior, ¿Qué forma debe tomar en el contexto actual? ¿Cuál es su papel en la formación de los jóvenes? ¿Cómo deben o deberían ser sus docentes? ¿Sus directivos?... ¿Qué parte de la educación tenemos en nuestras manos?

Es en este nivel en el que se debe enseñar a los jóvenes a tomar decisiones adecuadas con respecto a su propio proyecto de vida, a utilizar las redes sociales de una forma más responsable, a cuidar de sí mismos, para ello es muy importante formar a los profesores para enfrentar estas tareas.

Es indispensable que se generen las condiciones para que el nivel medio superior replantee sus funciones, tomando como un punto fundamental, el promover la importancia de la ética profesional en la tarea docente y reconocer el impacto que tiene nuestra labor en la formación de los alumnos, en sus hábitos, actitudes y valores. La escuela es un espacio de encuentro entre generaciones, los jóvenes le cuentan a sus maestros y maestras sobre sus sueños y aspiraciones, sobre sus problemas... la escuela es hoy, posiblemente, el único lugar en el cual los adolescentes hablan con los adultos.

Responder a esta confianza requiere ser sensibles y empáticos. El trabajo del profesor no es hacerle la vida más difícil al estudiante, sino descubrirle las posibilidades que el estudio le abre para su propia vida, enseñarle que las matemáticas son más que fórmulas y números, que la literatura no consiste en recitar las características del romanticismo, que la química está en todas partes, no sólo en las fórmulas que memorizó para el examen.

Si los profesores somos los primeros en descalificar, si los reprobamos sólo porque no cumplieron con la asistencia al teatro o los pasamos a todos con diez, para tener una estadística buena, simplemente somos pésimos maestros.

Como profesores debemos reconocer en el estudiante a un ser humano en formación, con sus aspiraciones y miedos, en búsqueda de un sentido para su vida. Es necesario, que independientemente a los cambios políticos que afectan a nuestra práctica docente, seamos conscientes del importante y fundamental papel que des-

empeñamos frente a nuestros grupos y en la responsabilidad que esto conlleva.

Sé por experiencia propia que estudiar no necesariamente te hace mejor persona, lo que te forma en la ética, en los valores, el trabajo y el esfuerzo, es el ejemplo. Hace ya más de cuarenta años que pisé por primera vez la escuela primaria, iniciando un camino que me llevo a la universidad. Hoy sé que los conocimientos que poseo me los enseñó un maestro, pero los valores y la conciencia se construyeron en mí con las acciones sencillas y concretas de mis profesores, cuando llegaron temprano, cuando me escucharon, cuando a pesar de una pregunta “tonta” obtuve una respuesta, cuando en lugar de excluirme me animaron con una palabra y me dijeron que sí podía, que siguiera adelante.

Ayer fui alumna, hoy soy profesora y sé que el mejor maestro es aquel que enseña con el ejemplo. ¿Qué “qué pienso de la educación en México”? Que es el arma más poderosa para cambiar el mundo... y hacerlo mejor.

Babel

César Bonilla Bonilla

Primer lugar ESRU Opina 2016

Babel. Primer lugar ESRU Opina 2016

El primer dilema que enfrenté al escribir estas páginas fue el tomar una decisión entre escribir un trabajo estrictamente académico, o bien, una reflexión personal en la que convivan elementos racionales y emocionales. Como sujeto compuesto por esta dualidad, y asumiendo la postura de Bukowsky cuando en el título de uno de sus poemas retóricamente pregunta “¿Así que quieres ser escritor?” y propone que para lograrlo es ineludible cumplir con la siguiente condición: “Si no te sale ardiendo de dentro, a pesar de todo, no lo hagas. A no ser que salga espontáneamente de tu corazón y de tu mente y de tu boca y de tus tripas no lo hagas” (Bukowsky, 2005, P.38) Estos son los motivos por los cuales me incliné por la segunda opción para ensayar libremente el placer de la escritura asumiendo las consecuencias que este acto conlleva. No obstante, también es necesario explicar por qué razón no hice un texto más riguroso y, aunque la respuesta parezca una verdad de Perogrullo vale la pena exponerla.

Empezaré por la parte anecdótica, obsesionado por hacer un trabajo digno de publicarse en las más prestigiadas revistas de pedagogía, que al mismo tiempo me garantizara uno de los primeros lugares del concurso y por qué no, el reconocimiento de mis autoridades a tal grado que fuera convocado a formar parte del séquito de asesores de algún alto funcionario de la institución. Por tan altos motivos, decidí enclaustrarme unos días en la biblioteca de la UAM-Iztapalapa, en compañía de un manual para citas textuales estilo APA y tres o cuatro textos de pedagogía con lo cual sería suficiente. No obstante, la situación se salió de control cuando observé que los estantes asignados a la educación pasaban de quince, cada uno con cinco anaqueles en los que se apilaban libros de esquina a esquina. La literatura sobre educación se multiplicaba exponencialmente; además de ser abundante, abarcaba todas las aristas. Así, encontré textos sobre política educativa, modelos educativos, teorías y enfoques pedagógicos, secuencias didácticas, gestión escolar, diseño de estrategias de aprendizaje y enseñanza, recursos didácticos, ambientes de aprendizaje, entornos virtuales, estrate-

gias e instrumentos de evaluación, taxonomías de aprendizaje, inteligencia emocional, el uso de las Tic y la educación entre otros. Además, hay que agregar también la amplia gama de estudios y estadísticas que se han realizado a la educación en México: por entidad federativa, por contexto demográfico, por grado educativo, por región, por estrato socioeconómico, por edades, por turno, por generación, por sistema o subsistema educativo, sólo por citar algunos indicadores educativos. Asimismo, diferentes disciplinas se han abocado al estudio de la educación, sirvan de ejemplo, por supuesto, la pedagogía por antonomasia, pero además la filosofía, la sociología, la psicología, la neurociencia, la política y otras que se puedan sumar. De igual manera, podemos agregar, las pruebas estandarizadas nacionales e internacionales como PLANEA y PISA para medir el logro académico.

Una vez recuperado del azoro, comencé a hilvanar una serie de pensamientos que surgieron a partir de los elementos que han nutrido la educación mexicana junto con la versión que ha corrido por los medios de comunicación masivos incubando en el imaginario colectivo una sentencia lapidaria “el fracaso educativo en nuestro país”. Bajo estas premisas expongo las siguientes interrogantes: Si las ciencias de la educación avanzan y han acumulado un amplio bagaje de conocimientos específicos de cada aspecto del fenómeno educativo; entonces, ¿Por qué la terca realidad con sus indicadores educativos nos dice que algo está mal? ¿Por qué los resultados académicos de cualquier grado o sistema educativo son deficientes y no corresponden a la costosa estructura educativa que se ha montado en el país? ¿Se puede hablar de un fracaso educativo generalizado? O bien, ¿No será que alguna de las ciencias que se abocan al estudio de la educación está errando su enfoque o método de análisis? O tal vez, ¿Será que hace falta mayor presencia de la ética para revelar quien cuenta con una auténtica vocación de servicio? Y por no dejar, agreguemos las preguntas obvias: ¿Faltan recursos a la educación? ¿Falta más capacitación a los maestros?

Confieso que no puedo dar una respuesta categórica a estas interrogantes, en su lugar, propongo conjurar nuestros demonios. Por ejemplo, a partir de la Reforma educativa del 2009 se han polarizado las opiniones con respecto a las teorías o enfoques pedagógicos; por un lado están los que satanizan el Conductismo al señalar que “promueve aprendizajes de recepción mecánica, de

carácter irreflexivo e imitativo” (Calero, 2008, p.110). Por otra parte, los que ven el enfoque por Competencias como un esquema educativo que “privilegia el mundo del trabajo por sobre los contenidos y los conocimientos relacionados con la cultura, las artes y en general las humanidades. Se privilegia la adquisición de conocimientos, habilidades y destrezas en función de su aplicación para la creación de innovaciones susceptibles de ser mercantilizadas” (Macías, 2009, p.33).

La confrontación se desarrolla en todos los frentes del campo educativo; lo mismo en la política educativa y en los enfoques pedagógicos que en la función de los docentes, de esta manera cada bando afila su discurso con los instrumentos de diferentes disciplinas para esgrimir sus mejores argumentos con una óptica científica, sistematizada y analítica que le permita arremeter contra postulados, paradigmas y principios e imponer de esta manera su ideología.

La siguiente analogía permite explicar la relación entre el título de mi trabajo y la situación actual de la Educación Media Superior en nuestro país. Sin caer en una sobre interpretación intentaré describir los vasos comunicantes que percibo entre ambas esferas. En primer lugar, el relato bíblico de la torre de Babel consigna que los descendientes de Noé decidieron: “Construir una ciudad con una torre que llegue hasta el cielo. De ese modo nos haremos famosos y evitaremos ser dispersados por toda la tierra” (Biblia, Génesis 11:1-9). Por su parte, la Reforma Educativa del 2009, establece en el acuerdo secretarial 442 “La creación del Sistema Nacional de Bachillerato que pretende homologar los planes de estudio, los exámenes de ingreso y las certificaciones de estudiantes”. Los estudios bíblicos interpretan esta narración como un acto de soberbia. Propongo la misma interpretación para el caso de la educación; funcionarios que, en la comodidad de una oficina y al aroma del primer café del día, disertan sobre los resultados negativos de algunos indicadores que miden la calidad educativa, acto seguido, se convoca a reuniones interminables con aletargados especialistas que se despabilan cuando por la puerta desfilan los ligeros bocadillos; entonces surgen las grandes propuestas, ningún problema se queda a la deriva, las soluciones se integran de un fundamento teórico-metodológico, de la calendarización de las acciones y del respectivo oficio con su acuse de recibo.

En cuanto a los planteles, el primer comentario que se expresa a la llegada de un proyecto educativo emitido por las autoridades, es de total desaprobación, no se brinda el mínimo espacio para tratar por lo menos de conocerlo, los argumentos se desvanecen ante la acumulación de descalificaciones; maestros que se erigen como paladines de los más nobles postulados de la educación montan en cólera y clausuran las puertas para establecer el diálogo. Sin embargo, una vez fuera de los reflectores del protagonismo e instalados en la intimidad de los salones, esos mismos virtuosos se transforman en mercenarios que aprovechan la ley del mercado en que se convierten los fines del ciclo escolar, cuando se incrementa la demanda de aprobación; así es que por oferta no paramos: excursiones, visitas a museos, conferencias, obras de teatro, libros (se hacen descuentos por paquete) y si el cliente lo autoriza se aceptan otras formas de pago.

La constante en este contexto es una dialéctica en espiral en la que al parecer nunca habrá un punto de encuentro y, en medio de estas posturas irreconciliables con discursos que se disparan semánticamente, la debacle educativa. Entonces vale la pena preguntar a la manera de Benedetti ¿Quién de nosotros somos culpables? ¿Qué podemos hacer para despojarnos de esta soberbia intelectual y presentarnos ante el otro con una imagen diáfana? ¿Cómo pasamos de los monólogos para sordos a los diálogos que generan consensos? O bien ¿no será que en este afán de “profesionalizar la docencia” estamos cayendo en un “envenenamiento pedagógico” como muchas veces lo expresó Vasconcelos? En este caso ¿no sería más pertinente “humanizar la profesión” y que entonces, como nuestra más primigenia esencia, se viva, se respire, se escuche, se deguste, se palpe y se fallezca porque es en sí misma nuestra propia existencia?

Ahora bien, lo que pretendo es establecer con precisión el problema de la educación en México, de tal manera, puedo afirmar que no reside en la intención de aniquilar la diversidad de pensamientos e imponer una sola doctrina, tampoco consiste en negar que gracias a las ciencias de la educación la praxis educativa ha evolucionado; por lo tanto, desde mi punto de vista, el problema radica en el comportamiento arrogante de los actores educativos y en sus discursos estructurados con un lenguaje abigarrado y susceptible a múltiples interpretaciones de los intereses que favorezcan. En ese sentido, la posible solución al problema educativo consiste en

generar consensos que se sustenten en una vocación de servicio para humanizar nuestro quehacer educativo, y al mismo tiempo que se construyan discursos unívocos y dialógicos, capaces de brindar confianza y la certeza de que el único interés de principio a fin es la calidad educativa. De no ser así estaríamos expuestos a reproducir la atmosfera de “Luvina”, ese pueblo de la magistral creación de Juan Rulfo, miserable, de paisajes desolados y clima abrasador en el que deambulan personas sin rostro que sobreviven agarrados apenas con las uñas a la desesperanza y un maestro rural que rumiando sus recuerdos narra a través de un monólogo el tiempo que pasó en aquel triste y devastado lugar.

A manera de conclusión quiero expresar lo siguiente: este documento se puede criticar de hiperbólico por exagerar las acciones narradas por cada actor educativo, pero no de exhibir una actitud maniquea, se puede descalificar por su falta de argumentos, se puede señalar que carece de una propuesta metodológica, teórica-pedagógica, pero no se puede reprochar el esfuerzo de exponer con claridad y honestidad mis pensamientos sobre la educación que se han gestado del enlace entre los años de labor docente y las teorías formales de la pedagogía.

Transformaciones de la **educación** en México y el papel del **docente**

Ana Elisa Gómora Martínez

Primer lugar ESRU Opina 2016

Transformaciones de la educación en México y el papel del docente.

Primer lugar ESRU Opina 2016.

San Cristóbal de las Casas, Chiapas.
Marzo, 2016.

Camino por las calles estrechas del pueblo, observo cómo entre las casas se dibujan los cerros que a ratos se cubren por la niebla, los colores me entran por los ojos y se van impregnando en mi piel, casi del modo en el que los bordados adornan la ropa de las mujeres que deambulan ofreciendo sus productos. Qué bueno estar aquí. Qué bueno disfrutar en mi andar todo lo que este lugar de encanto ofrece. Huele a café, no se observa ninguna tienda de renombre al paso, creo que es la tierra la que despide ese aroma enviciante.

Son las diez treinta de la mañana, busco algo para desayunar, sería interesante probar algún platillo típico, el mercado de comidas parece una buena opción, la succulencia de sus sabores y lo bajo de sus precios son la mejor mancuerna para un paseante. Antes de cruzar la calle me topo con un puesto de periódicos, observo de reojo las noticias, con encabezados grandes aparece una que dice: “La educación, crucial en el combate a la exclusión: Aurelio Nuño”¹, es un diario local y muestra imágenes de algunos puntos del estado, así que lo compro, servirá de entretenimiento mientras almuerzo. Comeré en este localito, y remataré con los tamales de chipilín con queso que anuncia la mujer indígena, son imperdibles.

Mientras espero mi plato y tomo el café que ya me han traído veo que por la calle circulan automóviles de buenas marcas, modelos recientes y, como si fuera respuesta a lo que llama la atención de mis ojos, escucho al momento que un comensal de la mesa de al lado dice: “*Pues es que hay dinero en Chiapas*”. Mi husmeo auditivo se interrumpe por un niño descalzo, con la cara cuarteada por la mugre y tapones de moco que obstruyen su nariz que se ha sentado en el suelo frente a mí diciendo: *¿le limpio su zapato?*, me niego y él insiste mientras que con un trapo remendado acaricia los

¹ Redacción OEM en Línea. (2016, 15 de marzo). La educación, crucial en el combate a la exclusión: Aurelio Nuño. El Sol de México.

tenis de mi viaje, quito el pie y le ofrezco una moneda, satisfecho se levanta y repite la operación con los vecinos de otras mesas. Aún no acabo de observarlo cuando llegan dos niños más, no mayores de ocho años, uno trae pulseras en venta y otro figurillas de madera, están dispuestos a vender. No estoy interesada en los productos, agradezco y ellos insisten, pareciera que la persistencia formara parte de su cotidianía. Su voz, con un español perturbado, sus ojos, de montaña en la mirada. Esa sonrisa que no se convence de asomarse me hace sacar un par de monedas que entrego en sus pequeñas y sucias manos. Llega mi plato, la señora que me atiende dice en tono de advertencia: *No les diera, al rato van a llegar más.*

Comienzo a comer y hojeo el periódico, en la nota de encabezados grandes el Secretario de Educación Pública dice que la educación combate la desigualdad y que la reforma ayuda a mejorar la calidad del servicio educativo en un país que aspira a vivir en libertad.

Se me acerca una señora que se anuncia desde antes por su olor a sudor de muchos días, trae un niño sujeto por un rebozo, el bebé succiona el pecho de su madre con una fuerza que pareciera que el seno fuera su único asidero. La mujer me pide “para un taco”, le entrego una moneda y susurra un *-gracia’-*, al tiempo que da la vuelta y continúa marcando su paso con sus pies desnudos. Eso me hace retomar en mi mente las palabras del comensal de junto: *“Pues es que hay dinero en Chiapas”* ... Que me diga dónde, porque no he podido verlo, o al menos no en el transitar de los indígenas, tampoco en los niños que, hincados tratan de ganarse una moneda limpiando zapatos.

He terminado mi desayuno. ¡Qué contraste de sabores! El café negro exquisito, así sin crema batida o leche deslactosada y que me costó apenas diez pesos, el suave picor de la salsa... Voy por los tamales, los de chipilín son de a tres por diez, están buenísimos, dignos representantes de esta tierra chiapaneca. Sería bueno llevar unos al D.F., ah, perdón, a la Ciudad de México... Por cierto, ¿cuánto dinero representará ese “cambio de nombre” a la ciudad? quizá las palabras del hombre que comía cerca de mí tengan razón: hay dinero y no solo en Chiapas, en México, la cosa es que, como durante años, está mal distribuido.

Continúo mi camino. Voy hacia la catedral para tomar las fotos im-

perdibles. Me emociona tanto este pueblo. Aunque ver la pobreza que me persigue como un fantasma me ha desconcertado, me ha dolido. Es hermosa la catedral, sus colores amarillo y rojo tatúan la mirada quizá para que nunca escapen del recuerdo. Hay mucha gente aquí, vendedores por todos lados, los colores han hecho una fiesta para el regocijo de los ojos, los olores matizan el aire en una combinación extraordinaria, sonidos como el de la marimba deleitan al cuerpo entero. Es inevitable cerrar los ojos, sonreír y agradecer por ser parte de este mágico momento.

Un aire fuerte invade de repente y mi periódico mal sujetado sale volando. Corro para recuperarlo, lo ha atrapado un hombre anciano que me ayuda a ordenar las hojas, como si fuera una señal, ha puesto sus manos sobre la nota que habla de educación, igualdad y libertad. Agradezco su ayuda, entre las arrugas de su piel me esboza una sonrisa y en tono amable me pregunta: *¿Paseando en Chiapas?*. Comenzamos una plática espontánea, no puedo dejar de mirar su rostro, parece que las líneas de su piel morena contarán historias, como si cada una se hubiera grabado para hacer memoria de algún hecho. Un niño se acerca para ofrecermelo llaveros del Subcomandante Marcos, son pequeños y curiosos, compro uno y mi compañero de charla se mofa discretamente. Aludiendo a mi llaverito, abordo el tema del guerrillero, retomo la frase que alguna vez escuché de él: *Está usted en territorio zapatista en rebeldía, aquí manda el pueblo y el gobierno obedece*, comento que su lucha fue importante, que buscó ayudar a los indígenas, y secamente el anciano responde: Muchos han querido ayudarnos, pero solo han sido buenas intenciones, al final ellos se quedan con todo. Sin duda, en los años de este hombre se han escrito un montón de historias, han aparecido y desaparecido personajes, qué más le puedo argumentar si al final él ha atestiguado las consecuencias de la pobreza, del rezago y de la falta de oportunidades. *Que le vaya bien señorita*, se despide de mí amablemente y sigue su camino.

Estoy sentada frente a la catedral, observando la cruz de madera en medio de la plaza, el ir y venir de los niños, el rápido mover de las nubes que engalanan el cielo con múltiples formas. La charla con ese hombre me ha dejado pensando en las carencias que a lo largo del tiempo se han vivido en las zonas rurales, veo el periódico y la nota sobre la que él posó sin querer (o tal vez sí) su mano y la leo de nuevo. Aurelio Nuño dice que con la reforma educativa y las propuestas que se están generando en torno al tema, México,

país en desarrollo, tendrá mayores oportunidades de crecimiento y bienestar social, que la capacitación a los maestros será un parteaguas que redireccionará el futuro de la educación en nuestro país y que con los programas de escuelas de calidad los niños gozarán de servicios que potenciarán el uso de sus capacidades. En palabras llanas, lo que el Secretario propone hará brillar a México en todo su esplendor... Qué utópico, qué trillado, cuántos antes de él no han mencionado palabras más palabras menos, el mismo discurso, y cuando termina su periodo de gestión siguen transitando por lugares como éste generaciones de niños sin recursos básicos como alimentación y salud.

De alguna forma, no me es posible darle rienda suelta a mi deleite, considerando que a la par de la belleza arquitectónica, de lo espectacular de los colores, de los sonidos cautivantes y los sabores que se entrañan hasta el punto de la nostalgia, circulan también niños descalzos, mujeres con el pecho descubierto alimentando a sus hijos quizá con lo único que poseen, hombres ancianos de espaldas encorvadas que han aprendido a sortear las dificultades del suelo en el que les tocó nacer. Jaime Sabines, escritor de esta tierra, escribió: *“Aquí no pasa nada; mejor dicho, pasan tantas cosas juntas al mismo tiempo que es mejor decir que no pasa nada”*. Exacto, no puedo seguir mi camino haciendo como si no pasara nada, no puedo ser una transeúnte más, aunque he de ser realista, solo unos días en este lugar que no me bastarían para reformarlo todo, no es tan sencillo. Como cuando en las caricaturas con un destello de la varita mágica las cosas cobran un resplandor embelesante y los personajes sonríen de manera embrujada.

De nuevo el aire hace revolotear todo a su paso, las vendedoras en el piso se tiran sobre sus pertenencias para que el viento no les arrebatase lo que artísticamente han construido con sus manos, los niños se ríen, gritan un poco y tratan de dar la espalda al resoplido del viento, yo guarezco mi periódico para que no escape otra vez pero parece no funcionar, mi visión se turba con los escombros que acarrea el aire, las hojas de papel salen de mis manos y sus colores en escala de grises comienzan a teñirse del rojo y amarillo de la catedral, de los bordados de las mujeres, de la risa de los niños, ¿acaso es posible pintar con los sonidos?, no lo entiendo, parece que sí, las hojas toman el color de la marimba, de la piel del anciano que platicó conmigo, de los montes a lo lejos, de las pintorescas casas. Este viento que me está envolviendo tiene algo místico, no

es un revoloteo tradicional, las hojas de periódico se me están adhiriendo a la piel ya sin su color grisáceo, veo mis manos ahora con letras escritas, mi cara, qué es esto que me está pasando, no alcanzo a ver más que un pequeño remolino que me ha atrapado, mi respiración es profunda, algo en el fondo de mí se conmueve con un extraño placer... Exhalo un aire largo... Todo ha vuelto a la calma, aunque no a la normalidad, me siento diferente. Mi tatuaje de letras y colores ya no es visible a los ojos, ha quedado por debajo de mi piel, quizá llegando hasta lo profundo de mis entrañas. Es cierto que en unos días de viaje no puedo transformarlo todo, pero mi experiencia de viento, colores y letras me ha cambiado. Los problemas sociales de mi México no son posibles de erradicar si no se viven como parte de uno, que insipiente sería eso, qué contradictorio, protesto por los 43 de Ayotzinapa pero participo del soborno, qué vergüenza, qué falta de ética, de compromiso social...

El papel del periódico tomó otra forma al impregnarse en mí, ahora, es el papel del maestro. Soy una hoja andante sobre la cual se han escrito vivencias, dolores, sonrisas, colores de piel, manos extendidas que piden una moneda, historias de hoy y de antaño. Soy maestra, creo que no lo había mencionado, soy maestra y con el alma empapada de estos contrastes chiapanecos que son reflejo de muchas otras realidades que se viven en mi país, no quiero hacer que no pasa nada, no estoy dispuesta a quedarme esperando que una reforma lo cambie todo, quiero ser yo quien reforme desde mi actuar diario. El ámbar que me entró por los ojos, la neblina matutina de la montaña, las ropas de las mujeres tzotziles, la música de sus lenguas indígenas, el aroma a tierra de gente que lucha me ha despertado una necesidad de cambio, Octavio Paz escribió *“Las masas humanas más peligrosas son aquellas en cuyas venas ha sido inyectado el veneno del miedo.... del miedo al cambio”*, hoy el miedo no será parte de mi estandarte, desde la trinchera que me ha sido dada seré portadora de cambio, trabajando por formar ciudadanos sensibles a las necesidades de su sociedad, buscando transmitir de a poco el tatuaje interno que no se alcanza a ver, pero que vibra y clama porque en un futuro no lejano, verdaderamente se viva en un país con igualdad para todos, en el que la libertad no sea solo una aspiración, sino una garantía, un país que reivindique el derecho de los niños, de las mujeres y hombres, de los ancianos para que no mendiguen una moneda, sino que gocen de lo que por el solo hecho de ser humanos les corresponde: una vida digna.²

2 Redacción OEM en Línea. (2016, 15 de marzo).

Sísifo, **el alumno** **vagabundo**

Vanessa Cossio Lora

Primer lugar ESRU Opina 2017

Sísifo, el alumno vagabundo.

Primer lugar ESRU Opina 2017

¡Dejo a Sísifo al pie de la montaña!
Albert Camus

Introducción

Este escrito surge de una reflexión sobre mi práctica docente y las circunstancias que la acompañan. Proyectar retos y satisfacciones con los alumnos del Colegio de Bachilleres Plantel 02, exige tener un discernimiento sobre la situación de la educación en México, conocer quiénes son nuestros alumnos, sus maestros, sus prácticas, necesidades e intereses, como referente de nuestro quehacer, nos permite tener claridad y objetividad en el planteamiento de los retos y no caer, cuando las satisfacciones no llegan o divagar en la imaginación y olvidar la realidad del aula.

Inicio con una narración del contexto de los maestros y alumnos, utilizando el *mito* de *Sísifo* de Albert Camus como analogía para describir la situación de los protagonistas y como fundamento para esbozar la importancia del compromiso ético como reto en la educación mexicana. En este mito encontramos al héroe de la postmodernidad que personifica el sin sentido de la vida, el absurdo; alumnos y maestros ejemplificamos ese sin sentido por igual, la turbulencia de padecer un momento de cambios vertiginosos, en los que justo cuando parece que la piedra se mantiene arriba, vuelve a caer.

Para el docente actual, los retos no solo deben ser académicos, también deben ser de compromiso ético, como premisa que incida en la necesidad de encaminar al alumno y al profesor a una sociedad más solidaria e incluyente, menos violenta y cruel.

II Retos y satisfacciones

Reflexionar sobre los retos y satisfacciones de mi labor docente con mis alumnos, implica describir el entorno en el que se desenvuelven

ambos protagonistas, los cuales se encuentran en el escenario que ofrece un aula, ese entorno que nos une es el puente entre el ámbito interno del aula y el externo que nos refiere nuestra circunstancia social como parte del *ethos* de la sociedad mexicana.

Pero no se trata de describir al Colegio de Bachilleres como institución educativa, no; se trata de esa descripción que permea la relación alumno-maestro, esa relación que surge cuando entramos al aula y nos relacionamos con el estudiantado, lo que yo llamo el *ellos* y *yo*, pero también me refiero al *yo* y *ellos*; esa extraña relación que mantenemos, a la vez íntima, a la vez de desconocidos, en la que innegablemente se implica lo objetivo y lo subjetivo, como en toda relación humana, quizá si fuéramos números sería mucho más sencilla.

Si en este momento nos pidieran caracterizar en una palabra la situación actual de ese ambiente que se da en el escenario de la escuela y sus protagonistas, podría decir perplejidad. ¿Por qué?, hoy más que en ningún otro momento histórico somos testigos de los vertiginosos y efímeros cambios en la sociedad global como efecto del desarrollo de las tecnologías de la información, la “globalización” económica, el movimiento migratorio y la enajenación social, etc. En esta era de la postmodernidad, las escuelas y los profesores tienen que hacer frente a perecederos y confusos “nuevos” problemas, incertidumbres y retos; necesariamente los docentes se ven involucrados en las consecuencias humanas de la reestructuración económica y social del nuevo orden mundial.

El docente convive y se contagia de los malestares que esto está engendrando en las familias, los individuos y las comunidades. Interviene ante la proliferación de los diversos problemas sociales y morales con los que se encuentra dentro y fuera del salón de clases, convive con estudiantes que tienen necesidades muy similares y diversas al mismo tiempo; nuestra actividad se diversifica, a veces somos padres, niños, doctores, sacerdotes, psicólogos, e incluso policías luchando con la falta de interés y de maduración de los estudiantes, batallando con severos problemas de conducta. Lamentablemente como seres sociales, la vida de los estudiantes y docentes está ligada a las condiciones sociales y políticas, nos atreveríamos a decir que los adolescentes están tan *despojados* en estos tiempos, en la era de la “cosmopolitización virtual”; ante esto, el docente se debe plantear no solo retos académicos sino también de compromiso ético, lo cual implica una mayor concientización, responsabilidad y solidaridad del

maestro contemporáneo; debemos “nadar” en las vaguedades de los cambios sociales, políticos, económicos y culturales de esta postmodernidad.

Por ello, una de las características de la labor docente actual debe ser plantearse retos ante la distinta forma en que ahora los adolescentes enfrentan el proceso de aprendizaje, la creatividad debe ser el timón para navegar en aguas turbulentas, la satisfacción el hilo de esperanza ante lo efímero de los jóvenes y su atrofiada historicidad. Finalmente, en ellos está la gran responsabilidad de sucumbir o erigir una sociedad fundada en la justicia social y la solidaridad, de aquí la importancia de asumir mi labor docente como un reto gigante que guie mi labor, lo académico es quizá el reto inmediato, el compromiso ético es el más complejo.

Ante mí está el *ellos y yo*, *el yo y ellos*, siendo ambos el aspecto medular para cimentar los retos y las satisfacciones, tanto del docente como sujeto moral y social, como de los alumnos tanto futuros ciudadanos que aspiran a recibir una instrucción de calidad e incorporarse a la sociedad como ciudadanos. El *ellos y yo*, refiere el encuentro en el aula, es el momento que ennoblece nuestra relación, el encuentro con el otro, con un desconocido; con el que debe entregarse sin prejuicios; pero justo en este encuentro la situación del estudiante se hace tangible, ellos llegan al aula con expectativas, denotando un interés por su “nuevo” maestro, aunque yo soy el ajeno, aprobar la asignatura es quizá lo prioritario, pero *cultivarse* no es lo más importante.

¿Quiénes son *ellos*? Son mi recuerdo inmediato del Sísifo de Homero y de Camus, son el estudiante postmoderno, aquel que olvidó o quizá perdió su rebeldía en sus audífonos, en su caminar aislado de una sociedad que los mira con los ojos de la calamidad social.

Ellos son mis alumnos, mis estudiantes con los que convivo día a día, a los que gusto observar deambulando por los pasillos y los patios, los que entran a clase sin hacer la tarea, los que olvidan rápidamente, los que asumen que nada es más importante que su teléfono digital, sus audífonos y la fiesta colectiva. ¿De dónde surge esta juventud, tan ajena a mis compañeros de bachillerato? de la que los adultos tienen siempre una queja y lamento. Algunos nacieron con un destino a cuestas, otros pueden elegir, otros ni siquiera saben que están aquí.

El contexto social del 90% de *ellos* es pertenecer al cinturón de la pobreza, vienen de Cuauhtepic, lugar prominentemente hostil, dedicado a la venta de drogas no legales, del barrio bravo de Tepito, en el que la piratería y el narcomenudeo le otorgan sustento alimenticio a miles de personas. De Ecatepec, en el que la violencia se acaba de llevar a uno de nuestros estudiantes del Plantel 02; con adicciones ya arraigadas desde secundaria, con un estómago vacío a las 7 de la noche, en una frase; *mis alumnos son los vagabundos de este siglo*, sin arraigo histórico, los despojados de una oportunidad virtuosa; convivo con la pobreza en todas sus representaciones.

Observarlos a diario, platicar con ellos, intercambiar ideas del mundo, es mirarlos como a Sísifo, cargando su piedra y subiendo un camino que parece nunca acabar o no estar hecho para *ellos*. Sísifo son mis alumnos, su piedra, la exigencia social de “estudiar” sin reflexionar, de generar la idea del éxito para sociedades que han fracasado en el otorgamiento y cuidado de sus adolescentes, alumnos del “copiar-pegar”, son la carga de una sociedad incomprensiva y lacerante; con pretensiones que se ciegan para la comprensión de las condiciones de desarrollo de los estudiantes de la era de la tecnología, ellos son el rebelde Sísifo; solo que la rebeldía se envileció, su amor a la vida se ha convertido en una apología musical de negación de la misma, pero no como antítesis, sino como renuncia. La apatía su compañera al amanecer, lo efímero su recuerdo. Pero, entonces ¿Por qué son como Sísifo? Se regocijan al ver como cae la roca, es el sin sentido de su vida: “*Sísifo contempla entonces cómo la piedra rueda en unos instantes hacia ese mundo inferior del que habrá de volver a subirla a las cumbres*”. (Camus, 1981:153)

En el aula nos encontramos con los hijos de la sociedad mexicana, niños y jóvenes que ven la realidad desde la velocidad de lo cibernético, la angustia del desempleo (que se vive en la familia o en la calle) y la necesidad de resolver problemas reales (con la pobreza en la cabeza). Un enorme reto está en nuestras manos.

Ellos son mis alumnos, pero, ¿quién soy yo? Soy la negación de *ellos*, la *ajena*; la educada en los valores tradicionales, a quien le inculcaron que estudiar era sinónimo de una “buena vida”. Mi encuentro con *ellos* es el aula, nuestro escenario predilecto; pero también lo es el patio, los pasillos, la calle o el mercado en el que trabajan; el encuentro nos prepara para enfrentarnos, soy la montaña de Sísifo, ese es nuestro escenario.

¿Quiénes somos los docentes? Somos el fruto de un viejo y anquilosado aparato escolar, constituido y organizado con las lógicas del siglo XIX, lleno de parches, nostalgias, programas especiales que intentan hacer andar el obsoleto cachivache, protagonistas en muchos casos de intentos hercúleos, heroicos de darle un sentido que se desprege de las viejas tradiciones y que convierta en efectivo el “viejo” derecho de aprender.

Somos hijos de la sociedad mexicana, de las desigualdades escabrosas; donde la pobreza académica a costas vuelve el acto de enseñar en un desconcertante imposible, hijos de la legitimación de la corrupción económica e ideológica en el aula, enmascarada de buenas intenciones y permisible por la autoridad; somos los que educamos a los descendientes del espacio virtual con nuestro marco de valores del siglo pasado y la añoranza de viejos maestros. ¿Acaso nos hemos contagiado de los malestares del siglo? ¿Acaso *yo* soy quién perdió la rebeldía y no mis alumnos? ¿Soy *yo* la de la apatía? Simplemente, somos los extraños que invadimos las aulas de los cosmopolitas virtuales; la sociedad postmoderna ha traído consigo cambios y han entrado en la escuela y, consecuentemente están repercutiendo en el desempeño docente.

Ellos también nos padecen, somos la expresión del encuentro entre la tradición y el alumno virtual. En este panorama también encontramos a Sísifo, el que ha perdido la rebeldía en el cansancio y las exigencias sociales del éxito y el currículo; somos la negación de la vida, cuando los despreciamos y nos volvemos sus enemigos en el aula y fuera de ellas, somos la montaña que entorpece su camino, su subida a la cima. Nos hemos contagiado de los malestares de la época, también mi rebeldía la opaca un automóvil, un iphone, etc. Mi piedra es la sociedad que me ha encomendado una tarea de “educar” en el abandono a sus hijos, de ser la montaña de esos adolescentes despojados; entonces nos encontramos en el aula, en el escenario en el que *ellos* y *yo* nos hemos enajenado y olvidado.

Yo y *ellos*, nos encontramos en la cima, después de unos instantes, nos percatamos que ambos hemos sido olvidados y decidimos no abandonar la piedra del héroe Sísifo a pesar de que volverá a caer, pero ese instante, “...*esa hora es la de la conciencia*” (Camus, 1981:153), es el que nos debe llevar a la reflexión y crítica de nuestra situación humana, las escuelas no solo deben otorgar aprendizajes, deben educar la conciencia.

Ante el escenario arriba descrito me pregunto: ¿Cuáles son mis retos y satisfacciones? Es importante tratar de ver hacia dónde camino y no hacerlo a través de una visión unilateral de la realidad o de arriba hacia abajo, sino con evidencias de la complejidad que implica la labor docente en el México actual.

Cada inicio de semestre preparamos las actividades de enseñanza y aprendizaje, consensuamos los criterios de evaluación, las lecturas de trabajo y los ejercicios que nos ayuden a fortalecer el trabajo de la clase; pero olvidamos plantear retos y expectativas tanto del docente, como del alumno, olvidamos reflexionar sobre nuestros logros y dificultades. Si nos concientizamos de los cambios en el panorama educativo, veremos que implican el planteamiento de retos como ejes de acción.

Los retos que me planteo con el inicio del semestre nacen de dos ámbitos, el primero refiere el campo académico: el reto inmediato es lograr la permanencia en las aulas, que logren ver la importancia de la asignatura en el ejercicio de su vida diaria y que su aprendizaje es responsabilidad de *ellos*; es grato hacerles entender que no son escribanos, vaya dificultad que enfrente con los hábitos arraigados. ¿Cómo lograrlo? El camino es arduo y peligroso, el contexto en los párrafos arriba descritos me lleva a plantear retos viables y comprensibles de su entorno, suelo ser honesta y disciplinada, no soy ejemplo de *ellos*, soy la profesora que los acompaña en un aula sucia, con baños insalubres y trayendo a cuestas el hambre y diversos problemas familiares.

El segundo, refiere para mi ser el de mayor importancia ante la situación social en que vivimos hoy en día, el del compromiso ético, lograr que los alumnos practiquen en su vida cotidiana el ejercicio de la reflexión con la toma de decisiones y los valores como eje de acción para gestar un camino hacia una sociedad justa y solidaria, comprometida con su entorno natural y social, para apreciar a sus conciudadanos como parte de su desarrollo. Este es el reto más complejo, porque implica el cuestionamiento de prácticas sociales arraigadas en la sociedad mexicana y luchar con un entorno que parece ineludible. ¿Cómo hacerlo? Con honestidad, solidaridad y aprecio, mirarlos primero como seres humanos y después como alumnos, pero es necesario este reto si es que en verdad queremos cambiar la situación de nuestro México; *“La educación y la ética frente a los numerosos desafíos del porvenir se constituye en instrumento inseparable y necesario*

para que la humanidad pueda progresar hacia los ideales de paz, libertad, justicia social, equidad, democracia, igualdad y solidaridad". (Magallón, 2006: 6), con el fin último de revertir nuestra situación.

Como final de esta reflexión, el contexto actual para el docente y el alumno es ininteligible y de incertidumbre. Sísifo mira la montaña y su roca, se concientiza y lo vuelve hacer, eso sucede conmigo; mi satisfacción más loable es mirarlos y saber que puedo contribuir a que sean más críticos de sí mismos y de su contexto. A pesar de saber que el destino de muchos de ellos ya está echado. Aprendemos de distintas formas y en distintos momentos, eso me satisface al concientizarlos sobre ello y que el camino es arduo, aun así permanecen en el aula. La frustración suele caminar a mi lado, pero la desdén de reojo.

Patrañas, profe

Rodrigo Argüelles Alcántara

Primer lugar ESRU Opina 2017

Patrañas, profe.

Primer lugar ESRU Opina 2017

- Saca la yerba, dijo Michel.
- ¿Esperamos a los demás?
- Mejor que nos alcancen.

Eso fue lo que Rodrigo escuchó, a lo lejos, mientras caminaba rumbo a la puerta del colegio. También vio, bajo las escaleras del puente, a cuatro hombres y dos mujeres reunidos en círculo. El de gorra tenía listo el papel arroz y comenzó a forjar.

Eran las 6:50 de la mañana, pero ya empezaba a oscurecer.

*

Aquel día el profe entró al salón. Saludó. Quiso mostrar entusiasmo, pero el olor a cannabis que inundaba el aula lo golpeó en el ánimo y sintió nostalgia del futuro.

Apuntó cinco aforismos en el pintarrón. Pidió a la clase copiarlos en el cuaderno para después reinterpretarlos con palabras propias y dibujos originales, a partir de los pensamientos y emociones que surgieran de la lectura.

La mejor forma de opresión es
la mente del oprimido

Pedagogía del oprimido

Paulo Freire

La mucha luz es como la
mucha sombra: no deja ver

Consigna zen

El amor es una fotografía feliz que nos toman
en la masacre incesante de los días

El pájaro Speed

Rafael Chaparro Madiedo

¿Existe la flor cuando
dejas de mirarla?

Consigna zen

Un condenado puede salvarse
de la soga, pero no de su
destino

Balón dividido

Juan Villoro

*

Grado: Segundo semestre

Materia: Lenguaje y Comunicación, tercer bloque

Tema: Función emotiva de la lengua

Problemática situada: No importa la edad, no importa la época, si nos educan y crecemos como iletrados emocionales, analfabetos de uno mismo, ¿de qué manera escuchar y autonombrarse?, ¿qué hacer para descubrir en el prójimo un hombro y una promesa constantes en lugar de la amenaza de todos los días?, ¿cómo construir un camino, con adoquines de entusiasmo, que conduzca al valle donde sólo exista tierra fértil para el jardín del mañana?

*

Rodrigo recorría los eternos pasillos que siempre se forman con las mesas agrupadas a manera de gusanos interminables, leía las reflexiones, observaba los dibujos (algunos alumnos se esforzaban, otros sólo cumplían con la actividad). Cuando llegó al último lugar de la última fila confirmó lo evidente. Aunque en esta ocasión no sólo Michel tenía los ojos rojos, sino también Alberto, Christian, Karina, Jocelyn, Diego, Verónica.

—Sí, profe. Otra vez.

—Pero ahora compartiste con la mitad del salón.

—Ellos fuman porque quieren. Aquí nadie los obliga a nada. Además, quizá sea la última vez que los vea. Hoy sólo entré para despedirme de usted. Tengo broncas con los Cocodrilos. Andan tras de mí. Ya me la sentenciaron. Y como dice la frase que escribió en el pizarrón: nadie puede contra su destino.

*

Sí. Yo soy Rodrigo, y Michel fue mi alumno ese semestre. Por eso, cada vez que inicia un nuevo ciclo me acuerdo de él. Entro al salón, me presento y busco en el fondo a la izquierda aquellos ojos tristes, desencantados y llenos de soledad.

—¡Ustedes no son un bote que hay que llenar, sino una llama que debe volverse incendio y arder toda la vida!

Les digo de la forma más sincera que puedo, con el corazón en cada palabra. Pero cada vez encuentro menos brillo en las miradas, y lo

que escucho por respuesta muchas veces sólo es eco. Es entonces que me siento como un viejo de treinta años que habla de sus héroes en el mundo de los desmemoriados, un mago con todas las palomas muertas, el caminante que toda la vida buscó su patria en la luna y que acaba de descubrirse con los pies en la tierra. Cuando eso sucede, me da por recordar a mis maestros, en especial a aquel entrenador de futbol que me habló de las letras en tanto camino para explorar la existencia:

¿Qué somos ante esa tormenta que estalla frente al arco? ¿Acaso el primer hombre y el último? Dijo míster Peregrino aquella vez que jugamos contra un equipo dos categorías mayor y salimos goleados. Lo permanente son los golpes, la marca, el orsai, la represión. Los defensores aparecen siempre más grandes y feos de lo que son porque ellos nos marcan los límites.

Teníamos doce años, ¿qué íbamos a entender? Ojalá algo se nos haya quedado.

Se las arregló como pudo para mostrarnos que el futbol es lucha, pero también nostalgia; en fin, otra manera de interpretar el mundo. Nos dijo que de eso sabía mucho Antonio Gramsci, aquel contención histórico de la *azzurri*, que en las ocasiones difíciles nos encomendáramos a los uruguayos del Centenario, que Alcides Ghiggia era el patrono de los sin esperanza (*los que están en el cielo no tienen patria. Ellos no saben de camisetas*, argumentaba el míster). También nos dijo que prendiéramos una cerita cada ocho de octubre a la una de la tarde. Que san Ernesto es el mejor para las causas imposibles. Que nos encomendáramos a él cuando no hubiera salida, que él siempre nos ayudaría a romper el cerco.

Esos son mis héroes. A ellos me encomiendo cuando la cancha se pone cuesta arriba. Y todavía lo hago de la misma forma en que nos enseñó el míster: alzo la cabeza, cierro los ojos, me imagino un horizonte menos gris, y les recito un verso distinto cada vez (*porque para que funcione deben leer poesía todas las semanas, todos los días. La poesía siempre ha sido el mejor fusil de los más grandes guerrilleros y, ustedes, queridos, deben ser unos guerreros toda su vida para que nunca nadie les arrebathe la alegría que la cinco les regala en el potrero. Nunca permitan que les corten las gambas*). Sí, pero ese soy yo, esos son mis referentes. Ese es el anciano del que ya hablé, el que tiene sus anclajes en los ideales modernos, el que

se niega a aceptar que la utopía nos cayó con todo su peso, y que todavía duele.

*

La clase terminó cinco minutos antes. Todos se fueron, menos Michel.

— ¿Quiubo, profe?

— ¿Qué pasó? ¿Es cierto que te vas?

— De eso quiero hablarle. Vamos por un café y le cuento.

Observé los expansores en cada uno de los lóbulos, también los piercing en la nariz. A esa misma edad Rodrigo cargaba una arracada en la ceja izquierda. Catorce años los separan. ¿Muchos o pocos? Ambos nacieron en plena crisis (carajo, más que crisis podría llamarse constante). En 1982 el presidente era Miguel de la Madrid, tres años después vendría aquel terremoto. En 1996, Ernesto Zedillo dirigía al país bajo el Efecto Tequila. Los dos son hijos del neoliberalismo. Uno no tuvo conciencia, a sus siete años, del derrumbe de la Cortina de Hierro. Al otro quizá no le interese que ahora existan más muros y alambradas que nunca (Estados Unidos, México, Cisjordania, Marruecos, Ceuta y Melilla). Incluso en el mismo barrio se han electrificado las rejas de los negocios y se han levantado bardas más altas para los oídos, los ojos y el corazón. En estos tiempos confiar en el otro se ha convertido en deporte extremo.

El profe borró el pintarrón, tomó las cosas que había dejado en el escritorio. Avanzaron juntos rumbo a la cafetería. Depositaron veinte pesos en la máquina, lo suficiente para un chocolate y un expreso. Rodrigo notó que hasta los ritos consagrados a fomentar la amistad, tales como preparar y compartir el café, tienden a automatizarse; por lo tanto, derivan en la omisión del prójimo.

— ¿Ya desayunaste? ¿Tienes hambre?

— No. Cuando estoy con María no me dan ganas de comer.

Todas las mesas estaban ocupadas. En el patio había mucho ruido. Uno de ellos supuso que en la consultoría estarían más tranquilos. Caminaron hacia allá.

Nada más entrar, Michel buscó entre su mochila un pastillero. Extrajo una cápsula roja y se la tomó con el expreso.

— ¿Estás enfermo?

— Me quiere dar tos. Es mi medicina.

— ¿Y por eso comes tracas? —dijo, algo exaltado. Pero se dio cuenta que nunca más volverían a verse, que no era la mejor forma de construir el recuerdo de una despedida. Respiró

profundo, buscó calma.

- Por eso, porque voy a ver a mi novia en media hora, y porque padezco la misma enfermedad que *Saudade*, creo que así se llamaba el artista que mencionó la otra vez.

Rodrigo pensó que ese hubiera sido el nombre perfecto para un heterónimo femenino, aunque quizá la crítica lo habría tachado de lugar común. ¿Qué habrá sentido el lusitano? ¿Alguna vez exploró la escritura desde el lado de la mujer? ¿Quedará registro de ello?

— Era Fernando Pessoa, *Saudade* es la enfermedad del alma. Una vez dijo que *hay metáforas más reales que la gente que camina por la calle*.

- No recuerdo lo que es una metáfora, pero tampoco se necesita ser escritor para darse cuenta que hasta la mierda es más real que la mayoría de la gente que existe en el mundo. Y aparte de todo, ¿qué es lo real, profe?
- Siempre haces preguntas complicadas, Michel. Seguro que la maestra de Filosofía te adora — comentó para ganar tiempo y pensar en una respuesta inteligente.
- No se crea, ya me corrió de la clase. Además, a usted le entiendo mejor.
- La realidad es la forma en que percibes el mundo. Lo real no necesita de tus sentidos ni inteligencia para existir. Justo esa diferencia es uno de los secretos de la literatura, porque las palabras constituyen la realidad, pero no son lo real.
- Me deja en las mismas.

— Lo que intento decir es que puedes llegar con tu mamá y repetirle lo mismo que me has dicho hoy: debo dejar la escuela porque tengo problemas con los Cocodrilos. El Bryan amenazó con picarme la próxima vez que me encuentre, y prefiero que digan que tuve miedo antes de exponer la vida, aunque eso signifique no volver más al colegio. En otras palabras, tú construyes la realidad, lo que quieres ver, así como lo que te conviene que perciban tus padres. Pero lo real es que tienes 18 años, consumes drogas y olvidas por segunda ocasión los estudios. Ya abandonaste el barco en el Bachilleres 7, y esta mañana te vas de aquí.

Cuando se dio cuenta ya lo había dicho. Guardó silencio. Se arrepintió de no haber suavizado las palabras, aunque fuera un poco. ¿Pero qué sentido tenía a esas alturas el arrepentimiento? Después de todo, saber que algo va a pasar no lo hace menos triste ni menos doloroso.

—¿Y para qué sirve estudiar? ¿De qué me ayuda tener una licenciatura? En la calle hay miles de personas que pensaron que en la escuela estaba la solución. Aprendieron idiomas, realizaron maestrías y doctorados, pero le aseguro que la señora de las papas de acá afuera gana más que diez de esos profesionistas juntos. Claro, si es que trabajan de lo que estudiaron.

—[...]

—Sí, sé lo que va decir; que si uno estudia no es con la idea de volverse rico, que el conocimiento no se compra ni con todo el oro del mundo. Patrañas, profe. El único dios que existe es el dinero. Eso es lo real. Lo demás, soñar con transformarse a sí mismo o con una revolución que cambie el mundo es precisamente eso: sólo sueños.

—Pero no hay mayor revolución que aprender a soñar.

—¡Mentira! Frases de poeta. Para mí todo eso es falso. En esta vida sólo tengo dos motivos y usted los conoce: Las tachas y María.

—Michel, lamento que en la vida no encuentres más asideros, otras certezas, distintos amores. Pero también es cierto que la muralla más grande se llama uno mismo. Si no lo intentas, si no logras saltarte, nunca darás un solo paso hacia enfrente, mucho menos verás el horizonte.

—¿Ya se escuchó, profe? Habla como los libros de autoayuda que tanto critica en clases. Su pensamiento es el de hace más de cincuenta años. Acepte que todo cambia y, en general, es para peor. Usted es mucho más grande que yo, ya debería saberlo.

—Puede ser que sí. Que yo sea un viejo ridículo y muy anticuado. Pero tú también debes aceptar que cada uno de nosotros está hecho de ideas y emociones que deben gastarse poco a poco.

—Gastar las ideas y los amores de a poco... en una de esas hasta se escucha lindo. Pero prefiero vivir a tope, morir joven y dejar un bonito cadáver. Así decían los de su generación, ¿no? Ya ve, mis jefes eran punks pero no cumplieron la consigna. Ahora van todos los domingos a la iglesia brasileña que anuncian en la tele, y hasta se apenan de sus tatuajes. Yo no quiero eso para mí. No quiero estar aquí cuando vengan a cobrarme el alquiler del mundo, cuando tenga que comprar el pan con la sangre y el dolor de cada día. No quiero quedarme a esperar el chingadazo.

—Me gustaría ser sabio, enseñarte a separar las quejas una por una. Ayudarte a distinguir lo que se puede cambiar de lo que no, indicarte el camino a recorrer y dónde encontrar algún sentido, pero ese es un trabajo arduo y personal —además, resulta que en el fondo yo también soy otro huérfano de la utopía—. Confío en que mañana

todo parezca distinto. Estoy seguro que inventarás algo nuevo, otra historia y, si es alegre, volverás a sonreír.

—No se preocupe, profe. Sólo se trata del alma, yo sobreviviré.

Eran las 11:05. Rodrigo iba tarde al último grupo de la mañana, a Michel lo esperaban en las canchas de atrás de su exescuela.

Se ofrecieron un abrazo largo como despedida. Después cada uno se fue por su lado, pero se quedó consigo mismo a rumiar nostalgias, incertidumbres y tristezas.

*

Esta es la historia que quise compartir. Respuestas, conclusiones aún no tengo. ¿Ustedes sí?

Querido

Tomasso

Yoanna Villanueva

Primer lugar ESRU Opina 2017

Querido Tomasso.

Primer lugar ESRU Opina 2017

“Hay que obrar de modo que la sociedad viva en el niño como parte integrante de su persona, de modo que no pueda separarse de ella sin separarse de sí mismo”
Durkheim

Querido Tomasso:

Como siempre es un placer recibir palabras tuyas desde la lejana Italia, muchas gracias por las fotos que me has hecho llegar, tu trabajo docente es admirable y un gran ejemplo a seguir, ver a tus alumnos conmovidos por la belleza de la Capilla Sixtina es un gozo para el alma, no solo por la obra de Miguel Ángel, sino porque se nota en sus rostros que tus conocimientos sobre la obra los inspira, los adentra en la historia y la belleza, y les abre la posibilidad de incorporar el arte en sus propias vidas, lo sé, porque también con mis alumnos he gozado de esas experiencias.

Como bien sabes, yo tampoco puedo desligar la enseñanza de la filosofía de la experiencia estética, trato siempre de persuadir a mis estudiantes de acercarse a lo que nuestro país tiene para admirar, pero, sobre todo, los acerco a lo que tenemos más lejano, pues siempre es un reto abrir las puertas del mundo desde la ventana por donde lo contemplamos: el aula.

Puesta en ese camino, decidí acompañar mis cursos de filosofía con la obra pictórica de Kandinsky, en un principio, me satisfizo que pudieran encontrar en alguna de ellas un referente abstracto de lo abstracto, si, no me he equivocado al escribir, déjame explicarte: Kandinsky es considerado el padre de la abstracción por prescindir de las formas naturales en sus obras y contentarse con el ejercicio de pintar, solo por el placer de mezclar color. Del mismo modo, la filosofía es el ejercicio abstracto del pensar, pues la lógica no está puesta en ningún elemento natural y, aun así, deducir nuevos pensamientos del ejercicio del pensar, es lo que consideramos cono-

cimiento. Así que, como he dicho, en un principio me bastaba con que lo abstracto de la obra, representara para mis alumnos algo de lo abstracto del pensamiento. Cuando lograron comprender la idea de *arjé*, o principio, que tenían los griegos sobre el universo, pronto varios chicos llegaron a la conclusión de que así como para los griegos el origen del cosmos se hallaba en los elementos, como el agua, aire o fuego, las obras de Kandinsky tenían por origen la armonía y, por ello, emulaban composiciones musicales y no sólo pictóricas. Esos rostros de reconocimiento sobre sí mismos y sobre sus compañeros al saberse capaces de interpretar el arte desde un horizonte de sentido propio, es la recompensa más grande de un docente...

...Al menos eso pensaba, hasta que July, una alumna brillante, levantó la mano en clase mientras veíamos el fragmento 227 de Heráclito, que dice “una sola cosa es la sabiduría: conocer con juicio verdadero cómo todas las cosas son gobernadas a través de todas las cosas”¹ y dijo: «entonces nuestro conocimiento sobre Kandinsky aún no es verdadero, pues lo gobernamos o dominamos desde la filosofía, desde un poco de la historia del arte, un tanto desde la biografía del autor y un poco más sobre lo que él mismo escribió sobre la pintura; es decir, somos buenos espectadores, pero aun no podemos gobernarlo desde la posición del artista, pues no hemos hecho ninguna obra»... Imaginarás mi súpita y gozosa expresión ante tal rebase de expectativas, y es que al frente de un grupo siempre es un desafío aceptar que no para todo se tienen respuestas. Así que acepté el reto, me propuse convertirlos en artistas.

Te parecerá arriesgado iniciar un proyecto fuera de lo previa y metódicamente planeado para el curso, pero comprender a las comunidades de conocimiento como un organismo vivo, implica aceptar que están en constante movimiento y que éste nunca es lineal, en esto, tú y yo nunca estaremos del todo de acuerdo, pues sé que para ti seguir la planeación didáctica como lo has concebido desde el inicio del curso, asegura su óptimo desarrollo. Creo, sin embargo, que flexibilizar nuestros patrones, posibilita que nuestros chicos se sientan escuchados, tomados en cuenta y, más aún, como factores de cambio en su propio proceso educativo; más ahora, que la línea heredada de la denominada generación millennial es la de ser “sujetos de impacto”, preferentemente en el ámbito virtual,

¹ Heráclito, en Kirk, Rayen, Schofield, Los filósofos presocráticos, Gredos, España, 1987

como ha publicado Forbes México, “son nativos digitales, la tecnología es una extensión de su propio cuerpo”² Podemos estar o no de acuerdo con esta nueva concepción del ser-humano, pero siempre he estado convencida de que podemos ser más felices dejando que el método lo imponga el objeto y no a la inversa, es decir, dejar que las generaciones te enseñen de sus necesidades y no imponer las tuyas como método incuestionable, esta postura me proporciona más satisfacciones que frustración ¿y no se trata de eso la docencia, de ser feliz? Sé que la felicidad siempre ha constituido un intrincado histórico y geográfico, y que ya no es suficiente la idea aristotélica de la virtud como realización de la felicidad; hoy por hoy, ser feliz, y más para nuestros chicos, depende de la cantidad de likes que una publicación de Facebook arroje, que de una acción virtuosa; pero también entiendo que en lugar de pelearnos con esta nueva noción de felicidad, es preferible contribuir a que sea, en efecto, verdadera y dar a los alumnos momentos de los que puedan sentirse orgullosos y que, eventualmente, puedan compartir en su “muro” como parte de la mejor versión de sí mismos, si es un meme, una foto o un pensamiento, es irrelevante, pero que no sea vacío, ajeno, falso o irreflexivo.

Con esta idea en mente, acompañar a mis alumnos en la creación de algo que los enorgulleciera en tanto *lobos grises*, mis ecos derridianos alumbraron la estrategia y nació el proyecto *Deconstruyendo* a Kandinsky, como sabes, el filósofo francés Jaques Derridá, es quien introduce el término *deconstrucción*. En una entrevista a *Le Monde*, publicada el 12 de octubre de 2004, Derridá explica que la deconstrucción se aparta del disolver o destruir una estructura pues, ante todo, deconstruir es replantearse la pregunta “¿qué es?”³, pregunta dirigida a toda realidad. Este análisis ha permeado en muchas otras esferas, como el arte, la economía o la política, y entraña lo que fundamentalmente preguntaba July en clase: “¿qué es? ¿qué es esto desde el ser del artista?”, así que asentirás con que no existe en el lenguaje un verbo más adecuado para nombrar lo que más de 450 alumnos del Colegio de Bachilleres del plantel 5, llevaron a cabo.

2 On line, <https://www.forbes.com.mx/6-rasgos-clave-delos-millennials-los-nuevos-consumidores/>, consultado el 24 de marzo de 2017.

3 Cf. Jaques Derridá, *¿Qué es la deconstrucción?* On line <http://rupturacolectiva.cornique-es-la-deconstruccion-iacques-derriclajd> consultado el 24 de marzo de 2017.

Tomar la postura del artista sin por ello caer en la imitación, condujo a los colectivos de entre 15 y 20 miembros, que libremente formaron los alumnos, a otorgarle una nueva realidad a las obras de Kandinsky. Las pinturas se convirtieron así en esculturas, móviles, lámparas, bicicletas, atrapa-sueños, tapetes, peceras, maquetas en impresión digital, jabones tallados, bordados en chaquira, trabajo por cierto de una alumna de familia artesana, ilusiones ópticas y hasta en un árbol natural, sí, ¡la misma naturaleza se revistió de Kandinsky!

Como docente al frente de un proyecto que creció exponencialmente, los retos se multiplicaron: mantener el orden sin coartar el entusiasmo, adentrarnos en el arte sin olvidar el discurso filosófico, fomentar el sentido de pertenencia sin infantilizar a los muchachos, elaborar proyectos de alta calidad sin convertirlos en un despilfarro económico innecesario, compartir materiales, brochas, pinturas, maderas, lijas, estambres y no caer en los vicios individualistas de las sociedades egoístas que hemos creado (con o sin conciencia de ello), pero más aún, distribuir los talentos de los chicos sin perder con ello el sentimiento de competencia, pues así como no todos podían elaborar una buena justificación filosófica de una obra, había quienes no podían trazar una forma y, menos aún, pintarla con sutileza, elegancia y movimiento. Así que ver a chicos de colectivos distintos ayudándose entre sí a pesar de estar compitiendo en el mismo concurso fue... ¡uy! No te he explicado esa parte, sí, querido Tomasso, concurso...

Ocurre que primero entregaron bocetos de sus deconstrucciones y cuando vi el potencial de esas ideas, me pareció que serían trabajos que tendrían que apreciar más personas. Primero pensé en montar una exposición en la que invitaran a otros alumnos, luego a sus papás, a otros docentes... Así que ahí se abrió otra puerta y, como todo camino de nuevas oportunidades, otro reto: el trabajo colaborativo entre docentes.

Fueron dos profesoras las interesadas en integrarse al proyecto, una de ellas, con maestría en museología dijo las palabras mágicas: “he visto galerías exhibir cosas muy inferiores a todo esto” y no se habló más, confiada en los conocimientos de otra persona, toqué la puerta del director de un museo de diseño contemporáneo que tiene espacios para jóvenes talentos y, sí, me abrió. Lo extraordinario, un espacio profesional en el que los chicos sintieran valorados sus esfuerzos. Lo complicado, las condiciones insti-

tucionales: “seguramente como profesora encontrará cada trabajo digno de estar en el museo, pero como curadores no podemos exhibir sin filtro”, dijo el director. Lo solucionable: “qué le parece si lo hacemos concurso y lo invitamos como juez”, dije. Y fue así como el Museo Archivo Diseño y Arquitectura se sumó al proyecto y nos otorgó cinco días de exhibición de los 15 mejores proyectos.

Previo a la semana de entrega final, los espacios abiertos del plantel, se convirtieron en un gigante taller de arte. Eran más de 450 los chicos llenos de alegría los que pintaban al aire libre, martillaban, taladraban, serruchaban... siempre supervisados por nosotras y por el jefe de materia, quien se involucró de múltiples formas apoyando ese insólito y cotidiano suceso escolar: la comunidad educativa. Habitar la escuela adquirió, de pronto, un sentido real, era nuestro hogar: reíamos, jugábamos, lográbamos y fracasábamos juntos. Los chicos del turno vespertino llegaban temprano a trabajar, y los del matutino se quedaban en la tarde. Juntos tomábamos descanso para comer, y lo que el lunes comenzó como *lunch*, para el viernes era un enorme convivio en el que, sin importar qué habíamos llevado, todos podíamos comer de la basta mesa de alimentos.

Entre tanto, en mis horas libres, corregía la redacción y el contenido de las cédulas de cada obra, ya sabes, la tarjetita que las acompaña a un costado y que las justificaba como deconstrucción desde la filosofía presocrática, ya sé, ¡todo un viaje! De la historia del arte a la de la filosofía, de la postura del artista a la explicación al espectador, de la ilusión de un adolescente a las exigencias de un profesor; pero como todo viaje, tenía grandes satisfacciones: ver a mis alumnos aclarar su pensamiento al mismo tiempo que interiorizaban a Anaxímenes, Heráclito, Parménides, Anaxágoras o Empédocles... ¡y por convicción propia! Ver que distinguían entre metafísica y ontología, lógica y epistemología y que conscientemente sabían que lo experimentaban desde la estética... en pocas palabras, verme en ellos, verlos en mí ¿has sentido eso querido amigo?

También en esas horas libres preparaba a las alumnas que quisieron participar como *guías de museo* para la exhibición, July entre ellas, quien, como siempre, me asombró con su discernimiento y me compartió aspectos personales de su vida: me contó sobre sus intenciones de presentar nuevamente el examen de *COM1PEMS*, que acá es el examen único de ingreso al bachillerato, esperaba

alcanzar un mayor puntaje para ingresar a otra institución, una con ingreso automático a la Universidad, pero estaba tan contenta de trabajar en el proyecto, que recientemente le había dicho a sus papás que ya no estaba interesada en cambiar de escuela, pues se sentía cuidada por sus maestros de Bachilleres, además, descubrió que en cuanto cumpla la mayoría de edad, quiere trabajar en un museo, justamente como guía y estudiar museología o historia del arte. La verdad, comprendí un poco la inquietud millennial: “ser una persona de impacto”, y es que ¿no es eso el reto y la satisfacción de la docencia, ser factor de cambio?

En efecto, reto y satisfacción son caras de una misma moneda, y todavía más, la unidad diferenciada de toda posibilidad de ser feliz, porque vaya que alegra saber y aceptar que todo reto lleva en sí mismo su grado de satisfacción. Así que con todo esto yo he entendido que no hay mayor desafío en mi ser-docente que involucrar a los chicos con su propia historia y fomentarles el orgullo de su propio devenir, cuando se asumen como alumnos de Bachilleres, reto y satisfacción son una misma realidad, una que configura la memoria individual y colectiva de habernos encontrado en este camino de aprendizaje mutuo.

El día llegó, inauguramos la exhibición museográfica con 42 piezas, asistieron filósofos de tres universidades como miembros del jurado, el director del museo y algunas autoridades de Dirección General de la institución, mis chavos se sentían nerviosos, pero conforme fueron explicando sus obras todo fluyó, como el *arjé* griego: el sutil movimiento del origen, del sentido, de la palabra, de lo que es...

Dice Hegel que “la educación es el nacimiento espiritual del hombre⁴” porque alumbrarse a sí mismo a partir del conocimiento, es la posibilidad de devenir en un escalón más elevado de su ser-racional; ese día vi a muchos, de verdad, a muchos alumnos parirse a sí mismos, alumbrarse y alumbrar, sentirse significativos en su vida y en la de otros, y reafirmé por qué soy docente, y es que amo ver la vida resurgir.

Mi querido amigo, ningún reto tiene sentido si no se cumple, y creo que al final, la intención de todo esto se vio cristalizada: mis alumnos

4 Cf. Hegel, Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas, Alianza, Madrid, 2008, p. 541

tuvieron momentos para sentirse orgullosos de si mismos, de sus trabajos, de su escuela y de sus profesores, puedes ver algunas de sus fotos en las redes sociales con los hashtag #deconstruyendoakandinsky, #bacho5 y #ArchivoDiseñoArquitectura, están las de la exhibición de escuela y también las del museo, en donde sus obras estuvieron más que lucidoras.

Te abrazo fuerte desde la región más transparente y espero pronto tener noticias tuyas.

Yo.

Marzo del 2017

Práctica **educativa, retos** **y satisfacciones** **de la vida** **académica**

Adrián Jiménez

Primer lugar ESRU Opina 2017

Práctica educativa, retos y satisfacciones de la vida académica.

Primer lugar ESRU Opina 2017

El plantel educativo es sin lugar a dudas el sitio ideal para conseguir logros profesionales y personales, el trabajo en el día a día con jóvenes entusiastas y, aún más con los que no lo son tanto, representa parte de nuestra motivación, esta bipolaridad estudiantil es la principal fuente de retos y satisfacciones que nos proporciona la práctica docente con los alumnos del Colegio de Bachilleres.

El salón de clases se convierte una vez que los alumnos ingresan y ocupan sus lugares en un espacio de transformación. Los alumnos deben construir conocimiento nuevo a partir de conceptos que previamente han desarrollado, y en este sentido se estarán encaminando hacia un verdadero aprendizaje, es decir, que logren contrastar aquello que conocen de acuerdo a su trayectoria académica y su experiencia personal con los nuevos contenidos, a partir de esa confrontación de conceptos podrán construir nuevos saberes que les resulten útiles y manipulables; he ahí uno de los principales retos que tenemos hoy en día: abandonar las prácticas educativas en las cuales el conocimiento es transmitido del profesor al estudiante de manera tradicional, donde el profesor es dador de contenidos y el alumno repetidor de ellos, el docente debe ser un agente de cambio, con todas las implicaciones que ello conlleva pues cabe señalar que también es un sujeto en constante aprendizaje, con características particulares y como tal posee rasgos distintivos que lo diferencian de otros profesores, formas de ver el mundo y estilos de enseñanza, por lo tanto, no siempre los contenidos son asimilados por los alumnos de manera uniforme.

Un profesor debe sufrir un cambio constante en las formas o hábitos que maneja, además, de evolucionar sus conceptos teórico-metodológicos, ya sea por interés propio o por obligación, este cambio puede ser gradual o repentino, un nuevo paradigma surge en cada cambio de ciclo escolar, e incluso antes. En palabras de Thomas S. Kuhn, (2004, pp. 193). Los científicos adoptan nuevos instrumentos, miran en lugares nuevos, y durante las revoluciones científicas que ahí suceden identifican cambios significativos en

lugares que ya habían observado antes.

El docente debe mirar el aula como el lugar donde suceden esas revoluciones científicas, como parte de los retos en su labor continua debe ser analista y reflexivo ante los cambios de la comunidad estudiantil y del entorno mismo; en este sentido, el docente investigador de su práctica profesional, deberá ser observador de los procesos sociales y de carácter disciplinar dentro del aula, en consecuencia promoverá constantemente nuevas formas de aprendizaje, en una espiral de desarrollo que resulta inagotable.

El entorno o contexto forma parte de un conjunto de variables que entretejen el proceso de aprendizaje, pues es justo aquello que determina las condiciones materiales y sociales que dispone tanto el alumno como el profesor para alcanzar sus metas en conjunto.

Para Elaine de Vargas (2006) en el contexto escolar se genera la actividad de estudio que, como la del juego y la actividad laboral (productivas todas en uno u otro sentido), constituyen claros ejemplos de actividad integral del sujeto en todas sus formas y tipos, en sus pasajes y transformaciones mutuas.

Como ya habíamos señalado, la actividad académica demanda mucho más que la divulgación de contenidos de carácter científico y su explicación en sentido estricto, el docente es un profesional de la educación y por lo tanto asume los retos y la complejidad de la causa, debe construir estrategias y planes de estudio de acuerdo a los contenidos y también al contexto, debe ser responsable y a la vez flexible, tolerante a la frustración pues en muchas ocasiones los alumnos no están en la mejor disposición, o la escuela no cuenta con los insumos o la infraestructura suficientes, entonces, un profesor se convierte en un ente hasta cierto punto autónomo, debe desarrollar habilidades docentes que le permitan modificar su planeación sin abandonar su principal objetivo que es el aprendizaje de los alumnos, el profesor una vez dentro del salón de clases se encuentra apartado de sus colegas, de un igual que lo guíe o le corrija si es que algo va mal, a diferencia de un oficinista que puede preguntar a su compañero de al lado si tiene un documento o algo que no logre acomodar, por lo tanto debe estar preparado para lo que pueda romper con el plan de clase, para la toma de decisiones pertinentes y asertivas en todo momento.

El docente del siglo XXI tiene por obligación la necesidad de poner en práctica todo lo antes mencionado, relacionar sus conocimientos teóricos con las normas sociales vigentes, abandonar el “*En mis tiempos no era así*”, formar parte de la corriente actual, dejar de lado la enseñanza memorística y anquilosada para desarrollar un modelo crítico y analítico de su propia labor, situación que no resulta para nada fácil ya que el profesional de la educación vive a contra flujo de las transformaciones sociales en el aula, al pasar los años el docente irá adquiriendo hábitos y costumbres además de estar sujeto a los cambios propios del hombre con el paso del tiempo, mientras que los estudiantes tendrán la misma edad en cada cambio de ciclo escolar, lo cual implica un choque generacional importante al cual debe hacer frente atendiendo nuevamente al cambio de paradigmas del cual debe procurar ser consciente.

En este sentido según Vygotski (1988, pp. 93-94), la apropiación de un oficio es en gran medida un proceso de internalización, que implica el paso de lo social a lo individual, del exterior al interior, de lo interpsicológico a lo intrapsicológico. En ese proceso el sujeto reconstruye los significados, asistido desde el exterior por la mediación de “otros significativos”, que ayudan a construir el “sí mismo” del sujeto, y aprende a participar de manera adecuada en su medio, con la mediación de otros se apropia de las competencias necesarias para actuar según lo requerido.

Sin embargo, otra complicación aquí es la posición del profesor de educación media o de nivel básico frente al tipo de población que atiende sobre todo en zonas marginadas. Los ya alumnos sin que sea una regla general, no suelen en la mayoría de los casos ser sujetos activos que demuestren gran interés en su educación, es decir, el docente asume de alguna forma la responsabilidad casi total del proceso educativo, pues el alumno en muchos casos aún no ha alcanzado la madurez que le permita ser consciente de su papel como educando, en mi experiencia como profesor del Colegio de Bachilleres este es un punto importante a combatir, la pasividad del alumnado en cuanto a su proceso de formación, en muchos casos suelen ser solamente escuchas que no se atreven por diversos factores a contraponer un concepto expresado por el profesor, o emitir un punto de vista ya sea por falta de conocimiento, por apatía, o por el temor de que el profesor en muchos casos representa para ellos una figura de autoridad y no un guía que le acompaña en su desarrollo estudiantil; en este sentido es necesario enseñar

a pensar, pensar para reflexionar, pensar para la vida en sí, no queremos alumnos obedientes, sino alumnos capaces de ofrecer un punto de vista crítico y analítico, que logren expresar adecuadamente sus pensamientos, con una estructura lógica y de acuerdo al contexto, el alumno debe ir más allá de lo que se dice en el aula, debe tomar en cuenta su experiencia personal y los conocimientos previos como se había señalado en el principio, construir el conocimiento de adentro hacia afuera y no de afuera hacia adentro como en la educación tradicional, la cual a pesar de estar ya abandonada en la teoría, en la práctica aún suele ser común en algunos casos.

Otro reto importante es lograr persuadir a los alumnos de que su función escolar no debe limitarse al hecho de conseguir calificaciones, sino lograr un aprendizaje significativo. Muchos estudiantes buscan como meta la obtención de un número, notas buenas que pueden ser o no congruentes con el conocimiento adquirido, sin embargo, este aspecto va más allá del ambiente escolar, pues desde casa se les induce a buscar calificaciones altas como meta principal. Aquí surgen infinidad de problemáticas ya que la calificación puede ser obtenida por diversos medios, y el más común está ligado directamente a la gestión escolar, al hecho de cumplir con los requerimientos, “la burocratización de la calificación”, proceso que los alumnos tienen aprendido desde niveles educativos anteriores, donde se les evalúa de acuerdo a sus asistencias, al número de tareas entregadas, a la entrega de trabajos finales que en muchos casos tienen el fin exclusivo de ayudarles a pasar y no a reforzar el conocimiento, etc. En muchas ocasiones estas prácticas que son tan recurrentes desvirtúan la labor creativa de los docentes, pues los estudiantes actúan de forma sistemática y priorizan el “deber ser” al “saber ser” y “saber hacer”, estímulo - respuesta.

En este sentido, es necesario comenzar a generar una cultura del aprendizaje diferente a los paradigmas actuales, que busque en todo momento desarrollar competencias asequibles, donde los estudiantes logren habilidades que les permitan acceder a mejores condiciones de vida, pero que lo miren más allá de lo económico, fuera de la competitividad de carácter empresarial, debe ser de una manera integral, donde sus perspectivas de vida involucren un crecimiento humano e intelectual, para que puedan comprender la vinculación de su conocimiento con el mundo que les rodea, y a su vez puedan contribuir a la creación de una mejor sociedad, lo cual es la base fundamental de la educación pública.

Sin lugar a dudas son múltiples y variados los obstáculos que hay que sortear para mejorar los procesos educativos con los alumnos del Colegio de Bachilleres, sin embargo, estas dificultades no deben mirarse como barreras que impiden la labor docente, sino que deben representar áreas de oportunidad para la mejora de la educación. Actualmente se viven tiempos difíciles en cuanto a problemáticas sociales: la reproducción de la violencia ha alcanzado niveles alarmantes, existen temas como la inequidad de género, la drogadicción, el ejercicio irresponsable de la vida sexual. Estas son, entre otras cosas, el pan de cada día dentro de algunos planteles escolares de educación media; en este sentido la escuela en conjunto con otras instituciones debe ser un punto de partida para poder contra restar estos malestares en la cultura, atacar estas problemáticas requiere de un trabajo integral a largo plazo, en la medida que podamos contar con sujetos mejor preparados estaremos colaborando a construir un mejor país, si no ponemos atención a estas implicaciones nosotros mismos seremos responsables como sociedad de la podredumbre que se vislumbra a futuro y que vivimos actualmente.

Mientras más grande es el reto, más grande la satisfacción de lograr superarlo. Así como hemos hablado de lo complejo que resulta la labor docente bajo las condiciones actuales en algunos planteles del Colegio de Bachilleres, resulta reconfortante en forma proporcional cuando podemos mirar que las metas se están cumpliendo. El encontrar a un alumno que tuvimos en algún semestre y nos diga que le está yendo bien, que lo que aprendió con nosotros le es útil y que su vida está cambiando en forma positiva, es una satisfacción incommensurable. Pero estas grandes satisfacciones provienen de asumir las consecuencias de nuestras acciones en el día a día de la labor docente, una decisión bien tomada en el salón de clases en el momento oportuno, puede llegar a tener implicaciones importantes en la vida de los jóvenes estudiantes, así como una mala decisión es capaz de alejar a los chicos de los salones y de los libros, en consecuencia, nosotros mismos como formadores nos podemos dar cuenta de la posición privilegiada que ocupamos dentro de la estructura social; no habrá mejor recompensa que contribuir al progreso de chicos llenos de preguntas, que en muchos casos provienen de comunidades marginadas, donde lo único que les puede ayudar a salir adelante es la educación, donde se construyen esperanzas a partir de hechos y no de discursos, en una sociedad donde la corrupción y la demagogia han quebrantado la unidad social.

En consecuencia, podemos decir que el aula es un lugar que nos puede generar ilusiones; que dentro de la barbarie de los medios de comunicación, el vértigo de la era digital, y la violencia cotidiana, debe ser un resquicio de igualdad, un espacio de reflexión para combatir la estupidez humana, la ignorancia que promueve la segmentación y la sociedad pulverizada, la globalización inevitable, y que a todo se le puede hacer frente siempre y cuando haya personas conscientes, con propuestas frescas y que coadyuven a la reconstrucción del humanismo.

Si lográsemos ver eso en el mediano o largo plazo podríamos decir muchos colegas de vocación docente, “misión cumplida”. Aquí me gustaría hacer mención de aquellos profesores que no están en las instituciones, profesores de vida, padres, madres, hermanos, viejos, etc. quienes son pilares en la educación de los jóvenes. Por supuesto que esta labor conlleva grandes satisfacciones y que mayor reto profesional no podríamos haber encontrado quienes nos dedicamos a la educación, por lo tanto, el quehacer de un profesor encuentra en sí mismo el disfrute que requiere cualquier oficio para que se lleve a cabo de la mejor forma, y, sostiene sobre sus propias dificultades las fortalezas para lograr mejores resultados.

Anátidos **volantes e** **ideario** **pedagógico**

Benjamín Pérez Ortíz

Primer lugar ESRU Opina 2017

Anátidos volantes e ideario pedagógico.

Primer lugar ESRU Opina 2017

A diario, cual ave migratoria, transito la Ciudad de México del levante hacia el poniente siendo consuetudinario usuario del transporte colectivo, haciéndome al mismo tiempo catador involuntario de los olores que emanan del pueblo y degustador obligado de la esencia misma de las carencias ominosas que millones de personas soportan, igualmente a diario, en su existir. Pero más que carencias materiales, me refiero a las carencias educativas, que dejan a esta gente inerme y postrada ante los cambios turbulentos de la posmodernidad¹, condenándolos a andar eternamente las rutas de la ciudad, como plancton pelágico en las ondulaciones de la ideología predominante.

No puedo mentir diciendo que me encanta el diario zarandeo que experimento, entre microbuses y metros, observando a los 'sin escuela' batiéndose a diario con la vida, ni tampoco es de mi agrado ser el apretujado testigo de miles de tragedias educativas trucas. No aspiro a ser el ícono del mártir de la enseñanza que, en pos de llegar puntual a la sacra aula, venzo todo infortunio que se me presenta en el éxodo temporal de mi terruño. No, nada de eso, simplemente experimento, de forma vivencial, el cotidiano ajetreo que los viajeros asiduos padecemos al ir de aquí para allá. *Sensu stricto*, es la parte de realidad que me toca en el recorrido hacia mi querido plantel en el que vivo mi docencia².

He de confesar que hay ocasiones en las que quisiera llegar volando encima de un cisne hasta mi salón de clases, ese sitio hermoso en el que he aprendido a ser feliz, emulando al pequeño Holgersson en

1 Posmodernidad es un concepto que se refiere a una tendencia de la cultura, el arte y la filosofía que surgió a finales del siglo XX. A nivel general, puede decirse que se asocia al culto de la individualidad, la ausencia de interés por el bienestar común y el rechazo del racionalismo.

2 El docente, para Paulo Freire, es aquella persona capaz de poner en acción los mecanismos de habilitación simbólica y subjetiva que afirman la "existencia" del "otro", fundado, precisamente, en la capacidad -y en la obligación que tenemos- de reconocer al 'otro', en tanto sujeto en contexto de aprendizaje.

su viaje a la Laponia a lomo de un ánade³, en el que al mismo tiempo que aprendía la geografía sueca, iba humanizándose despojándose del bribón para dar paso al humano. Sin embargo, hasta donde sé no existen cisnes volantes que lo lleven a uno de su casa al trabajo, entre las nubes y el smog de la ciudad, lejos de las hordas de viajeros rutinarios. Entonces, a falta de anátidos volátiles trasbordadores, sigo recurriendo al transporte colectivo, mismo que no puede omitirse de las crónicas de nota roja, ni del folklore urbano que la metrópoli azteca plasma en postales, de esas que venden afuera de la Quinta Casa de Correos.

Antes de seguir el curso de mi disertación. He de confesar que me gusta dormir y lo hago cada vez que puedo. Considero que es un placer, en vías de extinción ante un mundo cada vez más apresurado, que disfruto imbuido en mis sueños y entre mis frazadas. Sin embargo, toda esa delectación de oníricas ondas delta, la abandono cuando se trata de llegar con mis alumnos, para juntos construir la clase en el aula.

¿Qué me hace levantar por las mañanas y me hace vencer la batalla interminable con mis sábanas y el letargo? ¿Qué poder es ese que me hace ir, de lunes a viernes, a mi sitio hermoso de pupilos, pizarras y pupitres, pese a la dosis de apretujones y estrujamientos colectivos? Esa fuerza, ese impulso que me lanza es un conocimiento exclusivo de todo aquel que ha pisado emocionado un salón de clases, lleno de escolares noveles, que conscientes o no de su necesidad de aprender, llenan de determinación a todo aquel que se ha investido de docente alguna vez.

Pues bien, las satisfacciones que tengo como profesor pueden agruparse en una sola clase de emoción que me produce el saber que mi trabajo es útil para la formación de personas en ciernes y, por consecuencia, de sociedades completas: es el sentirme feliz y pleno como persona, ya que la docencia, así como el contacto con mis alumnos hace que mantenga permanentemente una reflexión, no sólo acerca de mi desempeño como enseñante, sino también sobre las conductas que manifiesto en todos los aspectos de mi vida, ya que el 'ser docente' no se deja en el perchero del salón de

3 Lagerláf, Selma. El Maravilloso Viaje De Niis Hålgersson a través de Suecia, Recuperado de: http://www.rszi-c-15,c1/81131_10TECA/librosodf/E1.%20rv1ARAVIL1.050%20VIAJE%20DE51201\111S%201-10LGER55ON.pcif

clases al término de la jornada, en paciente espera de la siguiente sesión para cubrir, una vez más, de didáctica al profesor como si fuera un disfraz o una toga que le confiere el oficio de enseñar. No es así, el ‘ser docente’ se lleva dentro de uno todo el tiempo, tanto así que, sin ánimo de ser descomunal, se es docente hasta en el sueño en el que, de vez en vez, los pupilos, los pupitres y las pizarras danzan en una coreografía de la clase.

El enseñante, al término de la jornada, se lleva consigo la docencia dentro y fuera de su cuerpo al salir de la escuela ¡Es su carne y su mente! Hecho que se hace notar cuando algún exalumno le saluda diciendo: ¡buenas tardes profesor! así hayan pasado más de diez años de ello. Ser maestro es un gran honor y conlleva una altísima responsabilidad, ya que para ser profesor de adolescentes a uno debe gustarle esta etapa de la vida humana y estar plenamente consciente de que la materia de trabajo de un educador está compuesta por entero de personas en formación. La vida humana es sagrada e igualmente el proceso que se sigue para alcanzar esa humanidad. Por ello, esta insigne profesión no debería ser refugio de embusteros mercenarios que sólo ferian con las aspiraciones sociales que las mayorías le han conferido a la escuela⁴, charlatanes que inducen a sus alumnos a coludirse con ellos al adquirir obligados sus vetustas notas en cierto lugar determinado, volviéndose esta acción el boleto de entrada y permanencia a su salón, porque aquello no puede ser llamado clase. Los actos de éstos los descubren como cómplices de los opresores, reproduciendo en el aula las relaciones de poder entre los que poseen todo y los despojados, en los que se consolida esa siniestra clase de opresión: el “no saber”.

Los verdaderos anhelos educacionales, establecidos por la sociedad y la escuela misma, se infiltran en la sustancia de las baldosas de los patios y de los ladrillos de los edificios que la conforman; en las pizarras y en los pupitres de los salones de clase. Pero, aun así, la escuela no está en los muros, ni en los

4 Podemos entender como escuela a la comunidad educativa específica que como órgano se encarga de la educación institucionalizada. Es el lugar donde se realiza, se cumple y se ordena la educación. Algunos pueden inclinarse en la concepción que hace sobre ésta Althusser y Pferre Bourdieu, pero también es el sitio en el que se plantea la alternativa al salvajismo y la barbarie que siempre están al asecho. Ciertamente es que la Escuela no es un medio neutro desideologizado y despolitizado, esa sería una concepción ingenua, responde a la ideología predominante, pero ¿qué otra opción tenemos para humanizarnos?

ladrillos, ni en las pizarras, ni en los pupitres. La esencia de la escuela se halla en la convergencia de la necesidad del alumnado por aprender y el compromiso de facilitar ese aprendizaje por parte de los docentes. Ese es el principio fundamental de la contextura de la educación en cualquier parte del mundo, trátase de Suecia o de México. La función del maestro es ser la interface entre lo buscado y lo logrado como nación. Es el catalítico que hace que la educación baje de las concepciones etéreas de los pedagogos hasta la llana realidad de la concreción del aula, en la que a veces sólo se cuenta con un trozo desgastado de tiza y, con éste, el profesor verdadero hace magia. Por eso, lo que hace el docente junto con sus alumnos en el aula, va más allá que hablar de Química, de Matemáticas, de Biología o de Historia. Asignaturas que no pierden su valor, pero son el contexto en el que se desarrollan las habilidades superiores del pensamiento. Mi satisfacción como docente radica en poder contribuir en la formación de personas que conquistan la libertad de elegir de manera informada.⁵

Toda esta vorágine de palabras me ha hecho recordar a uno de mis maestros de antaño, quien siempre iniciaba su clase contándonos un cuento y sólo con su voz, así como con el histrionismo de su entonación, dibujaba algodónadas nubes, cisnes voladores, y geografías mundiales. Cierta día nos contó el fragmento de una magnífica historia en la que el protagonista era un niño que viajaba sobre las alas de un pato por todos los cielos de Suecia. Ese detalle sencillo, que encendió la imaginación de más de uno, hizo que en su clase el aprender fuera un deleite⁶, al tiempo que crecía en nosotros el germen de lo humano. Como quisiera tener un poco de aquel profesor, émulo del maestro “don Cipriano” de la película mexicana titulada “Simitrio” (Gómez Muriel. 1960), que ejerció su docencia buscando germinar en su mítico pupilo la simiente de humanidad y en mí inspiró el deseo de aprender.

Ahora, el devenir me ha puesto como profesor en el Colegio de Bachilleres y me llena de satisfacción el saber que lidio una guerra contra la ignominia de nuestra especie, que es el analfabetismo

5 En este sentido, elegir con libertad lo equiparo con la noción de concienciar ala que Paulo Freiré hace mención en “La Educación como práctica de la Libertad”. Recuperado de: [htt.n://www.bibliotecavirtual.com.adnrwifilosofia,U2Deducacion'.<20corno5:10nractica9620de.E;Ma%201ibertach1,201-nuip](http://www.bibliotecavirtual.com.adnrwifilosofia,U2Deducacion'.<20corno5:10nractica9620de.E;Ma%201ibertach1,201-nuip)

6 Deleite equiparable con el gozo de aprender al que hace mención Comenio en su Didáctica Magna.

con todas sus caras, contienda que se gana, de batalla en batalla, cuando ese momento sublime se cristaliza en la mirada del alumno irradiada con esa luz, que todo docente ha visto alguna vez, que es la indiscutible evidencia de que una mente ha comprendido un concepto o un proceso. Ciertamente es alcanzar el *Nous* de Platón⁷, que me pone en paz con mis congéneres al tener la certeza de que, al construir su realidad, mi alumno integrará la Ética, la Química, la Biología, las Letras y la Historia en su forma de interpretar el mundo. Entonces, es cuando sé que mi discente se ha humanizado y que mi trabajo ha sido útil.

¿En qué consiste mi trabajo? Antes de contestar, mencionaré de que está hecha mi labor, para luego precisar su consistencia. Mi oficio precisa de lo intangible, lo inmaterial. Es posible que cualquier neófito en la materia opinaría que mi trabajo se encuentra en los libros de la biblioteca escolar, en las notas y apuntes en el cuaderno de mi alumno. No es así, esos son meros adminículos, porciones de un andamiaje que sólo se erige en torno a la construcción de algo más excelso: el aprendizaje, ese que potencia la comprensión de la realidad, que concientiza y, al mismo tiempo, libera. Mi labor inicia como una idea que surge en la corteza prefrontal de mi encéfalo, va siendo refinada en el crisol de la reflexión y el debate con colegas para terminar incidiendo en el esquema cognitivo de mi alumno, al usar lo aprendido para interpretar su realidad. Es como un amasijo de arcilla que va tomando forma hasta convertirse en algo logrado.

Yo conozco esa arcilla que, una vez concebida, brinda un espacio de reflexión al que llegan, de distintas partes de la ciudad, mis estudiantes que cruzan la gran urbe todos los días, montados en cisnes volantes. Tienen fe en la escuela, pero no esa fe doctrinaria que crea dogmas, sino la esperanzadora que impulsa al espíritu hacia los confines de la excelencia, al *areté*⁸, en el que se cimienta la gloria humana. Es la fe profesada por Rosalind Franklin y que plasmó en el siguiente pensamiento:

7 Para Platón el *Nous* es la parte más elevada del alma, equivalente a la inteligencia que permite el conocimiento.

8 Término griego con el que se designaba la excelencia de alguien o de algo y que, desde Platón y luego también por Aristóteles, fue utilizado con el significado de virtud.

“... Estoy de acuerdo en que la fe es fundamental para tener éxito en la vida, pero no acepto tu definición de fe, la creencia de que hay vida tras la muerte. En mi opinión, lo único que necesita la fe es el convencimiento de que esforzándonos en hacer lo mejor que podemos nos acercaremos al éxito y que el éxito de nuestros propósitos, la mejora de la humanidad de hoy y del futuro, merece la pena de conseguirse” (Miguel Vicente, 2008)⁹.

Ese es mi reto cotidiano y al mismo tiempo el aliciente que busco desde la trinchera que es mi salón de clase, esfera de la realidad en la que se pone el cimiento en el que mis pupilos construyen sus competencias; competencias con las que se aproximarán a la cotidianidad en busca del sustento que viste de dignidad a hombres y mujeres en ese plano denominado humanidad. Antorcha que se abre paso a través de la estulticia oscura en la que quedan estancadas miles de mentes que, expulsadas de la escuela, no concluyen su escolarización, ni tampoco forman las sinapsis redentoras que habilitan las competencias humanas.

Por eso, tengo la satisfacción de siempre despertarme con un propósito que es ponerle una estocada a la carcoma de mil cabezas que amenaza con deshilvanar nuestra sociedad, que de por sí se deshilacha ante la pobreza, el hambre, el desempleo, la violencia y la indiferencia. Por eso, busco romper la inercia que nos lleva hacia la infantilización de la sociedad, distopía en la que se elude la responsabilidad de la vida adulta hasta muy entrada la adultez misma. Ese es el objetivo de mi campaña educativa, que por estandarte lleva la lumbrera del conocimiento, para quemarle las barbas a los siniestros que buscan mantener al pueblo en un estado permanente de vacuidad y sin razón.

Para enfrentarme a ese vestigio tengo por arma la estrategia en la que diseño ambientes de aprendizaje en los que queda prohibida la iteración sin sentido. Por ello, nunca ha sido mi deseo ser cómplice del surgimiento de una realidad distópica, que se alimenta de miríadas de voluntades digiriéndolas en sus fluidos ácidos, deshumanizando el rostro de nuestro pueblo que descarnado migra a otro país en busca del sosiego económico. Sin embargo,

⁹ Miguel Vicente. La dama ausente: Rosalind Franklin y la doble hélice. Recuperado de: http://www.xtaliqr.csic.es/Cristalografiaiarchivos_10/1a-clama-ausente-roosalind-franklin.pcif

son despojados de todo derecho humano por carecer de la básica educación que no encontraron en el aula de su natal tierra. Entonces, alienadas sus facultades, son fustigadas por las vertiginosas corrientes globalizadoras irreverentes, que les roban a los 'sin escuela' su identidad, contaminando sus mentes con la espora del infortunio y del fracaso aprendido, con un micelio que se arraiga en sus tejidos culturales y los transmuta de trabajadores dignos en fachosos mercaderes de bagatelas en el inframundo de la capital mexicana.

¿Cuáles son los retos de trabajo con los alumnos en mi Colegio de Bachilleres? Podría decir que buscar la formación continua y permanente en mi función docente. Alcanzar la pericia suficiente para planificar, argumentadamente, las secuencias didácticas a aplicar en el aula; lograr, a cabalidad, la inclusión de una evaluación auténtica que transcurra integrada al proceso del aprendizaje; comprender con mayor profundidad la esencia misma de las competencias para el siglo XXI, así como adentrarme con más detalle y precisión en la construcción del conocimiento desde una perspectiva social. Puedo referir todo eso que las autoridades educativas anhelan escuchar de los labios de todo profesor, igual que un amante trasnochado busca oír de su amada el sí definitivo. Sin embargo, creo que asumiré el compromiso que tengo con mis alumnos, saliendo airoso de mi sempiterna lucha con las sábanas y el letargo, al surcar los cielos, asido al lomo de un cisne volador, rumbo a mi salón de clase, raudo cual saeta, por encima de este mundo debocado, lejos de las hordas de zombis¹⁰ sociales, inermes postrados, condenados a recorrer eternamente las arterias esclerosadas de la ciudad.

10 Zombi es un término tan cotidiano y tan amplio que es difícil definir con exactitud de qué estamos hablando. Pero le llamo zombi social al que esté inerte ante los cambios económicos, sociales tecnológicos y educativos.

Premiación Esru Opina 2016



Premiación Esru Opina 2017



Premiación Esru Opina 2018



Premiación Esru Opina 2019



Dibujando las imágenes del porvenir

Balfer Alberto Navarrete Pérez

Primer lugar ESRU Opina 2018

Dibujando las imágenes del porvenir.

Primer lugar ESRU Opina 2018

Trazando el panorama

Para comenzar a reflexionar sobre los retos de la educación es necesario señalar, al menos de manera muy general, tres características de nuestro presente, mismas que afectan al ámbito educativo y a todas sus dimensiones. Tal vez la más evidente de ellas sea 1) la presencia del mundo virtual y los modos en los que ha modificado las relaciones personales; en el caso concreto del aprendizaje, los cambios que ha suscitado entre el alumnado y el cuerpo docente. Aunado a lo anterior, 2) la globalización y la cercanía de los asuntos del mundo, antes muy lejanos y ahora muy presentes en la inmediatez de nuestras pantallas. Por último, y en el caso concreto de México, 3) la constante lucha por la defensa de los derechos humanos y el respeto a la diversidad, que buscan trabajar sobre un proyecto de país más inclusivo y plural.

Desde luego que existen muchos más factores que se ven implicados dentro del ámbito educativo, como podría ser el político, el económico, el ecológico, etc; sin embargo, retomo aquellos tres porque son los que he visto más presentes en mi práctica docente, además de que sirven para vislumbrar, de manera introductoria, el entramado y complejo mundo del aprendizaje y sus actores.

El enfoque propuesto me permite, además, arrojar luz sobre el asunto central -“Retos actuales en la educación de los jóvenes”- ya que ilumina, en su análisis, algunos senderos por los que podemos caminar, todos juntos, hacia el amanecer del mañana: la promesa de un futuro más incluyente y democrático, forjado y formado desde nuestras aulas.

Una nueva arena: lo virtual

Pensar los retos propios de la educación es una de las tareas fundamentales del cuerpo docente de nuestro país y de todos los actores implicados en el ámbito educativo: las familias, la sociedad,

los administrativos, etc.

En consecuencia, y desde mi experiencia como profesor, he observado cambios positivos al respecto de la educación actual que difieren de mi experiencia como alumno. En este sentido, la insistencia en señalar la importancia y relevancia de las tecnologías de la información (TICs) y su relación sustancial con el aprendizaje contemporáneo de los alumnos, como parte de estos cambios, no es gratuita¹. Me atrevo a decir, incluso, que hay alumnos que prefieren aprender a través de las herramientas digitales que asistiendo al aula, lo cual se convierte en otro reto pedagógico: frente al fácil acceso que tienen los jóvenes a la información digitalizada ¿Qué puede hacer la escuela, la institución?

No son pocos los casos en los que el alumnado sorprende al profesor o a la profesora con información que los segundos no conocían, y esto se debe a que la unilateralidad catedrática con la que se llevaban a cabo las clases está siendo reemplazada por el diálogo transversal y el intercambio de ideas; todo esto supuesto, desde luego, sobre la idea de que el alumno no es una caja vacía e inmóvil cuyo contenido será llenado por la sapiencia del docente.

Habrá que pensar a la escuela, entonces, ya no como un lugar para recibir información, sino como un espacio para forjar las habilidades de desarrollo y comunicación social, sobre todo para estimular un pensamiento crítico que sea capaz de procesar la información obtenida y analizarla; es decir, la escuela será la plataforma en la que los alumnos y los profesores aprenderemos a entendernos, a comunicarnos, a respetarnos y a resolver los retos futuros de la nación.

Lo anterior señala que la incidencia cada vez más amplia de las TICs y su transformación mundial ha trastocado los ámbitos del aprendizaje en todos los sentidos, sobre todo en el aspecto de la transmisión de información. El objeto libro, por ejemplo, que por siglos fue considerado el formato único y más importante sobre los asuntos educativos, se ha ido desplazando como instrumento de

¹ “La implementación de tecnologías informáticas está afectando de forma radical los modos según los cuales pensamos el mundo y organizamos nuestras vidas. De hecho, vivimos en un entorno híbrido donde no sabríamos poner la barrera entre lo natural y lo artificial, entre lo real y lo virtual”. Jordi Vallverdú, ¡Hasta la vista, baby! Un ensayo sobre los tecnopensamientos (España: Anthropos, 2011), 13.

prioridad pedagógica. Ahora, frente a una computadora de apenas unos cuantos kilos, podemos tener una impresionante cantidad de información que, en su forma libro, empírica, no podría ser almacenada en las más grandes bibliotecas del mundo.

Es decir, la información ha sido contenida en formatos digitales, virtuales, más económicos y más accesibles que antaño. Esta modificación ha permitido, sobre todo, que la información oscile entre los continentes terrestres a una velocidad nunca antes vista, acelerando su misma producción, su distribución y su consumo: estamos en un momento en el que todos podemos tener acceso a los saberes que antes estaban reservados a algunos cuantos.

En contraste, la nostalgia por los modos de aprendizaje previos o tradicionales nos ha llevado a considerar que la tecnología ha desvirtuado algunas prácticas pedagógicas. Se ha desarrollado, por decirlo de algún modo, cierta tecnofobia que, en el caso concreto de nuestros estudiantes, podríamos observar en el uso de los celulares y tablets.

La solución más pertinente, considero, es abrazar el uso de estos nuevos aparatos y emplearlos para mejorar nuestra práctica educativa, en vez de evitarlos. Los celulares, de nuevo, nos permiten la realización de un trabajo asincrónico, utilizando las múltiples plataformas o redes sociales para sufragar algunos problemas de distancia². Al mismo tiempo, nos posibilitan la transmisión de contenido audio-visual, importantísimo para algunas materias y contenidos. Por último, y desde una perspectiva ecológica, nos facilitan el uso de una cantidad impresionante de información sin la utilización de una sola hoja de papel.

Una integración simbiótica entre las tecnologías y nuestra práctica docente podrá sufragar una gran cantidad de impedimentos que en otros tiempos no era posible vencer. Al mismo tiempo, nos permitirá la innovación de nuevos modos de aprendizaje, adecuados para nuestro mundo virtualizado, y nos servirá como una nueva arena

2 Las redes sociales me permitieron trabajar con mis alumnos, de manera asincrónica, cuando sucedió el temblor del 19 de septiembre del 2017 en la Ciudad de México. Gracias a que habilité una página de Facebook al inicio del semestre, pude tener informados a mis estudiantes sobre la reanudación de clases, además de que pude enviarles la tarea de los contenidos y aprendizaje necesarios para nuestra asignatura.

de intercambio y aprendizaje colectivo, ahora mucho más amplia, diversa y plural.

Globalización: todo está muy junto

El mundo se encuentra mediado y trazado, como lo hemos mencionado, por las tecnologías. Son ellas las macro estructuras de la comunicación, del intercambio económico, de la información, etc. Son, para decirlo con mayor énfasis, la vértebra del funcionamiento de nuestro planeta.

Hemos visto, también, cómo las TICs afectan o modifican la transmisión de los saberes, aunque no hemos reparado lo suficiente sobre la injerencia que tienen en las escuelas como espacios concretos.

Las escuelas (sus salones, sus bibliotecas, sus pasillos) fueron los lugares en donde la transmisión de conocimiento se ejercía de manera natural, encontrando en aquellas a los profesores y a los libros, ambos receptáculos y contenedores de los saberes existentes. No obstante, el ejercicio de transmisión de estos saberes se ha desplazado hacia lo virtual, el nuevo espacio de la información (diversa y amplia) que trasciende, por mucho, las capacidades de los profesores y los libros. Esto señala, necesariamente, la siguiente cuestión: ¿Cuál es el papel de la escuela dentro de esta modificación?

Su pertinencia está en donde se encuentra su función. Si dentro del espacio de lo virtual podemos encontrar la información, en bruto, las escuelas, entonces, se transforman en espacios sobre los que se desarrollan otro tipo de habilidades que no nos permite lo virtual: las emocionales, las sociales, las críticas, las afectivas, las creativas, etc.

Las escuelas y su práctica interna nos permiten forjar valores como el respeto, la amistad, el cuidado del ambiente, el cuidado de los otros, etc. A saber, una vez que repensemos la función de las escuelas y la ampliamos a una labor formadora de ciudadanos y estimuladora de valores, encontraremos su pertinencia dentro del apabullante mundo de la información, mismo que condensa una inmensa cantidad de datos pero que, por sí mismo, no nos forma con los valores antes mencionados, ya que estos, y muchos otros

más, se materializan gracias al ejercicio de la reflexión y del diálogo comunitario entre los alumnos y el profesor, propiciando la configuración de una nueva consciencia estudiantil que sea capaz de sortear los conflictos que nos depara el futuro en todos los ámbitos: políticos, ecológicos, económicos, sociales, etc.

La globalización y su configuración, por otro lado, han promovido un intercambio de elementos culturales como no se había visto antes, y su influencia e impacto se vuelven evidentes cuando percibimos que nuestros alumnos adoptan ciertos roles o tendencias que ni siquiera son propias de nuestro país.

Esto significa que el mundo y toda su diversidad ha logrado colarse al interior de una pantalla, como si ésta se tratase de una ventana mágica que nos permite nutrirnos de lo que sucede más allá de nuestras fronteras. La relación directa con el ámbito educativo se encuentra en que nuestros alumnos se alimentan de una cantidad incontable de imágenes virtuales y, como consecuencia, adoptan ciertos aspectos de aquellas, que a su vez son calcas de la realidad de otras culturas.

Esta diversidad se muestra y se materializa frente a nosotros: ya sea en los códigos de vestimenta, en los modos de actuar o incluso en los roles de género, mismos que se ven totalmente modificados y que acentúan y proliferan el amplio margen de subjetividades que conforman nuestra enriquecida sociedad. Si bien es cierto que durante mucho tiempo los asuntos sobre el género, las preferencias sexuales, la inclusión de las mujeres en ciertas actividades, etc., formaban parte de los prejuicios sociales más arraigados, estos se han ido desmoronando poco a poco.

En mi labor docente he observado que se ha fortalecido el respeto hacia las personas que no forman parte de los parámetros de la “normalidad”, estipulada por el ancho de la sociedad. En el caso de mis estudiantes, he notado que son mucho más abiertos y respetuosos con sus compañeros de preferencias sexuales diversas, además de que los prejuicios machistas sobre las capacidades de las mujeres han mermado considerablemente. Una de las razones, asumo, estriba precisamente en el acercamiento a las pluralidades y realidades del mundo, que promueven la aceptación de las diferencias como parte fundamental de la compleja configuración de los entornos sociales y de las culturas del mundo.

El amplio margen de las formas: la diversidad

Como lo he mencionado, observo un cambio positivo al respecto de la integración de la diversidad: los tabúes homofóbicos se han ido quebrando y el imaginario colectivo, estudiantil, trata con mayor respeto el derecho a las preferencias sexuales. Esto quiere decir que los alumnos son cada vez más abiertos a las diversas preferencias sexuales y sus expresiones: modas, vestimentas, artefactos simbólicos, etc. Todo el cúmulo de elementos que configuran nuestras identidades son aceptados como lo que son: preferencias y gustos personales que dependen de la identidad de quienes los portan³. Habrá que preguntar, por otro lado, si los profesores estamos a la altura de esta revolución que podríamos denominar ampliamente como sexual, pero que va más allá: trastoca la construcción de nuestra ética y de los valores sobre los que nos conducimos y relacionamos.

La diversidad, también es cierto, se compone de otros modos que no son propiamente sexuales, como la raza. La idea de superioridad o inferioridad moral por el color de nuestra piel es otro prejuicio que he observado, afortunadamente, en su ocaso. Mis estudiantes comprenden perfectamente que nuestras determinaciones corporales no implican nada más que eso: diferencias de color, tamaño o forma, pero que de fondo no dicen nada más. La duda sobre las capacidades de los indígenas, por ejemplo, es derrotada cada vez más gracias al vencimiento de los supuestos aires de grandeza que en algún momento se quisieron instaurar, a nosotros los hispanoparlantes, dentro de nuestra conciencia.

Reforzar esta inclusión y este mestizaje cultural, retomando las aportaciones positivas de cada horizonte, es sin duda uno de los más amplios retos de la educación que, como hemos visto, se encuentran ya actuando en el tejido social de nuestros estudiantes y que se contagian positivamente.

³ "...las nuevas identidades sexuales aparecen como un intento por recuperar aquello que habitamos y que también somos: cuerpo. No sólo como materia, sino como forma a la que hay que escuchar". Carlos Noyola, "La búsqueda de la identidad sexual", *Opción* 194 (mayo): 122.

Para terminar: ¿Qué hacer, qué preservar?

Lo que he escrito anteriormente forma parte de mis reflexiones y experiencias diarias, dentro y fuera del aula. Gracias a estas me sorprende diariamente con las capacidades positivas que reflejan mis alumnos al respecto de un pintoresco futuro, mismo que se está construyendo desde el presente.

Un futuro que luce, desde mi perspectiva, más respetuoso, cariñoso y amable; compuesto, además, por los avances tecnológicos. Un futuro, también, que se vislumbra optimista sobre la inclusión de las humanidades, porque frente al reemplazo constante de las máquinas sobre algunas de nuestras capacidades, nuestra dimensión artística y experimental aflora como una de las cosas que nos hace aún humanos y solidarios.

Chuang Tzu sueña...

José de Jesús Vázquez Rojas

Primer lugar ESRU Opina 2018

Chuang Tzu sueña...

Primer lugar ESRU Opina 2018

Maestras, maestros, compañeros. Sabemos que la educación atraviesa por múltiples factores que comprometen su principal objetivo: el que el estudiante sea partícipe de su propio conocimiento. Por esto mismo surge la necesidad de motivarlo a conocer aquellos contenidos curriculares que le involucran intrínsecamente. ¿Qué motiva a los estudiantes a salir de su casa, llegar a la escuela y permanecer dentro de ella?...

TOMAS EL LÁPIZ MAL, desde que entraste al kínder nunca aprendiste a escribir correctamente, por eso tu letra es descuidada, las consonantes más grandes que las vocales, atropellando la letra script con la manuscrita; sin embargo, con el tiempo tratarás de convencerte inútilmente de que tu letra es creativa. Abres la primera hoja del examen, y la pregunta aparecerá nerviosa. Esperas ingresar a la escuela superior, pensando que tu nombre estará vinculado a la siguiente matrícula. Proféticamente, sientes que el futuro está en tus manos. Que esos pasos que diste, desde que saliste rumbo a la cede y hasta que salgas de ella, esos son los pasos que determinarán tu destino. Esos años de estudio en escuelas públicas, que no lo son tanto cuando tienes cuatro hermanos, hoy son todo lo que llevas.

Todos esos conocimientos curriculares que sustituyeron a los primeros conocimientos empíricos que tus profesores trataban de remover de tu pueril experiencia, como esa respuesta en la que intentaste significar mágicamente el color piña con el color Amarillo; así el color pepino era el verde, el color carne era el café, el color perro era el blanco; pero la profesora no entendió tu biología del color y te mandó a una esquina del patio con un libro en cada brazo extendido con las palmas hacia arriba. O los conceptos de psicología rescatados de una solitaria biblioteca de bachillerato, pero para cuando estabas más emocionado con las lecciones de Freud se te apareció la figura esbelta de un suéter mora, otra vez la referencia cromáticamente biológica, tejido de labios rojos, de mirada infinita, y un listón rojo que se suelta del cabello para borrar de golpe cualquier interpretación de los sueños. Pues bien, esos

catorce años de aprendizajes, conceptos, borrones y prodigiosas distracciones, hoy deberán de cobrar forma en un examen.

Compañeros profesores, hoy la educación no es un objetivo en sí mismo para los estudiantes. Si a la educación seguimos adjetivándola con el carácter de obligatorio, es un fin y no un propósito. A los alumnos los cargamos con información llena de tecnicismos curriculares, en una especie de teoría espejo universitaria. Dejamos que la motivación llegue por osmosis al estudiante ¿La generación espontánea de la motivación de los estudiantes llegará por decreto?...

NADIE SE HA PREPARADO COMO TÚ, nadie se ha preparado tanto como tú para entrar a la universidad. Tú en los libros que rescatas de los estantes olvidados de tantas generaciones que se propusieron el mismo sueño. Tú en las páginas llenas de ríos rojos y azules, de esas líneas subrayadas por tantas manos, repasadas por tantos ojos. Tú en las noches atestadas de abreviaturas ilegibles, tú atesorando las posibles preguntas, tú atormentando la goma para jerarquizar las posibles respuestas.

Nadie está preparado, nadie en las cuatro paredes de esta sala, que es tu estudio, que es tu recámara, -y no en el sentido metafórico, triste es, pero motivante también lo es, sino en el sentido literal ¡Vives en un sofá! -. Envuelta la cabeza en la almohada, con la oreja roja en el asiento del sofá, repites que te quedarás en la universidad. Esa frase la repites constantemente, hasta que más que una promesa se vuelve en tu manifiesto, en tu postulado regente.

Estimadas profesoras, estimados profesores: Yo no propongo tomar una postura reaccionaria a la Reforma Educativa, pero si seguimos con la idea de que la educación de escritorio debe ser homogénea, que debe llegar a todos los individuos y dar todas las facilidades para que estudien, con becas económicas, dejamos a un lado el aspecto social de la educación ¿La educación se basa en cubrir las necesidades primordiales del individuo?...

LLEGADO EL DÍA YA TODO LO HABRÁS DISPUESTO SEMANAS ANTES. Has visitado la sede varias veces, sabes el camino que hay que recorrer, las distancias y los tiempos. Tendrás en la bolsa los dos únicos boletos del Metro que necesitas, los acariciarás constantemente como amuletos, pero sabrás que los buscas para no perderlos, para que no se te vayan por los agujeros de las bolsas

del pantalón, esas confusas formas a las que piensas como bolsas pero que, en realidad común a todos tus amigos de la colonia, sólo son sustancias incapaces de sostener un zurcido más, imposibles de mantener las monedas arriba de las piernas.

Tendrás dos boletos, ida y vuelta, sin opción de salidas imprevistas. Dos líneas del Metro, dos transbordos, los más largos porque sabes que es la ruta que te deja más cerca, lo demás será el sonido frecuente de tu respiración, el movimiento hábil de tus pies para esquivar charcos y autos. Tomar las diagonales como los autos de carreras para ahorrar tiempo, esfuerzo, dinero. Dinero que tendrás que usar para comprar algo de glucosa en una barra de chocolate, para comprar un refresco que apenas te regresará algo del líquido perdido por el sudor – no te das cuenta, pero esas clases de química y biología han dado frutos, sabes cómo mantenerte de pie y consciente con las calorías necesarias. Y es que has pasado tantas veces por la misma situación, que ya no recuerdas desde cuándo cada moneda tiene un fin determinado, temes que los escasos billetes - sin billetera, se confundan con otros papeles y, crezca la angustia de que terminen arrugados en algún bote de basura; que tengas que trazar geográficamente, emocionalmente, las líneas que te lleven a calles más reconocibles, y después de cuatro horas cierres la puerta tras de ti, pensando en los billetes extraviados que le restaron pasos a tus zapatos de por sí cansados, y por la mañana pronostiques una semana de cojera en ambos pies. Cuando llegues al sofá sabrás que regresarán los billetes, pero volverán en los sueños sin descanso, después de una vigilia sin planificar, esa misma noche volverán los billetes extraviados en la distracción de tu tacto.

Compañeros docentes, ante las circunstancias a las que se enfrenta en la actualidad el país, la educación debería representar nuestro principal esfuerzo. Pero la educación no sólo está en el aula, la educación debe salir de los planteles, debe estar en las calles, debe llegar a los hogares para que los alumnos comprometan a sus familias en un beneficio conjunto ¿Cómo lograr la motivación por el estudio dentro de la familia?...

SABES QUE SALDRÁS SOLO a la cede del examen, porque tus padres te han dado todo, menos el tiempo para llevarte. Siempre las mismas metas y las mismas herencias, lo único que tienes es lo que eres, no lo que sueñan tus padres, no lo que desean tus herma-

nos. Tu herencia será diferente a la de familias más afortunadas, la misma sentencia promulgada por tus padres, compartida por cuatro hermanos, y uno quinto que llegará mucho tiempo después de tanta limitación, que ya no usará la ropa acumulada y desgastada por los anteriores hermanos. Tu herencia, la de todos, no serán los terrenos perdidos por la familia paterna en la última reforma agraria, aquellas hectáreas de temporal trabajadas por tu abuelo y mantenidas en los recuerdos infantiles de tu padre, ese polvo en el que se sembraban habas y papa, que ya no servían para vender, pero sí para alimentarse en algún monte marchito de Puebla.

La herencia que te llevarás es en la que has trabajado todas las noches desde hace un año, cuando decidiste seguir estudiando. El patrimonio de la familia lo llevas siempre, en las voces, en las palabras y deseos de tus padres. No lo comprenderás en ese momento, pero sabes que es lo único que necesitas, que, a su vez, es lo único que necesitarán tus hijos, y los nietos de ellos: los dedos llenos de tinta, los conocimientos adquiridos en escuelas públicas y cuadernos remendados. La única herencia material será Julio Verne, Las mil y una noches, las primeras fantasías imaginadas en libros de dos columnas, letra pequeña, que a los 48 años cobrarán factura en los ojos, cubiertos por lentes bifocales.

¿Qué sabemos nosotros, los maestros, de los alumnos que salen de madrugada o los que llegan casi a la media noche a sus casas? No queremos saber porque, a su vez, nosotros tenemos los mismos problemas. Llegamos temprano a la escuela después de habernos levantando dos horas antes, tratamos de estirar el sueldo y minimizar los gastos, le ganamos horas a las labores de la casa para aprovecharlas en las planeaciones académicas de la siguiente clase. Esos problemas nos acercan a nuestros estudiantes, pero intuimos que no debemos involucrarnos personalmente con ellos y ponemos nuestro escritorio para separar nuestras generaciones, nuestras propias incertidumbres, pero también nuestras propias pasiones que nos llevaron a seguir estudiando...

TE LEVANTARÁS DEL SOFÁ, quisieras pensar que es un día común y ordinario, pero la ficha de la universidad te advierte que no, que por más que intentaste dormir temprano, disipar los fantasmas del insomnio, el desvelo llegó raspando sutilmente el alba y, desconsolado, volverás a ver el cielo raso. Un cielo cuadrado, que lo has visto en un sinnúmero de ocasiones cuando dejaste de cu-

brirte la cara por miedo a fantasmas más terribles e infantiles. Un cuadrado blanco arriba de tus ojos, que la noche anterior revelaba manchas de moho, formando imágenes imposibles, y tú te cubrías la cara, dejando libre la nariz, para invocar al sueño. No sabes a qué hora cerraste los ojos, en qué ridículo minuto de sueño se empezó a confundir el Teorema de Pitágoras con los héroes de Reforma, los enlaces químicos del calcio con la conjugación de los verbos irregulares en inglés. Tiempo después, ahora que piensas que ya se disiparon los sueños de miedos infantiles, tendrás la teoría de que hay un sólo sueño que se repite, que sólo se complementa con las preocupaciones de adulto, pero te equivocas, siguen siendo los miedos infantiles que se descubren en la inherente acción de cubrirte la cara con las sábanas, dejando como siempre, la nariz descubierta para respirar un aire fresco que disipe los sueños involuntarios.

¿Y si dejamos por un momento las reformas educativas y nos enfocamos en aquello que nos gustaba? En la voz de los maestros, en sus gestos, en el misterio de las matemáticas, en lenguaje secreto de las oraciones de un poema. Deberíamos buscar la motivación del estudiante, en la misma motivación de nosotros, antes de ser profesores, antes de tantas certificaciones.

TE OLVIDARÁS DEL PIE DERECHO, lo primero que pisará el suelo, después de abandonar las sábanas y la cobija enrollada, será el pie izquierdo. Pero para ti no hay suerte ni horóscopos. Tú, no otro, tú jamás has creído que las líneas que empiezan con un entusiasmo e impersonal “querido géminis”, tengan algo que ver con tus dedos que sienten el piso frío y rugoso, desnudo de losetas esotéricas o cosa semejante. Desde hace varios años, cuando el profesor de historia te mostró el camino del materialismo histórico, de las trampas del capitalismo y la ingenuidad del proletariado, los rituales providenciales no te dejaron más que incertidumbres. Ya abandonaste la idea de que alguien desde su escritorio, desde su alquimia fundamentada en hierbas y lociones, trace las líneas de tu vida tal y como aparecen en las líneas ilógicas de tu mano derecha. Para ti, los pasos que te llevarán a una carrera universitaria serán aquellos sustentados en las palabras de los profesores que formaron tu carácter académico.

Profesores, profesoras: por encima de los conocimientos adquiridos mediante la repetición, están las acciones y gestos de aquellos

personajes que en su pasión no solo inundaron los límites del aula, sino que también se manifestaron en nuestros propios gestos y retos. Cuando tomamos un bolígrafo rojo para corregir, cuando tomamos un bolígrafo negro para asentar un número en alguna lista, no sólo son nuestros dedos lo que lo trazan, son también los dedos de aquellos que nos formaron, buenos y malos, preparados y advenedizos, intelectuales y prácticos, solemnes o humildes. Profesor, sabes que, en muchas ocasiones, e ingratamente, no recordarás sus apellidos, pero te identificarás en tus propios maestros, cuando entres nervioso a la primera clase como todos los semestres, cuando estés horas revisando, planeando, tantas que se deforme la silla y se desvié tu espalda. Sin embargo, gracias a tu preparación, a los profesores que tuviste y que en alguno de ellos reconociste tu vocación, ahora tus dedos vuelan en las teclas, en las hojas. Se agolpan las palabras, las estrategias salen apretadas hacia una pantalla y llegan, creativas, organizadas, a los ojos, a los oídos de alguien que como tú ocupó la misma banca.

TERMINAS DE LEER LA PRIMERA PREGUNTA del examen universitario, intentas tomar correctamente el lápiz como te lo enseñó la maestra Guille en un aula de tu escuela primaria, hoy derrumbada por el último sismo. Llenas con pasión acumulada, y contenida, el primer ovalito de tu camino profesionista. Se va acumulando el grafito en la hoja, en el sudor de tus manos, en tu frente. Como un héroe frota la lámpara, como un capitán de un submarino olvidado abre la caverna para llevarlo al horizonte, como un oráculo de aguas azules que se llena lentamente, sellando un destino, destino que ya no es tal, porque ahora te reconoces en una banca universitaria, que tu mano llena siguiente óvalo, que las decisiones son tuyas, que tu futuro será cumplido.

FIN

El tejido educativo: Entre la conciencia y la ciencia

Julio César Rodríguez Aceves

Primer lugar ESRU Opina 2018

El tejido educativo: entre la conciencia y la ciencia.

Primer lugar ESRU Opina 2018

La conciencia es esa misteriosa y contradictoria capacidad que el hombre tiene de distanciarse de las cosas para hacerlas presentes, inmediatamente presentes. Es la presencia que tiene el poder de hacerse presente; no es representación, sino una condición de presentación.
Ernani M. Fiori

Más allá de las acertadas críticas hacia nuestras sociedades informáticas, hacia nuestra comunicación virtual y desvirtuada, hacia los intentos de traspasar nuestra inteligencia a lo otro artificial, hacia la acelerada forma de vivir y respirar el hoy, el ahora, nuestra cambiante y vertiginosa era tecnológica nos hace pensar en las nuevas formas de ser humano. Nuevas capacidades se descubren y otras tantas se hacen, se aprenden. En nuestra más acelerada vida, el paso de una sociedad industrial a una informatizada mediante la transformación de tecnologías comunes a tecnologías “inteligentes” amplía nuestro horizonte humano. Prótesis y extensiones indudables de nuestro propio ser, las tecnologías son una herramienta en nuestra exploración de la realidad. Desde la creación de la primera computadora en 1946 hasta la nueva generación de computadoras, ahora definidas como “personales”, nosotros, los seres humanos, hemos tenido también nuestras propias revoluciones en compañía de estos adelantos tecnológicos.

Nuevos retos aparecen frente a los cambios continuos en las estructuras económicas y sociales, en ello va implícita la evolución de actitudes y valores que a su vez se adaptan o bien propician la innovación en el ámbito tecnológico. Ciencia y actitudes van de la mano, se complementan. Sin embargo, es cierto, tal como lo expresaba la Dra. Juliana González en una de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras, que “todo avance tecnológico implica un retroceso moral”, esta sentencia que esbozaba iba en el sentido de que la relación entre tecnología y ser humano trae consigo un detrimento orquestado a su vez por el consumismo y el capitalismo. Avance y

retroceso, contrarios que se complementan y se explican como en su momento lo entendía Heráclito de Efeso.

En esta dicotomía, punto de análisis y reflexión en ámbitos como la política, sociología, filosofía, economía, psicología y pedagogía, se advierte que es necesario tomar en cuenta, de nuevo, lo humano, o al menos ese es el discurso que se emplea en cada uno de ellos. Responder a las vicisitudes, que no por sí mismas detonan los adelantos y cambios, sino la apropiación egoísta y utilitarista que hacemos de estos medios tecnológicos, es cuestión de tener presente nuestra humanidad.

¿Cómo asumir estos retos? ¿desde dónde podemos comenzar a reflexionar? ¿qué importa la convivencia armónica entre la humanidad y sus propias creaciones? Como sociedad y como individuos todos somos responsables, nadie escapa a la tarea de trabajar desde su propia realidad, sin embargo, si debiéramos mencionar la guía, el camino o la solución contundente, me arriesgo a decir que la educación es, por antonomasia, el arca de la salvación. Solo la educación puede ayudarnos a ampliar nuestros horizontes comprendiendo, atendiendo y responsabilizándonos del otro, Richard Rorty mencionaba que el camino para tener una nueva forma de asumir la realidad es abriéndonos al otro, cuestionar la manera en que asumimos el mundo, asumir o narrar las cosas desde un nuevo enfoque tal como lo hicieron Jesús, Marx, Gandhi, Copérnico y otros tantos forjadores de nuevos paradigmas; requerimos pues de ampliar nuestra imaginación y esto solo es posible con la educación¹.

Pero ¿Desde dónde partimos? desde saber qué tenemos, desde saber lo que sí sabemos. Nuestra sociedad actual tiene bondades. En esta transición beligerante asistimos también a beneficios que antes no imaginábamos, por ejemplo:

El acceso a la información, a actividades culturales y a entretenimiento nunca había sido tan fácil como ahora. Las nuevas tendencias laborales brindarían a la población muchas oportunidades de participación social, al igual que una libertad y responsabilidad cada vez mayores en la toma de decisiones. La economía y sociedad del conocimiento del siglo XXI liberarán a la gente de muchas limitaciones tradicionales de espacio y tiempo.

1 Rorty, R., Esperanza o Conocimiento.

Darán a la diversidad creativa un alcance sin precedentes. Permitirán a la gente organizar su vida privada, laboral y social de forma cada vez más flexible, y le brindarán numerosas oportunidades de autodeterminación y autorrealización².

En efecto, hemos ganado más tiempo. Sin embargo, ¿tenemos calidad y aprovechamiento en ese tiempo? el expresidente paraguayo José Mujica reflexionaba y decía en una de sus siempre cálidas y sabias exposiciones³, que sus compañeros trabajadores en Uruguay habían luchado por ganar jornadas de menor tiempo, sin embargo, ese tiempo ganado ahora servía para conseguir otro empleo y así poder pagar lo que se debía, pagar por ese consumismo siempre latente en la vida de todo trabajador. Sabemos que el ideal de las sociedades de la Ilustración, y en un principio el de la revolución industrial, fue el de proporcionar una mejor calidad de vida, la utopía de la felicidad con el menor esfuerzo, pero ese ideal humorísticamente criticado en *Tiempos Modernos* por Chaplin ya es obsoleto, las máquinas que nos harían omnipotentes ya son, de cierta manera, una promesa utópica. Hoy somos conscientes de que ese ideal cae y se hunde en peligros que parecen extraídos de una película de ciencia ficción. *La Matrix* parece ser más una agobiante realidad que un ejercicio de imaginación, somos parte activa de lo que Erich Fromm llamó “el fin de una ilusión”, ¿de qué manera, entonces, asumimos que los beneficios de nuestra sociedad actual son eso, beneficios?

La educación representa una pieza clave en la asimilación, la expectativa y en la convicción de elegir la mejor manera de sobrellevar los cambios sociales y tecnológicos que irremediamente son inherentes a nuestra vida. Los retos para la educación en los jóvenes de la ahora llamada generación Z -menores de 18 años- tienen aún un parentesco con las llamadas Millennial y Generación X pues no se han madurado del todo las secuelas de la aceleración en la llamada

2 Solana, F., Educar ¿para qué?, p. 28.

3 González, L., José Pepe Mujica+20. Min.09:19.

Revolución Tecnológica⁴.

En específico, esta generación de jóvenes estudiantes de bachillerato vive una de esas bondades de nuestro sistema: el ocio. Es cierto que el tiempo laboral va disminuyendo cada vez más o bien, el espacio del trabajo ya no es fijo como lo era años atrás.

Anteriormente se buscaba el empleo fijo como representación de una vida tranquila, la idea como tal ha quedado en desuso, incluso llega a ser absurda como nos lo representa el director de cine Jack Zaghera en su película *Almacenados*, en donde en vísperas de su jubilación Lino tiene que instruir a Nin, el nuevo empleado que lo sustituirá, un cambio que solo es de persona pues Nin solo tiene que aprender a hacer y estar donde Lino ha estado desde hace más de treinta años. Hoy no es del todo así, la tendencia es hacia una labor más autónoma, sin horarios específicos, sin espacios definidos, *Freelance*. Esto representa un reto para la educación en lo jóvenes en el sentido de proporcionar consciencia de esa disminución de tiempo laboral y el aumento del tiempo de ocio.

Vincular esa vida privada con la vida comunitaria requiere de reorientar el nihilismo que pulula en gran parte de la juventud, pues el tiempo libre se asume como una diversión interminable, un despilfarro de vida que encuentra un sentido en los tejidos hedonistas del consumismo. Su tiempo ganado es tiempo de hacer y ser con el otro, es un tiempo que se gana para recrear lo humano, contrario a lo que se venden que es precisamente la idea de que se necesita más tiempo para huir de esta realidad y no para recrear la realidad. Tal como Sabato apunta en su libro *La Resistencia*:

“Necesitamos escuelas que favorezcan el equilibrio entre la iniciativa individual y el trabajo en equipo, que condenen el feroz individualismo que parece ser la preparación para el sombrío

4 Aún más las secuelas de la Revolución Industrial persisten. Ciertos sistemas impuestos desde el nacimiento de las sociedades capitalistas, a su vez desprendidas de las nuevas máquinas que conforman también nuevos sistemas de producción, siguen vigentes. No nos puede parecer ajena la idea de que en el capitalismo se ha desplazado el aprendizaje de la producción por la producción misma, creando instituciones que garanticen la reproducción diversificada de las fuerzas de trabajo también diversas. La escuela es una de ellas. “[...] La función de estas instituciones es doble, pues no se limitan a enseñar las habilidades necesarias para la producción, sino que extienden su influencia hasta la inculcación ideológica, diversificada también en función del puesto que los miembros de las distintas instituciones estén llamados a ocupar en las respectivas formaciones sociales.” (Cfr. Palacios, Jesús, *La Educación en el siglo XX*, p. 137).

Leviatán de Hobbes cuando dice que el hombre es el lobo del hombre.⁵”

Siguiendo la misma línea de los nuevos adelantos y de los cambios radicales en nuestra relación con el medio, producto a su vez de los adelantos tecnológicos, el uso y desuso de las nuevas tecnologías nos lleva al reto de la utilidad efectiva de éstas. Nuestra acepción del concepto alfabetización se ha ampliado. Asistimos a la alfabetización digital, una alfabetización que no se remite solo a escribir y leer. Hoy en día manipular con mágica destreza un teléfono “inteligente” es ya una alfabetización. En un artículo recientemente publicado (KONRAD LORENZ FUNDACIÓN UNIVERSITARIA), titulado Influencia del Smartphone en los procesos de aprendizaje y enseñanza, se describe el estudio del cambio de comportamiento que deja el uso intensivo del teléfono inteligente, teniendo en cuenta que este uso intensivo proporciona beneficios y desventajas, se descubre que “[...] el empleo de celulares es beneficioso para mejorar la comunicación y propiciar una retroalimentación por encima del 50% de los estudiantes que no emplean estos dispositivos.⁶”, existe la incursión benéfica de las tecnologías en la educación y al respecto, uno de los retos también relevantes en la educación de los jóvenes es la incursión de los recursos tecnológicos, para potencializar el aprendizaje a partir de estrategias pedagógicas, se sabe que este abuso y costumbre de los dispositivos conlleva riesgos en distintas escalas “[...]riesgos psicológicos, sociológicos, cyberbullying, inconvenientes sociales, familiares y académicos, abstracción de la realidad, saturación de información, pérdida del sentido de la realidad, [...]”.⁷” Nuestro reto como docentes y para la educación en general es hacer consciente las nuevas formas de apropiarse, de referirse y de relacionarse con este medio informático, la interacción social y con uno mismo requiere de un nuevo paradigma inclusivo de responsabilidad y optimización de nuestros medios tecnológicos.

Lo turbulento que pueden llegar a ser los cambios en nuestras sociedades es precisamente la oportunidad de ver las fisuras del sistema y encaminarlas en beneficio de nuestra educación. Los jóvenes que asisten hoy al bachillerato serán dentro de diez años, o tal vez

5 Sabato, E. La Resistencia, p. 47.

6 Silva, A. & Martínez, D., Influencia del Smartphone en los procesos de aprendizaje y enseñanza.

7 Ídem

menos, los que coordinen y guíen nuestra sociedad. Los jóvenes serán los que en tiempos venideros tomen decisiones de relevancia absoluta, tendrán que asumir la contingencia con un marco referencial que no delegue justificaciones y líneas de acción a un sistema que por naturaleza es dependiente de lo humano. Una red informática que coordina nuestra actual sociedad en determinado momento puede caerse y solo el aspecto humano podrá recuperarlo.

La necesidad de saberse así mismo, de comprenderse y de tomar consciencia, de lo que pasa en el interior para poder responder de manera asertiva al exterior, no es un cometido que se deba tomar a la ligera. El Nuevo Modelo Académico por parte de la Secretaría de Educación Pública propone como eje de la educación la inserción de las Habilidades Socioemocionales (HSE). Éstas, nos dicen, desempeñan una función decisiva en la toma de decisiones y un mejor aprovechamiento de los aprendizajes⁸; en otras palabras, hacer de los jóvenes seres conscientes de sí mismos y de su entorno, ¿acaso no es este un reto real y de vital importancia?

Ernani María Fiori en el estudio introductorio a la obra *Pedagogía del Oprimido*, nos dice “La hominización no es adaptación: el hombre no se naturaliza, humaniza al mundo. La hominización no es solo un proceso biológico, sino también historia⁹”. Es decir, no podemos responder a la necesidad básica de adaptarnos al medio, en este caso al apabullante bombardeo de información y medios masivos de comunicación, debemos aceptar el reto de la alfabetización de la consciencia. La alfabetización inerte, sin vida ya no sirve, es necesario ir hacia una alfabetización activa, una bioalfabetización, es decir una nueva codificación de lectura y escritura que parte del entendimiento interno y externa así lo vivido, como lo expresa Freire:

Frente a una sociedad dinámica en transición, no admitimos una educación que lleve al hombre a posiciones quietistas, sino aquella que lo lleve a procurar la verdad común, “oyendo, preguntando, investigando”. Solo cree mos en una educación que haga del hombre un ser cada vez más consciente de su transitividad, críticamente o

8 Cabello, V. Manual de evaluación y entrenamiento de las habilidades sociales.

9 Freire, P. Pedagogía del Oprimido. “Estudio introductorio”, p. 18.

cada vez más racional¹⁰.

¿Por qué sería este un reto en la educación de los jóvenes? Porque es el momento preciso de la transición y de la confirmación de la identidad del ser humano; no es gratuita la opción que se viene dando en las escuelas de entender mejor las emociones; se apuesta, de nueva cuenta, por la vieja sentencia de Quilón de Esparta “conócete a ti mismo¹¹”. Pese a las innovaciones tecnológicas, la reformación de la educación está volviendo sobre los elementos básicos de la misma: forjar la consciencia y la reflexión en el sujeto para el equilibrio individual y social. Hacer de los jóvenes sujetos conscientes mediante el quehacer pedagógico, darles elementos para el análisis y reflexión de lo que les acontece en el contexto inmediato, que asuman la responsabilidad que tienen con el otro y lo otro, hacer suyo el manejo humanístico de las tecnologías, que asuman que nuestra realidad siempre es el cambio y ante ello que es necesario adaptarse sin dejar de ser, que todo responde siempre a la estabilidad que ellos guarden en el interior y que cualquier ruta que elijan siempre será la mejor si creen en sí mismos, pero sobre todo, hacer que la labor de la educación los remita siempre a la responsabilidad que tienen con ellos mismos es el reto real y perenne de la educación en todos los jóvenes.

10 Freire, P. La educación como práctica de la libertad, p. 84.

11Cfr. Crescenzo, L. Historia de la Filosofía griega. Versión electrónica, www.ignaciouduarte.com, pág. 8.

Educación **y Juventud:** **Presente y** **Futuro**

Maria Teresa Luna Pérez

Primer lugar ESRU Opina 2018

Educación y Juventud: Presente y Futuro.

Primer lugar ESRU Opina 2018

Una característica esencial de la educación es su carácter formativo, su concepción como un “llegar a ser”, es decir estudiar para convertirnos en profesionistas, en ingenieros, artistas, médicos, etc. Esta cuestión le otorga al proceso educativo, un significado y un sentido, diferente, según sean los actores sociales involucrados en ella, lo que permite entender las múltiples respuestas a las preguntas que podemos plantearnos con respecto a los retos que implica la educación, especialmente de los jóvenes.

Partiendo de lo anterior, podemos empezar analizando los motivos por los cuales estudian los alumnos, el para qué de asistir a la escuela, al cuestionarlos sobre sus razones, las respuestas más comunes serían: “Quiero estudiar para ser alguien en la vida” o bien “Quiero estudiar una carrera que me permita ganar mucho dinero”, “Mis papás me mandan a la escuela”. Estas ideas del estudiante sobre sus motivos para estudiar, se pueden contextualizar desde dos espacios: el aquí y ahora del presente, en el que el estudiante, “quiere o desea ser alguien” y, el tiempo futuro, donde el alumno se ve así mismo ejerciendo una carrera universitaria, con los beneficios económicos y el prestigio social que conlleva un título.

Es en el primer espacio, el presente, dónde se enfrentan los retos que implica el trabajar con los jóvenes, pero es el segundo, el futuro, donde se encuentra lo que le da sentido a la tarea educativa, especialmente en un contexto histórico en el cual, la educación es el motor del desarrollo de los países modernos.

El valor *per se* de la educación

En la antigua Grecia la educación se consideró esencial para la formación del carácter y el cultivo del espíritu; la famosa frase de “mente sana, en cuerpo sano” es el enfoque clave de la forma en que entendían los filósofos la educación. Actualmente, se ha complicado más el panorama, al concepto original de los griegos, se pueden añadir otras ideas, hoy por ejemplo, se habla de “sistemas educa-

tivos”, y es el Estado quien está obligado a asegurar una “educación de calidad para la formación de sus ciudadanos”.

Por otra parte, las condiciones actuales implican cambios muy rápidos en corto tiempo, en el ámbito educativo se tienen nuevos programas de estudio al inicio de cada ciclo escolar, siempre inacabados, en proceso de desactualización casi terminados de hacer, pues la sociedad se transforma y no espera a nadie, avanza la tecnología, entran en crisis los valores, se tambalean las instituciones y se le exige a la escuela que responda ante este panorama, y dote de habilidades y competencias (para el estudio, el trabajo y la vida) a los estudiantes, y se le pide al docente que en el aula implemente y desarrolle habilidades socioemocionales, y que logre formar ciudadanos competentes, capaces de desarrollarse y sobrevivir en la compleja sociedad actual, que puedan diseñar su proyecto de vida y al término de la educación media superior, lo pongan en práctica.

Además de lo anterior, el proceso educativo involucra también a los Padres de Familia, quienes conciben a la educación como una herencia; “estudia porque es lo único que te voy a dejar cuando me muera”, es una de las frases más comunes de los padres a los hijos. La familia ve en la educación una forma de ascender en la escala social, en las paredes de las casas es común encontrar la foto de la graduación, el título y el diploma del hijo profesionalista, junto al abuelito en el pueblo, fotografiado en un campo de maíz. El hoy y el mañana, presente y pasado que se erigen como testimonio del éxito del ahora profesionalista, retratado con su toga y su título, en comparación con un pasado de pobreza, entre los que media el esfuerzo y el trabajo de la familia, que culminó con ese logro.

Sin embargo, el valor de la educación va más allá del éxito de una familia, pues en realidad su impacto es en la sociedad misma, y ahí radica su verdadera importancia. En el hoy, somos lo que educativamente se planeó anteriormente, por lo que el hoy debe considerar con sumo cuidado el futuro que queremos tener como nación.

Y este futuro inicia en el hoy, en la concreción de los enfoques, planes y proyectos que se generan en la cúspide de los sistemas educativos y acaban por tomar forma en el humilde espacio de un aula, donde el docente, el actor más visible y el artífice de esta tarea, enfrenta los siguientes retos:

1. Humanizar el aula

En una sociedad como la nuestra, en la que prevalecen la violencia y la desigualdad, el primer reto docente es humanizar el aula, construir en el salón de clases una microsociedad ideal, prototipo de una real, donde el respeto a cada persona, la comprensión de la diversidad, la equidad de género y la comunicación eficiente, sean las constantes del ambiente escolar. No excluimos, no discriminamos, no descalificamos. Somos positivos y resilientes aún en las condiciones adversas de la actualidad.

2. Ser puente intergeneracional

Los docentes que tienen mayor experiencia y más años de servicio, representan una generación que se educó con el apunte, la biblioteca y la máquina de escribir. Sus padres no estaban divorciados. En casa los esperaba su mamá con la comida lista. Salían de casa y hasta su regreso, no se comunicaban a sus padres, pues en algunos domicilios ni siquiera se contaba con línea telefónica. El maestro era la autoridad máxima del salón de clases. Ese estudiante, es hoy el profesor que se enfrenta a una generación de jóvenes que sólo conocen la palabra biblioteca, pero jamás la visitan porque ahora tienen Wikipedia; que pueden acceder a una gran cantidad de información a través de sus teléfonos celulares, y que copian y pegan en Word sus tareas escolares. Estos cambios en realidad son superficiales, hoy como ayer, se requiere enseñar a los estudiantes a pensar, a leer, a ser críticos. Todavía hoy se deben memorizar formularios y se requiere saber escribir ensayos, lo que se puede hacer con pluma, máquina de escribir y computadora, pero no sin el análisis. Aquí el reto del docente es mostrar que lo esencial del aprendizaje no está en la tecnología, sino en la capacidad de desarrollar el razonamiento y las habilidades cognitivas.

3. Enseñar a aprender

La sociedad actual requiere estudiantes que puedan aprender no sólo dentro del aula, sino fuera de ella, en las múltiples formas en las que ahora se presenta el conocimiento: libros, periódicos, revistas, tanto impresos como digitales. Plataformas educativas, redes sociales. No hay límites, el reto del docente es orientar el aprendizaje del estudiante en estos ámbitos e incorporarlos en el aula.

4. Acortar la desigualdad entre los alumnos de un mismo grupo.

La desigualdad y la exclusión social son factores que se presentan

y reproducen en el aula. Como docentes es más fácil trabajar con los alumnos que saben más o tienen mejores antecedentes académicos, sin embargo, el docente debe enfrentar el reto de trabajar con los estudiantes que tiene un nivel menor de conocimientos, así como con los que presentan algún tipo de discapacidad. Un aula es un espacio social diverso, jamás será homogéneo un grupo escolar. Es necesario ajustar la práctica docente a esta realidad y acortar las distancias entre los primeros y los últimos, entre los de mejor condición social y los más desprotegidos.

5. Motivar y orientar al estudiante a su desarrollo profesional.

Esto significa que el docente esté informado sobre la oferta educativa de nivel superior, y que relacione siempre su materia con la importancia de ingresar a la universidad, creer en la posibilidad de que un estudiante que tiene como meta llegar a la universidad, puede lograrlo. Orientar a los jóvenes a investigar sobre las carreras de menor demanda, generar conciencia de que no sólo se trata de prestigio social, sino de la necesidad del país de contar con ingenieros y científicos para su desarrollo económico. Cabe señalar que miles de jóvenes se deciden por estudiar sólo ciertas profesiones, lo cual hace que la demanda se concentre en unas cuantas carreras. De acuerdo al periódico El Universal, “las solicitudes de ingreso a la licenciatura están concentradas en 13 carreras de las 121 que actualmente ofrece la UNAM. Las más demandadas han sido Medicina, Derecho y Psicología¹”. Desafortunadamente, la demanda supera la oferta y son pocos los jóvenes que pueden ingresar a estas profesiones. No obstante, quedan espacios en algunas de las 118 carreras restantes que la UNAM tiene, además de las que imparten otras instituciones, y si somos realistas, el mundo actual requiere ingenieros, biólogos, físicos, matemáticos y otros profesionistas para enfrentar -no sólo la problemática de resolver la vida económica de un individuo-, sino los graves problemas que enfrenta la humanidad a nivel ambiental, social, económico y político.

6. Promover la igualdad de género.

Este reto implica el considerar las cambiantes condiciones en relación con el papel de la mujer en la sociedad. El número de féminas que se ha integrado a la economía como profesionista ha aumentado exponencialmente, sin embargo esto ha modificado la familia, que se encuentra en crisis. Los roles tradicionales se terminan de-

¹ <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/sociedad/solicitudes-de-ingreso-se-centran-en-13-carreras> 22/01/2018

finitivamente, y esto también afecta el aula y a los estudiantes. Es muy importante que los docentes tengan un trato igualitario entre los diferentes géneros, sin favorecer o perjudicar, por ser hombre o mujer.

7. Revalorar su propio trabajo.

El uso de la computadora, el internet y las redes sociales, los teléfonos celulares, entre otras tecnologías, han impactado también la forma en que los jóvenes aprenden. En las aulas los cambios son más lentos, el docente se enfrenta a cincuenta jóvenes que han crecido con un teléfono celular que se parece más a una computadora y en el que sus estudiantes pueden incluso verificar si un dato que se está dando es o no correcto. Frente a esto sigue enseñando con un pizarrón y marcadores, aquí el reto es ser creativo y trabajar con los recursos con los que se cuenta. No es la computadora, el proyector o el pizarrón y el gis lo que hace a un buen docente, es su actitud, su ética y su trabajo lo que vale.

8. Generar un valor positivo de la educación entre los estudiantes. Zygmunt Bauman aborda un aspecto muy importante del trabajo docente en su obra “Retos de la educación en la modernidad líquida”. Señala que hoy existe un “Síndrome de la impaciencia y de la búsqueda de la gratificación inmediata; que se considerará a la educación como un producto y no un proceso; que se hace del conocimiento una mercancía; que desafía la veracidad del conocimiento; que lo que vende es la velocidad, la diferencia, en un mundo sin ningún tipo de estabilidad”. (Bauman, Z, 2007: 46). Es importante enseñar a las nuevas generaciones el valor de la paciencia y la disciplina, pero no en abstracto, sino a través del diseño de prácticas educativas que permitan que al cabo de un proceso el estudiante reconozca lo que ha aprendido. De nada vale pedir cientos de páginas de un trabajo que sólo será copiado y pegado, tal vez sirvan más cinco cuartillas de un ensayo escolar hecho paso a paso, clase a clase, en el que al final el alumno descubre su habilidad para investigar y escribir de la mano del maestro.

También es necesario reconocer los cambios generacionales, los nuevos enfoques en la educación de los niños y jóvenes que parecen una contradicción en una sociedad que promueve la violencia, el machismo y la desigualdad, y en la que la imagen del éxito que se vende es la de la riqueza, el lujo y el derroche, más cercana a la imagen del narcotraficante que a la del profesionista, ahora incluso

llamado despectivamente “Godínez” cuando se integra a trabajar en oficinas. Es importante que el profesor evite comentarios típicos, como el del profesionista que acaba manejando un taxi, en la realidad práctica cotidiana, el estudiar es una garantía de poder lograr mejores condiciones de vida.

Conclusión

Es el primer día de clases, tenemos un aula llena, alrededor de cincuenta adolescentes miran con curiosidad al profesor; según el semestre sus edades pueden ir de 15 a 18 años en promedio, una tercera parte abandonará el curso antes de terminar y aumentarán el porcentaje de deserción. Un primer reto es terminar el semestre con la mayor cantidad de estudiantes. Los profesores se paran frente a los estudiantes, en su mochila está su planeación didáctica semestral, junto a un ejemplar del nuevo programa de su materia. Traen consigo los saberes del último curso de Habilidades Socioemocionales que tomó en el intersemestre, se inicia el curso...

-¡Buenos días alumnos, mi nombre es... y les doy la bienvenida a este nuevo semestre, quiero decirles que me apasiona enseñar y trabajar con mis estudiantes, y, antes de iniciar quiero que se presenten y me digan por qué están hoy aquí...!

El reto es atreverse a saber

Leonardo Enrique García Olvera

Primer lugar ESRU Opina 2018

El reto es atreverse a saber.

Primer lugar ESRU Opina 2018

Hace muchos siglos unas palabras recibían a los viajeros que acudían al Oráculo en Delfos para buscar consejo y recibir iluminación: “conócete a ti mismo”¹; las palabras grabadas en la piedra eran, por sí mismas, una respuesta que encontraban sin saber y, muchos, recibían sin entender. Aristóteles, más tarde, dejó flotando una máxima en el mar de su sabiduría que guiaría a muchos de sus hijos intelectuales en el futuro y que Tomás de Aquino nos transmite al inicio de su *De ente et essentia*: “un pequeño error cometido en el principio resulta grande al final”². Ahora, en esta breve reflexión, ensayaré una idea: ¿qué tal si el error ya nos alcanzó?

La educación actual posee varios retos, errores y problemas que merecen ser discutidos pero que, tristemente, se han vuelto lugares comunes en donde se gastan muchas palabras y se resuelve mucho menos de lo que se quisiera; incluso, tanta palabrería ha desplazado y opacado al reto principal y real que todos tenemos como profesores.

Muchos se quejan porque sus aulas están retacadas de estudiantes, lo cual los hace aducir una incapacidad -personal o técnica- de impartir clase a tantos jóvenes a la vez³; otros, feroces, atacan las disposiciones y planes de estudio que parecen, según dichas opiniones, no responder a las “necesidades” -cuales quiera que sean éstas- ni de los estudiantes ni de los profesores ni del mundo laboral o social; otros, siguiendo lo que sus sentidos les dicen, plantean como el problema fundamental la falta de infraestructura en las aulas⁴.

Otros más, preocupados por la inmediatez, hablan sobre las zonas escolares plagadas de peligros para los estudiantes y usan todas sus fuerzas y talentos con el fin de evitar y prevenir el vandalismo, las

1 Cfr. Platón; Protágoras 343b

2 Aquino, Tomás de; De ente et essentia, Prooemium.

3 Cfr. <http://www.excelsior.com.mx/nacional/2015/11/26/1059697>

4 Cfr. <https://www.animalpolitico.com/2017/06/problemas-educacion-mexico-inversion/>

adiciones y la violencia⁵.

Por otra parte, los más politizados justamente observan como retos las coyunturas políticas o sociales a las cuales les atribuyen la imposibilidad o la dificultad de permitir el avance del país en el área de la educación; y, además, agregan a lo anterior, las áreas de oportunidad que todos los anteriores señalaron como si fueran resultado de esas circunstancias observadas por su clarividencia: falta de presupuesto, falta de preparación, falta de esfuerzo, falta de lugar, falta de espacio, tiempo, motivación, vida... y un largo etcétera que llena el discurso del que desea cambiarse, ser escuchado sin escucharse; y, entre tantas palabras sin pies ni manos, se lleva de calle al reto fundamental que verdaderamente debería de interesarle: el sujetito que tiene en frente cuando entra al salón donde debiera formarse; esa “substancia individual de naturaleza racional⁶” que, con sus potencias, sueños, deseos, demonios, problemas, miedos, inseguridades, temores y descontentos entra – y a veces no - al salón y toma un lugar frente a nosotros; ese humano que debería de ver, sentir, aprender a pensar pero que, debido a los retos no superados en la educación básica, llega a la educación media no persiguiendo el conocimiento, la satisfacción o el mirarse a sí mismo y poder hablar de la completud que siente, sino buscando obtener una calificación o simplemente deseando distraerse de la vida que, a su edad, es muchas veces un martirio y, como me dijo uno de mis alumnos, “una novela trágica de mala calidad con personajes demasiado dramáticos” y problemas imaginarios pero que se sienten y les parecen reales.

Esta actitud del alumno nos hace olvidarnos, con justificación o sin ella, de que, quien tenemos al frente, es una persona con la potencia real de volverse un ser humano en toda regla y, justamente, por ese olvido, también pasamos por alto que ese alumno, estudiante, pupilo, participante o cualquier otro nombre que el lector use según la corriente pedagógica que más le convenza, es paciente de nuestra acción y, de hecho, es el centro de la posibilidad real de esta misma: enseñar-aprender-ser enseñado-ser aprendido.

5 Cfr.<http://www.eluniversal.com.mx/nacion/seguridad/mam-pide-elevar-penas-por-narcomenudeo-en-escuelas>

6 Boecio, Severino; Sobre la persona y las dos naturalezas, en Fernández, Celestino. Madrid, BAC, 1979

Creo que ahí está el reto principal que debemos sortear para poder educar a los jóvenes en la actualidad: en el joven mismo; pues, aunque como profesores nos desbaratemos la cabeza creando herramientas de enseñanza adecuadas para el fin al que queremos que el chico llegue o intentemos aprender y aplicar técnicas motivacionales para generar ambientes de aprendizaje óptimos, deseables y amables para que el alumno se enganche; o, busquemos la mejor de las propuestas didácticas deseando que nuestros alumnos respondan a ellas y les funcionen; u optemos por instrumentalizar los espacios asignados para lograr el aprendizaje con las herramientas proporcionadas, sean pocas o muchas; o, incluso, simplemente desarrollemos pruebas, evaluaciones y ejercicios; pese a desvivirnos material e intelectualmente queriendo subsanar los lugares comunes anotados un poco más arriba en este texto, pasamos por alto la realidad primigenia que debiera guiar -como centro- todas estas herramientas y propuestas que construimos; no vemos a nuestro alumno en su individualidad más arraigada, sino que contemplamos -o nos obligan a contemplar- números, gráficas y porcentajes: medidas que tratan de generalizar y hacer cuantificable lo que viene, por naturaleza, con algo más cualitativo que cuantitativo.

Gran cantidad de alumnos ingresan a la educación media con lagunas y carencias tanto técnicas como emocionales; en gran parte se les ha enseñado exclusivamente a observar y anotar lo que el profesor anota en el pizarrón o que proyecta desde su computadora. Y, en aras de mantener las gráficas, porcentajes y cifras anteriormente dichas, se le vuelve víctima de una injusticia: hacerle creer que sabe las cosas de las que sólo posee una ligera idea y, lo más alarmante, se le ha querido convencer de que las habilidades prácticas se pueden identificar con el conocimiento o el aprendizaje.

Aterrizaré la idea anterior apelando a la experiencia; resulta ridículo, por ejemplo, abordar y proponer el uso de nuevas tecnologías en nuestras clases sin atender a lo obvio y pasando por alto que nuestro joven ha equiparado “investigar” con “buscar” en Google y “reflexionar” con “anotar” lo primero que dicha búsqueda arroja -tal como lo arroja-.

Por una parte, al momento de centrarnos en la estrategia de aprendizaje o las herramientas para que dicha estrategia se logre según lo establecido, pasamos por alto que, en la realidad actual del joven, éste ha asociado dos actividades completamente diferentes y, por lo tanto, el resultado va a ser una asociación igualmente errada: entregar tal

copia como si se tratara de una reflexión personal, propia e informada. Y, al momento de encararlo consigo mismo, nuestro joven se mirará confuso y no entenderá que lo hecho ha sido incorrecto.

Ahí radica la mecha que inicia nuestro reto: poder observar y conocer cómo es el estudiante actual. Y, para hacerlo, no sólo basta con la observación en clase: nosotros como profesores, de cuando en cuando, debemos acercarnos y hablar con nuestros estudiantes; debemos romper esa armadura de apatía con la que, algunos profesores, suelen envolverse para evitar sentirse frustrados frente a la pasividad casi bovina de los adolescentes que cada vez llenan más y más las aulas. Con ese acercamiento podremos percatarnos de las carencias que deben ser llenadas; y, de entre ellas, podremos darnos cuenta que una de las más fundamentales se encuentra en esa peligrosa asociación que escogí para ensayar esta primera idea: los jóvenes llegan al nivel medio superior con los ojos cerrados, con los sentidos impedidos y con la mente dormida. Hablando, acercándose y manteniendo la apatía a raya, estoy seguro de que descubriremos el comportamiento al que los hemos orillado: ¡los estamos volviendo zombies!

Sin embargo, esta actitud no es exclusivamente culpa de los docentes; sino que, más aún, pareciera resultar una profecía autocumplida de lo que Giovanni Sartori ya nos gritaba en un no muy lejano 1997: para el niño y para el joven la palabra se ha hecho más y más inútil en el marco de la educación que reciben; al crecer pareciera que deja de ser un *homo sapiens* y se transformara en un animal simbólico cuya primera y principal forma de aprendizaje -que no entendimiento- recae en la imagen, pura y sin acotaciones... se vuelve un *homo videns*⁷.

De este modo, en este reto que es la enseñanza, como profesores no vemos -y si lo vemos lo obviamos- la pasividad absurda y culpable que la generalidad de jóvenes traen como impronta: le damos nombres como “falta de motivación”, “distracción”, “holgazanería” o “área de oportunidad”, pero se nos escapa -ya por corrección política, ya por miedo- la obviedad que nos indicaría el sentido común: nos encontramos frente a frente con la “estupidez” en su estado más puro; existe en ellos una torpeza en comprender las cosas más básicas.

Sin embargo, esa torpeza parece contar por una parte con una impronta social, pero, a su vez, con una característica culpable.

⁷ Cfr. Sartori, Giovanni; *Homo Videns: La sociedad teledirigida*, trad. Ana Díaz Soler, Punto de Lectura, México, 2006.

De la primera, el joven no tiene nada de culpa, pues es producto de un entrenamiento continuo que les exige la imitación pura y no la comprensión real de lo que se les pone en frente. Pero, de la segunda, tanto en ellos como en nosotros recae la culpa; en ellos, sin embargo, como efecto de nuestro propio modo de proceder y en la perpetuación del modelo de entrenamiento mimético antes mencionado. Nosotros somos los culpables de iniciar ese comportamiento social: muchos profesores suelen creer que los chicos no están preparados para reflexionar o, peor aún, creen que son idiotas a los cuales no se les puede pedir demasiado, porque naturalmente no lo tienen. Y, eso, debe de corregirse.

Hace unos días -en la retroalimentación de final de corte- una de mis alumnas me dijo frente a todo el grupo algo que me movió a la reflexión: “profe, no sé si es o no un buen maestro; pero, lo que sí sé es que no me gusta su clase porque me obliga a pensar... y, a mí, no me gusta pensar.” Varios de los alumnos mudaron sus expresiones y en ellos apareció la marca de la aprobación compartida por todos; esto se repitió después en más grupos y con más alumnos por escrito y con especificaciones variopintas: “me da miedo pensar porque me estresa”, “es más fácil sólo vivir sin reflexionar”, “la verdad copié parte del ensayo porque no quise pensar en mi libertad”, “me da miedo pensar en lo que pueda pasar”... y, luego de leer y escuchar, se me vino a la cabeza nuevamente la frase con que abrí esta reflexión: “conócete a ti mismo”.

Los jóvenes no desean conocerse... los hemos orillado –ya con actitudes pedagógicas, ya con actitudes propias de su edad potenciadas por el ethos tecnológico en el que estamos o por el ethos familiar de abandono o sobreprotección– a suponer y afirmar como una realidad que es mucho más cómodo comportarse como un autómatas o un “infante”, que ayudarlos a actualizar sus potencias humanas y plantarles el bicho de la curiosidad natural por el mundo y, sobre todo, por sí mismos.

Este es el reto real: atreverse a saber-se. Mostrarle a estos jóvenes que la clave fundamental de toda la existencia - una de cuyas partes está en el aprendizaje y en el conocimiento de lo que les ofrecemos- está en el atrevimiento a pensar que cada uno de nosotros tiene por naturaleza las capacidades racionales y emocionales para lograrlo.

Nuestra tarea principal no es disuadirlos ni activa ni pasivamente, sino que debemos apoyarlos para que alcancen ese saber-se;

nuestra tarea es ser culpados -como Sócrates- de seducir las mentes de los jóvenes y -junto con Aquino- hacerles ver que son libres por naturaleza pues poseen la potencia racional, pero, sobre todo, el deber de tomarla en sus manos y expresarla en la libertad que, por eso, viene con la responsabilidad de todo compromiso que elijan por medio de ella. Debemos hablarles desde su situación vivencial: mezclar los contenidos de las clases -que se presten para eso- con las situaciones que sientan más cercanas.

Nuestro reto principal, frente a una generación que se ha transformado mucho más rápido que incluso la mía, es recordarles esa frase con la que Kant abre uno de sus textos más amables: “ilustración significa el abandono por parte del hombre de una minoría de edad cuyo responsable es él mismo⁸” y, a su vez, actuar en consecuencia con un comportamiento responsable -como un ejemplo- que ellos puedan adquirir no por imitación sino por apropiación; debemos recordarles qué significa el “¡sapere aude!” que le grita al lector en la cara⁹. Debemos incitarlos a hacer uso público de su propia razón usando nosotros mismos públicamente la nuestra. Decirles: “¡no debes de tener miedo a razonar! Y, por lo tanto, razonar con ellos en la clase y no apagar sus cerebros con respuestas tajantes, aunque, en última instancia, una respuesta tajante sea la que debamos de darles. Debemos animarlos diciéndoles: “¡no debes de temer abrazar la libertad o dar el salto al vacío que una vida virtuosa y verdaderamente comprometida exige!” Y, a la vez, nosotros no debemos de temer que ellos pregunten, hablen o busquen una respuesta; no debemos de cerrarnos a ellos pensando que eso desvirtuaría el ritmo de la clase o que, con ello, le abriríamos paso al caos en nuestras aulas. Es antiético construir torres de marfil por medio de excusas que tomen como base las carencias prácticas que provienen del sistema educativo público; y, aún más, va contra la finalidad del profesor mantener cierto estado de apatía escudándose en herramientas o prácticas pedagógicas que lo pongan bajo el cobijo de su área de confort: con eso solamente se perpetua la mediocridad social y el conformismo rampante que vuelve a nuestros estudiantes en miles de ojos bovinos: carentes de toda voluntad y, por ello, ignorantes de que, al hacerlo, sacrifican su propia humanidad a cambio de mantener -con su ignorancia- el status quo.

Debemos, pues, volver a poner al estudiante verdaderamente en el

8 Kant, Immanuel; Ak. VIII 35

9 Íbid.

centro del proceso educativo; no podemos darnos el lujo de volverlos víctimas por ignorancia del sistema; debemos de aminorar la preocupación que algunos directivos y profesores tienen por las gráficas de aprobación y que los lleva al extremo de obsequiar puntos solamente porque el alumno describa cómo la mosca pasa; debemos de quitarle su número de matrícula y su apellido y debemos de comenzar a llamarle por su nombre y, junto con ellos, atrevernos a saber-los; atrevernos a contagiarles la chispa de lo que nos hace verdaderamente humanos: recordárselos y, sobre todo, ser junto con ellos los animales racionales, virtuosos y únicos que estamos destinados a ser por naturaleza.

Enamora

María Elena Bernal González

Primer lugar ESRU Opina 2019

Enamora

Primer lugar ESRU Opina 2019

Y también ocurre, a veces, que se resisten algunos caracteres y también, como una colmena, zumba, inquieta, la colectividad y se lanza al lugar del peligro. Y lo mismo de difícil y de complicado continúa siendo la ciencia de la pedagogía.
Antón Semiónovich Makárenko

Sus ojos se veían pequeños, muy pequeños; entornados por rastros de legaña y un fuerte color rojo. Bien se podía inferir que el alumno se había desvelado. Sin encararlo, para no ser imprudente o irrespetuosa con su privacidad, al terminar la clase le aconseje en quedito: “no se desvele tanto; el descanso permea el conocimiento y hace la vida más fácil.”

Me sentí bien conmigo misma; mi recomendación, de hacerla efectiva, podía fructificar. En la lección que precedió, el semblante del joven era igual, si no es que peor: cansado y somnoliento. Lo miré y, en automático, no hice otra cosa más que mover mi cabeza de lado a lado, en señal de reprobación a su *ruda* actitud, ante mi *afable* sugerencia.

Él, por su parte, no pronunció palabra; por respuesta tuve un tipo de silencio apenado y, aunque por sensatez, no volví a hablarle sobre el asunto, nada me impedía recordar aquel singular primer día de clases, cuando se levantó de su banca y con leve sonrisa y tono familiar, dijo: “Yo soy el Brayan”; el alborozo estalló; la ocurrente peculiaridad que le imprimió a sus palabras, patentó simpatía ante quien conoce y reconoce, el significado que, hoy día, guarda ese nombre, su nombre.

Las clases, junto con los días, trascurrieron; hasta que, en cierta ocasión, se acercó a mí y, sin más, me explicó: “es que... -titubeó con la mirada clavada en el piso y con evidente efecto tardío al hilar la oración, continuó- después de clases ayudo a mi papá, es albañil. Le hago la revoltura, le acarreo cemento o tabiques, como él me diga. Luego regresamos a la casa, hago mi tarea y me duermo muy cansado; ¡pero sí duermo profa, de veras que sí!” Se me hizo un nudo

en la garganta, traté de tragar saliva pero no pude hasta que se agolpó una fuerte cantidad, y solo así, como una gran bola de pena y dolor, densa y maciza, logró pasar. De mi boca, no volvió a salir una palabra más respecto a sus horas de descanso.

La mayoría de los alumnos que llenan nuestras aulas, son jóvenes que, con entereza y orgullo colaboran en el bienestar de su familia; y, a la par, batallan por ocupar un lugar digno en la sociedad. Y ellos, precisamente ellos, son quienes conforman la riqueza multicultural que da colorido a los polifacéticos mosaicos de nuestro país; y, por si fuera poco, son ellos también, los que se tallan, pulen y moldean en nuestras instituciones educativas.

Bien merece la pena (humana, ética y deontológicamente hablando), esforzarse como profesores para que estos metales preciosos alcancen la depuración y madurez necesarias. De ahí surgirán quienes se harán cargo del buen funcionamiento del país. ¿Puro romanticismo? No lo creo, estoy hablando del insoslayable compromiso docente que implica la mirada ávida de alrededor de cincuenta pares de ojos, juveniles y alocados, que esperan motivados, con auténtico interés, obtener un conocimiento nuevo.

Visto así, ¿por qué hablar de *motivar* el aprendizaje de mis estudiantes, cuando el educando, *motivado* está, desde el momento en que ansiosamente ocupa un pupitre áulico? La *motivación*, entonces, lejos de referirse a estrategias, técnicas o métodos o sortilegios de aprendizaje, debe ubicarse como el “proceso de iniciación de una acción consciente y voluntaria...” (Diccionario de la Comunicación.1988. p.113); en donde el alumno, ni más ni menos, se prepara mentalmente para realizar, día tras día, una acción en un sentido concreto: terminar su prepa.

¿Solo terminarla, sin importar cómo? Por supuesto que no; quizá pueda distraerse en determinados momentos a su paso por el nivel medio superior, pero existe una figura, desprovista de cualquier insensatez, el profesor; quien redireccionará su fuerza, entusiasmo e inconsciencia adolescente, y lo *estimulará*, no *motivará*.

En este orden de ideas, el Vocabulario de Pedagogía (1982), establece como *estímulo* a “cualquier causa (mecánica, técnica, química, eléctrica, etc.) capaz de modificar el estado de los receptores sensoriales...” y concreta que, “...Se puede facilitar la concentración mental

suprimiendo por lo tanto los *estímulos parásitos* y así dejar patentes solo aquellos sobre los cuales se quiere fijar la atención.” (p. 176)

De tal suerte, el profesorado debe *transformar*, minuto a minuto, su clase para darle fuerza y sentido a la *motivación* que traen los jóvenes y, enterrar en las arenas de los desatinos, las actitudes pusilánimes u omnipotentes; pues, con las primeras, en su desgano y frustración, segrega al alumnado de todo interés docente; y, con las segundas, en sus delirios de grandeza, los insulta. Ambas caras marginan al alumno y le usurpan su inobjetable oportunidad de aprender y, peor aún, su esperanza de crecer.

Hablar de *motivación*, entonces, significa observar con detenimiento al alumno, ¡ahí está!, su presencia afanosa lo dice todo. ¡La motivación lo llevó al aula! Pero, es vital no hurtarla, porque esa posesión arbitraria y grosera, coloca al profesor en la cómoda *poltrona* de culpar al alumno del insuficiente o nulo nivel de aprendizaje; a más de despersonalizar a este último, quien, para agenciarse los conocimientos, solo requiere *estímulos oportunos*; “la didáctica enseña a dosificarlos... para obtener sencillez, claridad y eficacia.” (Laeng, Mauro. 1982. Vocabulario de pedagogía. p.177)

En consecuencia, todo profesor, sin despojarse de su habilidad disciplinar y de dos o tres consejos que se comparten entre iguales o en cursos de mejoramiento profesional, debe circunscribir su diario quehacer a la simple, pero sabia, faceta humana; los años, la profesión y la experiencia laboral, sazoadas con la prudencia del buen juicio, lo ubican en la plenitud de confeccionar los ambientes propicios para que el educando se adueñe del conocimiento.

Tal y como le sucedió al efebo maestro ruso Antón Semiónovich Makárenko (1888-1935), quien en su más reconocida obra titulada Poema pedagógico, justificó: “...procedí de manera humana y no formal.” (Makárenko, A. Poema pedagógico. 2019. p. 24)

A fin de hacer comprensible tal testimonio, permítanme compartir una breve e interesante historia: en 1920, cuando aún no concluía la Revolución Rusa, el delegado provincial de Instrucción Pública giró órdenes a un joven maestro para educar al *hombre nuevo*; tal concepto hacía referencia al muchacho que, con y tras la guerra, abandonado en la orfandad, se había convertido en un rapaz delincuente sin el menor rastro de conciencia por el bien y el mal.

“...Lo más importante es ¿sabes?, no una colonia de menores (infrac-
tores), sino una escuela de educación social. ¡Necesitamos, ¿com-
prendes?, forjar un hombre nuestro! Y tú eres quien debe hacerlo.”
(Makárenko, A. 2019. Poema pedagógico. p. 8). Esa fue la orden
de la autoridad; el asunto estaba decidido, en las manos de Antón
Semiónovich, quedó depositado el aprendizaje de los jóvenes rusos.

Una vez en la *escuela* (colonia Máximo Gorki, como le llamó),
Makárenko empezó a escribir toda la aventura; los encuentros,
las necesidades, los problemas, las dificultades, las alegrías, las
vicisitudes y demás vivencias que pudieron acumular quince años
de ardua labor docente. Todas ellas quedaron plasmadas en su
reconocida obra: *Poema Pedagógico*.

Y es, precisamente, en esta creación literaria, en donde Antón relata,
con vehemente narrativa, su reacción ante las constantes negativas,
rudas y majaderas, de los alumnos ante las faenas de mantenimiento
diario, requeridas por la propia colonia Gorki.

*Colérico y ofendido, llevado a la desesperación y al frenesí por todos
los meses precedentes, me lancé sobre Zadórov. Le abofeteé. Le
abofeteé con tanta fuerza, que vaciló y fue a caer contra la estufa. Le
golpee por segunda vez y agarrándole por el cuello y levantándole, le
pegué una vez más.* (Makárenko, A. 2019. Poema pedagógico. p.19)

El ejemplo tiene validez porque, a pesar que en nuestro contexto, no
se alcanzan tales situaciones comunicativas, sí se dan agresiones de
actitud y de palabra, con las que se golpetea a los jóvenes en su
autoestima; ¿un ejemplo? cuando el profesor del siglo XXI, vocifera a
sus discípulos que nunca saldrán de la escuela por ignorantes.

Craso error. Y este acrecienta cuando al espetar su proceder, el do-
cente alega amnesia. En su caso particular, Makárenko, herido y des-
asosegado por lo ocurrido con Zadórov, escribió: “... *Yo experimentaba
toda la incongruencia pedagógica, toda la ilegalidad jurídica de aquel
hecho, pero, al mismo tiempo, comprendía que la pureza de mis ma-
nos pedagógicas, era un asunto secundario en comparación con la
tarea planteada ante mí.* (Makárenko, A. Poema pedagógico. 2019.
p. 22)

Si observamos lo sucedido como un hecho aislado, parece que se
trata de un personaje que abusa de su posición jerárquica dentro de

un sistema social y que después se arrepiente; pero con detenimiento analítico, su proceder fue regido no por un malentendido profesional o una supremacía egoísta, sino por una acción que, aunque ríspida y violenta, mostró un carácter adulto, deseoso de moldear el temperamento nefasto de uno de sus alumnos. Parecerá mentira, pero, para la época y las circunstancias, lo *estimuló*.

El joven Zadórov, consciente de que sus *motivos* de permanencia en la Colonia Gorki se llamaban techo, comida y conocimiento seguros, solo necesitó de “cualquier cambio de energía que excita a la audiencia a un mensaje que la contiene, y produce una respuesta o un cambio de actitud o conducta”, tal como lo patenta Ignacio De la Mota (1988) en su Diccionario de la comunicación. (p. 113)

Conocedores, ahora, de lo sucedido, nos podemos dar cuenta que la actuación general de los discípulos del profesor ruso, era ominosa; no querían palear la nieve que impedía la entrada y salida de la colonia; se rehusaban a cargar leña y a respetar, tajantemente, a cualquier autoridad, solo por mencionar algunos ejemplos. Ese fue el entorno situacional bajo el que Makárenko, como dije párrafos arriba, justificó: “...procedí de manera humana y no formal.” (p.24); acción que también, cabe agregar, fructificó.

Ahora bien, recordemos que un proceso comunicativo se tiene que observar bajo la lupa del contexto que lo vio nacer; por ello, debo acotar que con la expresión “no formal”, Antón se refería a que si el alumno (de entre 17 y 19 años, aproximadamente), no se apegaba a las normas de la incipiente escuela, el siguiente paso, ‘formal’, era devolverlo como incorregible a la comisión de delincuentes menores de edad; donde la educación, los modales y la preocupación por su educación como arma de sustento a lo largo de su vida, se alejaría irremediabilmente. Ello, no sucedió.

A partir de ese momento, la rebeldía perdió terreno; los alumnos empezaron a obedecer y a aprender; con tal suerte, fueron capaces de vivir, a la postre, una historia como pedagogos, médicos, diseñadores de aviones, ingenieros, pilotos y uno que otro profesor. ¡Fructificó!

El *estímulo* empleado, sí, *estímulo* empleado, podemos coincidir con Antón, fue resultado de la más pura de las acciones pedagógicas; fue una acción que, ante los ojos se le mira quizá errónea pero, ante los resultados, se le agradece. Incluso Ekaterina Grióvievna, otra

profesora de la misma colonia Gorki, llegó a compartirle al propio Makárenko sus impresiones respecto al evento que modificó a los jóvenes, y con cierta extrañeza alegre, aseveró: "...están dispuestos a enamorarse de usted." (Makárenko, A. 2019. Poema pedagógico. p. 24)

¿Enamorados...? Sí, esas *acciones humanas*, repletas de juiciosa prudencia y saberes, *enamoran* cuando el alumno se aficiona, insospechadamente y con agrado, por el conocimiento, por el actuar correcto. ¡Sí es posible! Y, lejos de pretender convertir el aula en un ring de golpes, sangre y coerción, mi disertación quiere conminar al profesorado a preocuparse y ocuparse de los alumnos en el terreno de la *estimulación*. Solo hay que observar y amar la docencia, y repito, no robarse la *motivación* de sus jóvenes discípulos.

Invariablemente, el profesor debe llegar al aula con ánimo, desprovisto de cualquier problema personal, pues en sus manos, como le decían a Makárenko, está el conocimiento y con él "el *hombre nuevo*". Y cuando el adolescente empiece con el desvarío de la edad, él, como buen adulto y profesional que es, y amante de su asignatura, lo regresará, no solo con amor, sino con sentido de templanza y apego al *significado* que guarda cualquier *significante*, sin importar el contexto que cada joven pueda traer.

¿Que el muchacho se dispersa? Sí, es lógico; sus imberbes y alocados pensamientos galopan con la velocidad del miedo; ya piensan en que tienen hambre, ya en que el guapo les guiñó; ya en que no entienden nada; ya en que la bonita está a su lado; ya en que... ¡tantas y tantas cosas!

Estimular el aprendizaje permite al profesor actuar como un *humano* éticamente comprometido con su práctica docente; tres pasos son los que abrazan tal calidad: uno, sin excusas, entender a su alumno (es un adolescente); dos, ofrecer el conocimiento tal y como es para quien lo domina: *fácil*; tres, observar no para reprender sino para *estimular* cuando las miradas de los alumnos se dispersan en la inmensidad inconsciente, feliz y placentera, de su juventud. Déjate contagiar, es válidamente sano, sonreír.

Bajo esta misma tesitura, bien sabido es que un docente siempre se percata cuando, durante su clase, ya perdió a dos o tres alumnos o... a la gran mayoría, a veces. Y, de ninguna manera, los puede dejar

así. Entonces, la *motivación* que lleva consigo el alumno, por sí sola, no funciona, no es suficiente; requiere que el profesor les ofrezca su *interés responsable*. Entendido este, no como un simple adverbio que modifica una acción, sino en un sentido semántico de *trascendencia consciente*.

En suma, el término *motivar* debe inferirse como una conducta natural y elemental que tiende a satisfacer necesidades; y *estimular*, como la modificación del estado sensorial; tal como lo especifica Mauro Laeng en su Vocabulario pedagógico. De hecho, *estimular* el aprendizaje de los estudiantes, promueve que el alumno se aficione y vaya en pos de él.

Quizá la disertación se antoje como un infructuoso ejercicio semántico; sin embargo, como diría Ana María Maqueo en su Lingüística aplicada a la enseñanza del español (1984), “la lengua es un mecanismo creador, innovador.” (p. 26)

Vayan, pues, mis palabras, a dejar patente que *estimular el aprendizaje, enamora al alumno y lo engancha al mundo del conocimiento como su propia vía de lucha y hegemonía individual y social*.

Por cierto, y a manera de epílogo, el Brayan aprobó todas las asignaturas; sigue trabajando con su papá; se le ve cansado pero feliz; nuevamente ocupa un pupitre en mi aula; y... segura estoy que, con todo y el cansancio inherentes a la pala y la mezcla, concluirá exitosamente sus estudios profesionales.

Expansión superlumínica: Imaginario de la educación

Beatriz Juárez González

Primer lugar ESRU Opina 2019

Expansión superlumínica: Imaginario de la educación

Primer lugar ESRU Opina 2019

*Equidistantes de los átomos y de las estrellas, estamos
extendiendo nuestros horizontes exploratorios para
abarcarnos tanto lo muy pequeño como lo muy grande.*

Carl Sagan

Ha llegado el momento en donde es necesario moverse; dejar atrás la quietud, ir más allá de los confines del cosmos; avanzar en la dirección en que se encuentran los estudiantes, pasar la frontera del universo observable; más lejos de las aulas y de las escuelas y, emprender ese viaje increíble sin retorno; visitar cada uno de los escenarios educativos. Aquí, ha de iniciar la tarea del docente que ha querido educar y enseñar con una visión limitada del vasto espacio que nos rodea: la educación. Sin embargo, al reconocer que estamos frente a un universo en expansión -porque así se nos presenta el siglo XXI- es indispensable y urgente extender nuestros horizontes e indagar sobre lo que se sabe y nos hace falta por conocer, como dice Carl Sagan tanto en lo muy pequeño como en lo muy grande, quizá sólo de esta manera se logre la expansión superlumínica¹ que tanta falta hace, hoy en día, a nuestros jóvenes.

Sin la necesidad de alejarse de lo real, los invito a imaginar, a subirse a la nave que nos llevará a los confines del universo. Tomemos nuestro lugar, con una actitud favorable, positiva y entregada al acto de la creatividad, esto con el fin y la posibilidad de entender a nuestra actual educación, los retos que de ella emanan y los actores involucrados en esta labor. Me propongo, de este modo, ver el

1 Se refiere a un fenómeno de la cosmología física el cual consiste en la propagación de la materia y la información a una velocidad mayor a la de la luz. En este ensayo ocupé este término como una metáfora de la labor docente, donde la luz (entendida desde la Grecia Antigua como conocimiento, sabiduría y verdad) necesita llegar a los jóvenes de manera urgente, de ahí el término “Expansión superlumínica” es decir, una iluminación más rápida de la que, actualmente, se está propagando en los jóvenes, esto con el propósito de mejorar o sacar de las *sombras* a nuestra dispersa juventud. Todos los términos cósmicos que se utilizaron en el presente ensayo tienen el objetivo de servir de metáforas tal como se explicará en cada uno de los apartados de este trabajo.

proceso de la enseñanza y de la educación como un universo que despierta a otros universos, tal vez desconocidos e inexplicables pero que, sin duda, no deben ser ignorados, tal como lo anuncia el astrofísico Sagan:

*Nos movemos en nuestro ambiente diario
sin entender casi nada acerca del mundo.*

*Dedicamos poco tiempo a pensar
en el mecanismo que genera.*

De manera similar habremos de cuestionarnos sobre el universo de la educación. Pensemos en los cambios que hay entre una hora clase y otra, en las entradas y salidas del colegio, en el patio central de la escuela, en los pasillos de cada edificio, en las áreas recreativas, en las mismas aulas con o sin profesores y en los espacios que rodean al bachilleres; esta ahí nuestro cosmos en movimiento constante: las actitudes, las miradas, las risas, las expresiones, los juegos, las formas de caminar y quedarse en un sitio, de ser y de estar en ese tiempo que destinan para la escuela. Pero cuántas veces lo hemos admirado y qué tanto nos hemos tomado el tiempo para examinarlo, indagar en el porqué de su forma, de sus movimientos, de las rutas que toman, los desplazamientos que hacen y las precipitaciones que de pronto los asalta y, en conjunto, qué elementos componen y dan vida a este infinito universo. Es acaso que ya lo hemos comprendido en su totalidad y de ser eso posible, por qué seguimos temiendo la presencia de los agujeros negros.²

Reconocemos lo que da vida a nuestro sistema, la luz, las estrellas, las galaxias, los planetas habitables, los asteroides, los cometas, la materia, la energía, pero lo que se observa como negativo, es y ha sido omitido; delegado al misterio, a las llamadas zonas oscuras que pocos se detienen a examinar o explorar ya que existe el temor de aproximarse a terrenos que pudieran movernos de nuestra zona de confort, de enfrentarnos con crueles realidades, de salir transformados ante esos problemas que existen y han dañado a nuestro universo.

2 "Los agujeros negros son los restos fríos de antiguas estrellas, tan densas que ninguna partícula material, ni siquiera la luz, es capaz de escapar a su poderosa fuerza gravitatoria". (National Geographic). Han sido objeto de interés para la Astronomía debido a su misterio y poco conocimiento que de ellos se tiene, por lo mismo son motivo de miedo y se les ha llamado monstruos de la vía láctea. En nuestro universo educativo los agujeros negros son representados por aquellos jóvenes enigmáticos que por los disturbios que causan se les ha relegado a la esfera de lo "malo" o difícil de tratar.

Los agujeros negros no son tan negros

La nave se adentra en las profundidades del agujero negro y, a pesar de la mayoría de las predicciones que sugerían lo contrario, no acaba destruida ni atrapada para siempre en la oscuridad.
National Geographic

Si estamos dispuestos veremos que habremos de salir airosos de tan peligrosa misión o al menos en el intento contribuiremos con el esparcimiento de la luz. Nosotros los docentes tenemos la misión de llevar la luz a nuestros jóvenes, muchas de las veces lo hemos realizado en forma de transmitir conocimientos, otras de dar aprendizajes; hoy en día sabemos que eso no es suficiente, puesto que para obtener información los estudiantes recurren a internet y de manera rápida consiguen datos. El acompañamiento, la guía, el sentirse aceptados y motivados son algunas de las acciones que, de manera urgente, son las más requeridas.

Durante muchos años las instituciones educativas han premiado o reconocido a los estudiantes estrella, se hacen festejos y ceremonias quizá con la intención de motivarlos o de que sirvan de ejemplo para aquellos que aún no encuentran su ruta en el cosmos. La mayoría de los padres y familiares se llenan de orgullo ante un descendiente tan maravilloso; si en la misma familia hay un hijo que destaca más que otro, no pierden la oportunidad de hacérselo saber: podrías seguir el ejemplo de tu hermano, aprende de él, acaso no te damos las mismas oportunidades, suelen decir los padres al hijo que consideran apático o sin talento alguno. La misma sociedad parece seguir el mismo camino, tras el uso de estereotipos nos hemos atrevido a estar en un salón de clases etiquetando a las personas, miramos al grupo de jóvenes y desde las primeras clases, decimos: ahí está el latoso, el que pretende ser gracioso para hacerse notar, el callado, la tímida, el impuntual, el matado, la bonita, el barbero, entre otros. De esta manera, reconocemos los elementos favorables para nuestras clases e ignoramos a los que creemos que entorpecen nuestra labor. Qué equivocados hemos estado al no saber que en un universo todos los elementos son útiles y necesarios para que éste exista.

Numerosas veces he visto a jóvenes fuera de las aulas no porque ellos hayan decidido salirse del salón, sino porque ha sido el do-

cente quien les ha solicitado que se retiren, las razones pueden ser variadas pero todas apuntan hacia el mismo objetivo: dejar que el profesor o profesora de clases a los que sí quieren. Esta actitud tan cómoda entorpece la existencia de nuestro universo educativo, ya que el reto no será dar clases a los que sí quieren sino buscar las formas para atraer a los que no, dice Juan Vaello: “El secreto de enseñar no es tanto transmitir conocimientos como contagiar ganas, especialmente a los que no las tienen”. (2011 ,7). Por múltiples razones esos jóvenes están ahí y no en otro sitio, es necesidad de todos darles un lugar óptimo, llenarlos de luz con nuestro optimismo pedagógico y, sin duda, esto favorecerá al funcionamiento armónico de nuestro universo.

Stephen Hawking expone que el término *agujero negro* fue acuñado en 1969 por el científico norteamericano John Wheeler y desde entonces lo han visto como *huecos negros en el espacio*. Esos vacíos que indudablemente existen en nuestro universo educativo están representados en los jóvenes que en cierto modo se sienten incomprendidos y rechazados no sólo por los docentes o la institución educativa a la que pertenecen o han pertenecido, sino por sus mismos padres o gente cercana a ellos que han tomado el papel de ser sus tutores como si la tarea fuese sencilla.

Así, ante los tropiezos con las llamadas de atención por parte de los docentes, las asignaturas reprobadas, la apatía por las clases, el incumplimiento en las tareas, los embarazos, las drogas, los problemas familiares, entre tantos problemas más, viene el abandono escolar. Y como un respiro falso y lastimoso se escucha, *por fin se fue*. Y pareciera que la luz se vuelve débil, se apaga. Pocos se detienen a reflexionar sobre el destino de aquél elemento que forma parte del cosmos y que ha sido rechazado, nosotros mismos, lo expulsamos. No obstante, sigue ahí como una mancha en la sociedad, se ha vuelto un agujero negro, éstos que: “se forman tras el colapso gravitatorio que sufren las estrellas más masivas al final de sus vidas”. (2019, 38). Una luz que es apagada, muchas veces, por los mismos encargados de proporcionársela. Tenemos la dualidad, la lucha de los contrarios: los estudiantes que brillan por sus talentos y los que han dejado la escuela y carecen de toda luz.

Nótese que los agujeros negros surgen en tiempos de vulnerabilidad: la muerte de una estrella, es decir que este extraño fenómeno se produce al final de una vida, justo cuando se matan las esperan-

zas de un estudiante y se les relega del sistema educativo. Es también del sufrimiento, del desamparo y del abandono que nuestros jóvenes se apagan y, así sin un propósito o motivación, transitan por el cosmos, sin percatarse ellos mismos ni los demás que están modificando la vida de nuestro universo. La indiferencia y poca o nula motivación que se les da a estos jóvenes en las escuelas, y las llamadas acciones de corrección, es con lo que los hemos alejado de la luz o estamos contribuyendo para que sean estrellas muertas.

Nuestros agujeros negros no son tan negros, nos dice la ciencia y los diversos estudios que de ellos se han realizado: “De ser cierta la hipótesis que sostiene que los agujeros negros tienen una gran capacidad para almacenar información [...] podrían estar enviando todo lo que cae en su interior a otro universo”. (2019, 10). Nos hemos encontrado con estudiantes que parecen muy dispersos, incluso que no cumplen con ningún trabajo, luego se hace algún ejercicio que implica reflexionar y exponer los puntos de vista, resulta que sus argumentos son de los más sobresalientes. Un agujero negro es territorio de oportunidades que invita a desechar las etiquetas para los estudiantes buenos o malos, cada uno de ellos alberga una luz, la reconocen como un bien para ellos, por eso como último destello: “Los agujeros negros no dejan escapar la luz”. (2019, 39).

Pienso en todos aquellos profesores que se aventurarán a subir en nuestra nave, que dispuestos van hacia los agujeros negros como un reto urgente de amparo, seremos muchos y abordo, nos acercaremos, con cuidado y precaución porque: “El punto de no retorno de un agujero negro es el horizonte de sucesos” (2019,38). Quien entre a un agujero negro no retornará, pues, ¿cómo abandonar a quienes tan necesitados de luz se hallan? el conocimiento de sus complejas vidas decaerá en un horizonte de sucesos, ahí donde se alcanzará lo que parece ser inalcanzable: llenar de luz a un agujero negro.

La ciencia nos muestra, a través de diversos experimentos e investigaciones que el universo es diverso a diferentes escalas. De ahí que los agujeros negros pueden ser la entrada a otros universos, donde es posible que planetas desconocidos (exoplanetas) estén surgiendo como posibilidad de una vida fuera de nuestro mundo. Si tomamos en cuenta estas hipótesis, podemos concluir que el viaje hacia los agujeros negros es un desplazamiento que vale la

pena realizar porque ahí revelaremos, que hay más universo que el observable y que nosotros como docentes habremos de caminar, justo a donde más se necesita la luz: una expansión superlumínica (más allá de la luz en el espacio-tiempo) que ilumine a esa juventud olvidada. Sin duda, es para mí, uno de los retos y de las acciones más emergentes que requiere el cosmos de nuestra educación.

**Educar o
enseñar.**

**¿Cuál es el reto
del docente en
la actualidad?**

Chris Alejandro Hernández Vargas

Primer lugar ESRU Opina 2019

Educar o enseñar. ¿Cuál es el reto del docente en la actualidad?

Primer lugar ESRU Opina 2019

*El maestro que se conformase con
presentar los conocimientos enseñaría
sólo en apariencia*
Roger Cousinet

En nuestro país, durante los últimos años, han corrido ríos de tinta en relación con la cuestión educativa. Es más, en el momento en que redacto estas líneas, el debate y la discusión en torno a la denominada “Reforma Educativa” se han reavivado, tanto en las esferas educativa, política, y social como en la informativa, a partir del anuncio de su derogación. Ahora bien, al respecto de esta problemática, en medio de los roces políticos, las demandas laborales del gremio magisterial — del cual formo parte— y las novedades pedagógicas, es probable que los temas más importantes se desvanezcan en el caos de la disputa; me refiero a la educación misma y los intereses de los personajes principales de ella, es decir, los estudiantes. Por mi parte, me parece que el quid de la discusión es, justamente, la *educación* y el impacto positivo que ésta pudiera tener en los estudiantes, que son la razón de ser del sistema educativo. En este sentido, así como la estética idealista hubo de concebir el arte como un fin en sí mismo, opino que, si se asume un verdadero compromiso educativo, el docente del siglo XXI habrá de enarbolar, cual imperativo categórico, la premisa de “la educación por la educación misma”, en la que el actor principal es el alumno. Anticipo, entonces, la respuesta al cuestionamiento que ahora nos convoca: “Educar o enseñar. ¿Cuál es el reto del docente en la actualidad?” Estoy convencido de que el reto que debemos enfrentar los docentes es *educar*, en toda la extensión de la palabra, de acuerdo con la semántica más profunda, actualizada y comprometida del concepto.

En efecto, hay una gran distancia entre *enseñar* y *educar*. Según se incline la balanza, se pueden obtener datos hartos reveladores en relación con el grado de compromiso y participación que se muestran ante la misión educativa. Se precisa, pues, una distinción entre ambos conceptos. Así, si coincidimos con la acepción propuesta por Roger

Cousinet (2014), “Enseñar es presentar y hacer adquirir a los alumnos conocimientos que ellos no poseen” (p. 1). Considerando esta definición, la participación del maestro tiende a ser mínima e inclusive nula. En el contexto virtual actual, derivado de la preponderancia y omnipresencia de las TIC, en el que las nuevas generaciones (nativos digitales) se desenvuelven magníficamente, para realizar la tarea de “presentar los conocimientos” se podría prescindir de la participación del docente. Como sabemos, al alumno del siglo XXI le basta sumergirse en la internet y “dar click” para precipitar una cascada de información de la que muy probablemente se derramen los nuevos conocimientos. En este caso, ¿qué más podría “enseñar” el maestro de la vieja escuela, arraigado en la creencia de que su papel es de simple presentador o, en todo caso, “comunicador” del conocimiento? Se cumpliría, entonces, la frase contundente que resuena en el tema clásico de la autoría de Roger Waters, *Another brick on the wall: “Teachers, leave them kids alone!”* Es indudable que los jóvenes no requieren de un “presentador” de los conocimientos cuando ellos mismo pueden acceder al mar de la información con la magia de un click. Frente a este escenario, el maestro que sólo asume la encomienda de “enseñar” únicamente tiene ante sí un camino: *dejar solos a los chicos*.

Por el contrario, asumir el compromiso de *educar* demanda un cambio de paradigma con el que el docente trasciende el papel de “obrero del sistema educativo” y se eleva al nivel de verdadero *transformador* social. Sólo así su labor habrá de dejar impronta en las conciencias y vidas de sus educandos. Es aquí donde la aseveración de Julio Francisco Quiroz Marrón (2006) toma sentido: “Todo proyecto educativo es un proyecto de vida” (p. 42). Ciertamente, *educar* demanda del docente la reunión de sus talentos y competencias con el fin de canalizarlos hacia la consecución de las metas del proyecto educativo. En el caso de las exigencias del contexto histórico actual, del que se deriva el proyecto educativo que debemos desarrollar, es dable señalar que éste está signado por la vertiginosidad de las telecomunicaciones, la interdependencia económica de las naciones, el derrumbe de los viejos paradigmas y las barreras culturales anacrónicas; en fin, se trata del contexto de la *globalización*. La necesidad del cambio es, por tanto, insoslayable; así lo afirma Laura Frade Rubio (2012): “la globalización impone nuevas necesidades educativas [...] se va constituyendo un ciudadano global” (pp. 14-15).

Por ello, el proyecto educativo vigente se plantea la construcción de un individuo (el alumno, por supuesto) capaz de enfrentar y superar los retos impuestos por dicho contexto, de ahí la necesidad de la participación de docentes comprometidos con la educación. Se trata de *educar* más que de “enseñar”.

Una vez más, es Quiroz Marrón quien hace hincapié sobre las virtudes de la *educación*, que se coloca por encima de la enseñanza o, como él la nombra, “instrucción pragmática”: “Resalta [...] la idea implícita de que la educación forma al hombre y que trasciende, cualitativamente, la simple instrucción pragmática” (p. 23). En el mismo tenor se expresa Jacques Delors (2008): “El trabajo del docente no consiste tan solo en transmitir información ni siquiera conocimientos [...] La relación pedagógica trata de lograr el pleno desarrollo de la personalidad del alumno respetando su autonomía” (p. 161). Es esta la perspectiva que yo comparto y de la cual estoy convencido. Justamente el trabajo en el aula, la experiencia pedagógica, el contacto directo con los jóvenes estudiantes y las satisfacciones derivadas de los logros académicos obtenidos al lado de ellos me conducen a pensar que es la *educación*, y no la “enseñanza”, nuestro reto y, al mismo tiempo, nuestro compromiso.

Ha quedado atrás la época en la que se implementaba la filosofía educativa de “la letra con sangre entra”, que alejó a generaciones enteras del entorno escolar y sólo trajo consigo estrés postraumático y fobia escolar. Del mismo modo, el recurso mnemotécnico como herramienta fundamental para la “construcción” del conocimiento ha sido desterrado, debido a su comprobada ineficacia. La cátedra unilateral, dictatorial y tiránica, por fortuna, también ha sido abolida, pues impera ahora la idea de la educación como un diálogo (entre el docente y el estudiante fundamentalmente) más que la de un monólogo. Ahora, en cambio, los infinitivos *hacer*, *saber* y *ser* articulan las acciones que tienen lugar en el ámbito escolar y más allá de sus fronteras. Es, pues, el trinomio que constituye la *competencia*, noción que ha establecido el nuevo escenario pedagógico para el presente siglo, la piedra angular de la experiencia educativa que se debe desencadenar al interior de las aulas. He aquí, en voz de Laura Frade Rubio (2012), la definición de *competencia*: “capacidad para resolver diferentes situaciones e implica un saber hacer (habilidades) con saber (conocimiento), así como la valoración de las consecuencias de ese hacer (valores y actitudes)” (p. 45).

En este sentido, la noción de *competencia*, desde la perspectiva pedagógica vigente, apunta justamente al reto de arrostrar esa variedad de exigencias propias del contexto de la globalización. Precisamente, es el marco de la globalización, aunado a la necesidad de la transformación del paradigma educativo, lo que obliga al docente a plantearse el compromiso ineludible de *educar*. Con nuestra labor didáctica comprometida, debemos forjar individuos que exploten su metacognición y cuenten con las competencias necesarias para enfrentar los retos impuestos por el marco histórico actual de la globalización, caracterizado por la preponderancia de los avances tecnológicos, las exigencias del ámbito laboral y la necesidad de generar ambientes armónicos, de respeto, tolerancia y de sana convivencia con el entorno (esto es, el denominado desarrollo sustentable).

Así las cosas, debe educarse para *hacer*. Es decir, generar al interior del aula las condiciones necesarias para problematizar los aprendizajes y que, en consecuencia, el estudiante pueda adueñarse de ellos verdaderamente y con ello transformar su realidad. Sólo en la medida en que el alumno descubre la significatividad del aprendizaje (su valor “utilitario”, si se quiere), dicho aprendizaje se arraigará en su conciencia y su ser. Por tal motivo, el docente deja de ser un simple “presentador” o “transmisor” del conocimiento; en cambio, su labor ahora consiste en invertir toda su creatividad para diseñar las situaciones didácticas que harán posible que el estudiante descubra por sí mismo el conocimiento.

Debe educarse para *conocer*. Este nuevo conocimiento habrá de perpetuarse merced a las condiciones mismas que le dieron origen: la situación didáctica que lo problematiza (cuyo artífice es el docente), la inquietud por encontrarlo, la maravilla de su descubrimiento (ambas cualidades necesarias en el estudiante). El conocimiento así adquirido, sin haber sido impuesto o memorizado sin ser cuestionado, es el que verdaderamente modifica la conciencia del alumno y configura su perspectiva de la realidad. Si se ha podido lograr de esta forma el conocimiento, se ha avanzado un trecho importante en la misión de educar, según debemos entenderla en la actualidad. Esta es la educación que verdaderamente transforma; tal la idea de Quiroz Marrón (2006): “El hombre, al educarse con y por el hombre, modifica dialógicamente el ser del otro y su propio ser. Educar es educarse, formar es formarse, trans-formarse” (p. 74).

Considerando lo anterior, también se educa para *ser*. La dimensión axiológica y actitudinal (inclusive *ontológica*, si se quiere) es, muy probablemente, la gran aportación del nuevo paradigma educativo.

Lamentablemente, durante años se relegó o simplemente se desatendió la dimensión humana de la educación. Se olvidó que los implicados en el proceso de la educación eran, precisamente, seres humanos; uno de los cuales (el estudiante) se halla en el proceso de construcción de su ser. En este sentido, la dimensión emocional prácticamente fue ignorada a lo largo de los tiempos, provocando una suerte de *deshumanización* de la educación. Por fortuna, se ha corregido esta falla y se trabaja con ahínco por reparar los daños que pudo haber generado.

En efecto, el docente preocupado y comprometido, que pretende coadyuvar en la mejora y transformación de su realidad, a partir de su aportación en el ámbito educativo, es consciente de que no basta con dominar los contenidos disciplinares de su área, tampoco con ser un diestro diseñador de planeaciones didácticas e instrumentos de evaluación. Hoy en día, la dimensión humana es, muy probablemente, la que tiene mayor repercusión en la configuración de los estudiantes. De ahí la necesidad de revisar, analizar, entender y dominar las nociones referentes a la psicología educativa. Gran parte de las problemáticas que distinguen al ámbito escolar (deserción, bajo rendimiento académico, bullying, etc.) tiene su etiología en aspectos psicológicos propios de la etapa de desarrollo en la que se encuentran nuestros estudiantes, es decir, la adolescencia. Por tal motivo, resulta imprescindible mostrar interés, sin importar cuál sea nuestra disciplina o formación, hacia los principios psicológicos y emocionales que distinguen el actuar de nuestros estudiantes. Vista desde este ángulo, la tarea de *educar* es mucho más amplia, compleja, profunda, pero al mismo tiempo más importante que “enseñar”. Asimismo, los alcances, logros y beneficios derivados de dicha tarea (si se realiza con pasión y entrega) son igualmente trascendentes y satisfactorios. Al final del proceso educativo, se alcanza la transformación del individuo. Es aquí donde coincido una vez más con Quiroz Marrón (2006) cuando asegura que: “La finalidad de la educación, así entendida, sería la formación individual y comunitaria de los hombres, de cómo son a como pueden llegar a ser en su propia autenticidad” (p. 13). Tener la posibilidad de ser partícipes en tal acontecimiento, en nuestro papel como docentes, es una oportunidad sin parangón en la construcción y transformación de nuestras sociedades.

Las aventuras de una filósofa no tradicional con sus estudiantes inadaptados.

Neri Arriaga

Primer lugar ESRU Opina 2019

Las aventuras de una filósofa no tradicional con sus estudiantes inadaptados.

Primer lugar ESRU Opina 2019

Siempre es difícil lidiar con la hipocresía. Curiosamente había encontrado a esa profesora de turismo que recién le ha dicho a un grupo de estudiantes con los que comparto clase, que soy muy *pelada*, que no *debería* hablar groserías, que *debería* vestirme distinto, que *debería* ser un ejemplo y por ello, soy un desastre de profesora. Efectivamente dentro de los cánones institucionales. Lo soy.

¿Cómo se aprende a convivir? nos pregunta *Nélida Zaitegi* y la respuesta es sencilla: se convive, conviviendo y agrego: con empatía. Y eso hago, día a día, con-vivo no con matrículas, sino con seres humanos.

La empatía es el abrazo de la convivencia, y no como un asunto de *buenaondismo*, sino como un modo efectivo de estar frente al otro/a con la *vulnerabilidad* de saberse/mostrarse no solo profesora, sino falible, humana.

La empatía como ethos relacional. Capacidad para comprender las experiencias y emociones de otra persona, saber que la otra/o en tanto que es otro/a, también soy yo. Somos espejos.

Podemos enarbolar sofisticados discursos sobre diversas propuestas para la obtención de un aprendizaje significativo en nuestro quehacer docente, pero si no somos capaces de de-construir y permítanme el termino, desentrañar las tripas de un pensamiento crítico, poco impacto podremos lograr en la formación de estudiantes que se vivan responsables de lo que piensan, conocen y actúan.

No son tiempos sencillos y las pedagogías críticas nadan a contracorriente de un tiempo que pretende exigir un ritmo sistemático para competir, trabajar, consumir, sobrevivir. De ahí que partimos de la premisa de *Krishnamurti*: “No es signo de buena salud el estar bien adaptado a una sociedad profundamente enferma.” Metáfora que

nada tiene que ver con lo sanitario y biológico, sino de un malestar en la cultura que pretende normalizar y naturalizar grandes atrocidades humanas, que se desarrollan desde la violencia, la impunidad e incluso el desencanto. Un *nihilismo* pasivo que no sólo devora las ganas de *aprehender*, sino incluso de habitar al mundo. Por ello soy profesora, y camino con *Paulo Freire* cuando dice que la educación no cambia al mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo. Y este es un accionar ético y político que he decidido ejercer.

Sin embargo, en este marco de decisiones no se trata de un acto puramente racional, sino también de experiencias y subjetividades. La empatía puede activar el corazón, las manos, las ganas. Al escribir este ensayo, pienso en qué realizo como profesora de filosofía para motivar tradicionalmente a los estudiantes y me encuentro con que no, no les comparto frases bonitas de calendario, ni piolines, ni un “échale ganas”, sino trabajo desde los escepticismos, preguntas abiertas y nuevas dudas. Propongo desaprender y buscar la construcción de un aprendizaje colectivo que nos humanice en términos libertarios. Propongo también hacer de la filosofía más allá de una asignatura, un proyecto para existir.

La filosofía nos dice *Wittgenstein* es una forma de vida, entendida como posibilidad de hacernos coincidir lingüística y extralingüísticamente, la construcción en conjunto de un asidero común. Dicho asidero nos propone pautas para relacionarnos, un lugar de autoconocimiento, no panaceas, sino críticas y por ende, a diario con fallas y aciertos, nuevos aprendizajes. De lo anterior, es que retomo de distintos dilemas y posibilidades de la formación ético/política, para compartir que sí realizo en clase a través de los siguientes ejes:

1) Enseñar pensar. Ellas/os son los maestros/as.

Nos es urgente un cambio de esquemas y practicas sociales. Pienso en la educación consciente como clave. ¿Qué enseñamos y cómo lo hacemos? ¿Cómo evaluamos formativa y sumativamente?

En la conformación de una persona autónoma, ética, crítica, ¿Desde donde actuamos? Sugiero comenzando con el respeto a la dignidad y derechos de las personas. Igualdad y respeto mutuo. ¿Cómo nos ponemos de acuerdo? Definitivamente no se trata de dictar reglas e imponer, sino consensar. La democracia no puede ser más un concepto abstracto; sin participación, sin horizontalidad, sin tolerancia cero a la

violencia, no es posible transformar.

Suele ser complejo que el estudiantado hable de los que siente y piensa, dado que las ideas suelen estar desordenadas y pocas veces ha sido gestionadas. Crear acontecimientos filosóficos nos dice *Darío Sztajnszrajber* comienza tomando la palabra. Por ende, previo acuerdo y planeación, se abandona la butaca del rincón y se propone que se conviertan en el nuevo profesor/a, que coordine la clase, tome la batuta y se empodere en el espacio que construye. Así entre ellos/as se regulan, se preguntan, increpan, debaten, resuelven problemas en conjunto. Somos pares y conversamos, buscamos una convivencia que de cuenta de los conflictos y que, en lugar de obviarlos, poco a poco se entiendan como una dialéctica de la discrepancia y la disidencia.

Juntas/os aprendemos a negociar y a partir de la reflexión de *Fisher, Ury* y *Patton* proponemos “dureza con el problema, suavidad con las personas”. Lo vital de saber argumentar, formulaciones y señalar fallas, sin invalidar desde lo *hominem* o cualquier otra falacia, sino como un proceso colaborativo de ensayo y error. Entendemos que los nudos y tensiones se potencializan en un mundo de hostilidad y falta de justicia social, por ello es necesario innovar estrategias donde nuestro papel sea de colaboración, no de rectoría.

2) Romper el aula¿Qué es un aula?

Cuando estamos en el salón colocamos las butacas en media luna. Es importante que nos miremos el rostro, podamos interactuar, despojando a la profesora del centro del espacio y con ello del poder de “controlarlo” todo. Si es posible y las condiciones lo permiten (y si no es así, las creamos entonces) cambiamos de escenario de acción y por ende de espacio. Salimos y nos sentamos en el piso, reinventamos los no lugares, puede ser el mercado que se encuentra a tres cuadras de la escuela o el patio central, los matorrales descuidados atrás de los edificios, los pasillos. El cambio de lugar representa un rompimiento del esquema. Si bien, no caminamos por las calles de Atenas si lo hacemos tocando puertas de la colonia o afuera del metro. A veces vagoneamos. No hay aula ni lugar cerrado. Hay un paseo, un breve viaje, formas sencillas de romper el encierro. Socializar el conocimiento desde otras trincheras, incluyendo la virtualidad. Saber aprovechar toda herramienta, hasta esa que corre el riesgo de meternos al mundo zombi. La clave es otra vez la estrategia. Hagamos memes, programas

de radio, videos o cortometrajes desde nuestro celular. Con esto en la práctica, se cuestiona el deber ser, ese que como doctrina informa, memoriza y solicita una calificación.

3) Jugar. Aprender a hacer el ridículo.

Propongo subvertir el ambiente de aprendizaje. Pasemos de la queja a la transformación. Atreverse rompiendo nuestras seguridades. La empatía se traduce en un constituirse en el otro y de constituir al otro, por ello, jugar es un puente divertido e inesperado. Cada quien, a su ritmo y modo, pero atravesar por ese miedo al ridículo para redescubrirnos. Cuando hablo por ejemplo de argumentación y crítico la *doxa* cotidiana, me resulta el cantar desafinadamente “*Yo opino*” de 31 minutos, con ello situó la ligereza de un mundo, donde nomás se habla por hablar. Hay grupos, canciones e infinidad de propuestas acorde a distintas áreas, y si, no, hagamos nuevas letras para intervenir lo ya conocido. Denunciemos sexismos y/o racismos desde la música en sus diversos géneros. Bailemos. Juguemos con personajes, travistámonos o pidamos ser en conjunto una nueva *Christine de Pizan*.

No es solo narrar con la palabra, sino con el cuerpo. Cuerpos que se hablan desde el silencio o el bullicio. Recomiendo los ejercicios de respiración, jugar caras y gestos, lotería filosófica. Sacudir brazos y gritar. Gritar es profundamente liberador. A veces lo hacemos acompañados de reflexiones existencialistas a la *Camus* y el *absurdismo*, a veces desde *Marx* y la crítica ante la *enajenación*. Gritar desde el cuerpo, reírse, manotear. Sugiero tener cuidado con los chistes fáciles que promuevan alguna discriminación, los lugares comunes o las frases hechas. Nuestra creatividad es vital.

4) Aprender a investigar: La imaginación al poder.

Enseñar a investigar es ahora un nuevo reto. Estamos sobre saturados de información y no hay claridad en su manejo. Búsqueda de nuevos métodos para acceder a las categorías filosóficas. Como ejemplo comparto el atrevimiento para ir más allá del contexto, a través de armar el *tv novelas filosófico*.

Que si *Kant* no tuvo jamás relaciones sexuales, denunciar la misoginia de *Nietzsche* y deducir que la sífilis le llevó a hablar con el caballo, la apertura sexual de *Hiparquía* y el desenfado de *Diógenes*,

la respuesta de *Hipatia* ante los chicos que la pretendían, el hijo no reconocido de *Marx* y la fabulosa amistad con *Engels*, el malhumor de *Schopenhauer* pero también su vegetarianismo. La conspicua vida amorosa de *Sartre* y *De Beauvoir*, y por supuesto las aventuras de *Beatriz/Beto Preciado* en un mundo aún transfóbico.

¿Por qué no remitirnos exclusivamente a sus propuestas filosóficas y punto? Porque las personas somos un caleidoscopio de ideas y sentires, porque no la escucharemos y accederemos a su comprensión, sino la entendemos en su dimensión humana, y otra vez, si no empatizamos. No hay conexión, sino nos sabemos de mucha carnita y hueso. El hablar de un *tv novelas* es una metáfora que no pretende jamás establecer juicios de valor, sino rastrear genealogías. Por ejemplo, como se construye el concepto de angustia en el existencialismo desde el suspirar ante la decisión de Kierkegaard de no casarse con su amada Regina, dado su pasmo de libertad que nos lleva a confrontar las opciones posibles y el miedo a equivocarse. Y qué decir del cine como herramienta pedagógica, la importancia de investigar palabras, frases y biografías de autores. Hacer glosarios.

Promover la lectura desde la desazón de un mundo que no quiere leer, es casi titánico. No haré hipérboles sobre estudiantes devorando libros, apasionados de la biblioteca o el abandono del celular por veinte libros.

Leen fragmentos y los desmenuzan, se revisa la comprensión de lectura, se sugieren videos didácticos para profundizar en los tópicos, se colocan en la cercanía física o virtual, otras posibilidades lectoras. *Anti-manual de filosofía*, por ejemplo, ha sido de bastante ayuda.

Llenamos el salón de papeles, comenzamos con una línea del tiempo, un meme hasta el árbol genealógico, no es sólo importante que conozcan del *historicismo* sino lo que ha pasado y pasa, en cada una de nuestras familias, convivir con nuestras historias, empezar a hablar de los secretos, develar lo que queremos tejer para un porvenir.

5) Un poquito de psicoanálisis en el aula: La importancia del vómito en el estudiante.

Josef Breuer es en el siglo XIX, uno de los padres intelectuales de *Freud* y creador del *método catártico* el cual es el *precursor del psicoanálisis* en el tratamiento de las psicopatologías de la histeria. Di-

cho de otro modo, la “cura del habla” permite, relatar de modo abierto, a ritmo y forma de cada persona, hechos que pueden ser considerados como traumáticos, para purgar/aliviar, al menos parcialmente, la *angustia* de la persona.

Coloco un ejemplo. Al final del semestre, con estudiantes de la asignatura de problemas filosóficos, solicito desde el principio, que piensen, reflexionen y se posicionen sobre un problema que vuelvan filosófico y que de manera directa les interpele en su existir. La muerte, la soledad, la incertidumbre, las variaciones sobre el futuro, son categorías constantemente recurridas. Elaboran entonces, un ensayo donde a través de alguna corriente filosófica vayan en el trayecto de situarse y nombrar esos síntomas recurrentes que les susurran con cierto malestar. Además de presentar la reflexión escrita, en un ambiente de confianza creado paulatinamente, se presentan frente a sus pares y emerge cierto modo de catarsis. Recuerdo, que como a Freud le sucedió, también en alguna ocasión cuando una estudiante se desahogaba contando lo vivido en un abuso sexual, al querer intervenir, decir algo que pudiese ser acorde al momento, con voz tajante y clara señalo: “Diana, me toca hablar. No digas nada”.

Su vomito es creativo y les permite confrontarse a esa realidad obviada, les coloca frente al conflicto y saber que la reconversión de lo sucedido, le podrá permitir hacerse cargo. Responsabilidad y libertad.

Efectivamente las y los docentes debemos como dice *Finkel*, aprender a dar clases con la boca cerrada, es nodal que aprendamos a escuchar y ser asertivos, ser humildes.

6) Lenguaje, visibilización y feminismos.

En la escuela y en la vida, somos compañeros, compañeras, colegas. Ellos/as si quieren, me llaman profesora y me tutean, si quieren me llaman Diana. Nos nombramos de modo incluyente y esto es un golpe al ego del profesor tradicional, pero ya es hora de sabernos parte y no poseedores centrales del conocimiento. Otra vez descentrar. Y en esa inclusión, el lenguaje sí es la conciencia activa de participación. Vivimos en tiempos de falacias exacerbadas y desde ahí, lo inclusivo genera mucho rechazo y escozor, por ende, es importante colocar el acento en que todo tiene ideología y nada es inocente, ni neutro, ni aséptico. La gramática dice otra vez *Darío Sztajnszrajber* construye sentido. Al visibilizar hacemos una práctica de resistencia que se opo-

ne a la fagocitación de un mundo que pretende normalizar, regular todo. Nosotras/os/es construimos el lenguaje y siempre estará supe-
ditado a contextos, tradiciones, experiencias. El lenguaje es político,
es construcción social en movimiento. Todo tiene una historia, cuando
hablamos, pensamos y somos. Y en este camino de saber quienes
somos, invito a las/os compañera/os, a que nombren, y nombren fuer-
te, a quienes históricamente se les puso la espalda y no los ojos, refi-
riéndome en concreto a la propuesta filosófica de las mujeres. ¿Cómo
construir una filosofía no androcéntrica?

¿Cómo trabajar también desde filosofías marginales y no colonialis-
tas? Son accionares cotidianos que requieren de un profundo com-
promiso.

En conclusión, promuevo una *filosofía porcina*. Eso es lo que dirían
algunos estoicos cristianos ante el camino del hedonismo. Dicen
que es goce grosero, bestial, trivial y que de la mano de Epicuro su
principal representante, coincido en presentar propuestas de igualdad
entre hombres y mujeres, acceso libre a la enseñanza y el debate
filosófico, placer, construcción de comunidad, trabajo sobre la dietética
y aritmética de los deseos, la lucha contra el sufrimiento, búsqueda de
la ataraxia, postura ante los miedos. El hedonismo es una actitud ante
la vida. Es una filosofía vital y alegre, y sí soy una puerca además
anti-especista que pretende hacer innovaciones radicales desde la
escucha y la convivencia para que los estudiantes no sean funcionales
al sistema, sino a lo que ellos/as decidan. La filosofía no resuelve
problemas, los crea, sitúa y reflexiona. La filosofía es también como
dice *Cioran* un correctivo para la tristeza.

Vivimos a diario aventuras que dislocan, sacan de la zona de confort,
rompen sus certezas. Siembra que ha rendido semillas y frutos,
traduciéndose en el encuentro con personas que a la postre, más allá
de vivirse a través de una profesión, se ejercen desde la autonomía,
de ese abrazo que sabe a búsqueda incesante de un bien-estar que
construye con su paso crítico y ético.

Ganar al desgano, el reto de la educación preparatoria

Benjamín Alejandro García González

Primer lugar ESRU Opina 2019

Ganar al desgano, el reto de la educación preparatoria

Primer lugar ESRU Opina 2019

No es fácil ser docente, a cambio de ello, resulta siempre una labor asaz satisfactoria y altamente degustable. Hay retos existentes de toda la vida y los hay novedosos, acorde a los tiempos y circunstancias.

El nivel medio superior resulta particularmente extraño, los jóvenes, en definitiva, ya no son infantes, tampoco adultos del todo. Les pedimos elegir el camino de la vida cuando se hallan en pleno descubrimiento de sí mismos. En muchas ocasiones vamos en contra de su voluntad, lo explica bien Daniel Pennac: ellos son sujetos de deseo, nosotros venimos a satisfacer necesidades, no deseos.

Mas la vida impone y no queda otro remedio, sino actuar frente al desafío. A todo ello, debemos sumar la ausencia de un salario digno, suficiente, que permita dedicarse por completo y sin carencias a la encomienda de guiar a la juventud en la tarea de buscar sus propios pasos; y claro, requerimos sumar también las condiciones socioeconómicas que aquejan a los alumnos.

Pero de todos los problemas, el más drástico es el desgano. Pregunté a mis alumnos cuál consideran que es el principal problema de los estudiantes y la mayoría coincidió en esa palabra: <<Sé que debo hacerlo, pero no me dan ganas. A veces no quiero entrar a clases. Sé que es por mi bien, pero me aburro. La verdad prefiero estar en el patio con mis amigos>>.

Los jóvenes no ignoran la necesidad de concluir el nivel medio o las posibles ventajas de ingresar al nivel superior; no están, por así decir, ciegos a la realidad, los inunda un fuerte desgano al que podemos hallar múltiples explicaciones.

En lugar de detenernos en esa arqueología de la angustia, cogeremos una de las raíces: la incomprensión sobre la relación entre la virtud y el conocimiento.

Por supuesto que, en lo posible, una clase debe ser dinámica y di-

vertida, también es cierto que la práctica requiere, incluso, del aburrimiento, ¿cómo se aprende a escribir? Bueno, en gerundio, es decir: escribiendo. Procuro que mis alumnos escriban mucho, por supuesto, corrijo sus fallas, pero lo más importante para mí es adentrarlos en los misterios de la expresión escrita. Ocurre como con el dominio de la música: escuchar una obra terminada, disfrutar la ejecución de un músico consumado es un placer, ¿cuánta repetición y aburrimiento logra la maravilla?

Digamos, con Perogrullo, que lo divertido es divertido, claro, pero hay partes que necesariamente implican esfuerzo, trabajo rudo y, como es de esperar, motivación.

Las motivaciones que rigen a las personas son diversas. Buscar la motivación adecuada nos lleva a una pregunta básica: ¿para qué construimos escuelas? La respuesta práctica diría que para permitir el ascenso social cuando la verdad es que muchos profesionistas ganan menos dinero que un vendedor de tamales. La respuesta social es que para formar los cuadros profesionales necesarios. En gran medida es verdad, aunque ahí cabría cuestionarse si requerimos tantos abogados o tantos comunicólogos. Muchas carreras, como ingeniería del petróleo, son muy necesarias y poco solicitadas en nuestro país.

Si buscamos la respuesta en donde todo comenzó, allá, en los tiempos de Platón y Aristóteles, hallaremos que, si bien, nadie se oponía al saber práctico, procuraban cultivar en el ciudadano, la virtud.

Para ellos, sobre todo para Platón, la virtud resultaba de la unión de belleza y bondad, una y otra reunidas para dar paso a la excelsitud del alma.

Construimos escuelas para formar ciudadanos, para cultivar en ellos la virtud. ¿Cómo podemos definir la virtud? No como una serie de preceptos morales arcaicos, sino a partir de preguntarnos, ¿quién es el ciudadano ideal? Quizá la primera tarea del ciudadano es la de practicar la duda, no bajo una forma destructiva, sino como una forma de equilibrio y avance. Ante el fenómeno de la posverdad, de las <<fake news>>, del acoso cibernético, etcétera; requerimos personas que no se vayan con respuestas simplonas, fáciles en apariencia; gente que sepa ir más allá del primer vistazo sin caer víctima de fanatismo de uno u otro signo.

Precisamos de gente capaz de plantear preguntas y aventurarse en soluciones, no con la intención de aferrarse a ellas, como a un maná divino, sino con la intención de proponer y trazar rutas, derroteros, posibilidades, aventuras.

Parte de la virtud recae en el diálogo y en el debate. En el primero se atrae la atención sobre un punto, se habla, sí, sobre todo, se escucha. En ocasiones realizo el siguiente ejercicio en el aula: << Bueno, van a formar parejas, después se colocan frente a frente. Su compañero va a hablar durante cinco minutos, sólo van a escuchar, cuando yo diga, intercambien: emisor se convierte en receptor y viceversa. Esa dinámica los lleva a reparar en la falta de atención consciente. La escucha activa la condición básica para todo diálogo fructífero.

Sobre el segundo, el debate, hay una serie de ideas equívocas, la más desafortunada es que suele pensarse como un conflicto desagradable. Debatir es sano, es un ejercicio social benéfico y necesario, conlleva conflicto, por supuesto, es parte de la vida, no se trata de rehuirlo, sino de llevarlo a cabo de una manera adecuada.

Quien debate busca persuadir, convencer al otro, ganar, sin embargo, quien practica la virtud llega dispuesto a reconocer las fallas de su argumentación, a maravillarse con otros puntos de vista; incluso, a enamorarse de otros puntos cuando se encuentran bien sustentados.

Tal virtud ciudadana comienza con la fascinación por el conocimiento, y él, a su vez, con la simple duda. No debemos rehuir la incertidumbre, ella forma parte del devenir humano. Debemos, sí, indagar e ir más allá de nuestro propio comienzo.

La tarea jamás ha sido de un individuo, sino de la sociedad en su conjunto. El reto del profesor contemporáneo es bregar entre los diversos objetivos depositados en la formación escolar, para mostrar, más que enseñar, la belleza de la virtud a la juventud, que no es sino la vieja posibilidad de conocerse así mismo, entre sí, con los demás; de participar de la creación del mundo y del universo, porque aunque hay una realidad objetiva, hay otra, conformada por todos los seres que coincidimos en una época y una circunstancia, es decir, de alguna manera somos formadores de nuestro universo.

Conocer es una forma de enamorarse de la vida y de sus circunstancias, de ser capaz de intervenir en el desarrollo de los sucesos, de no ser un mero títere del tiempo, sino un agente activo del momento.

Así, el ciudadano actúa como tal, no como alguien ajeno a la dinámica social de su entorno, sino como alguien partícipe de la comunidad, alguien ocupado y preocupado por sí mismo y por su entorno.

El desgano proviene de muchos factores. El no hay futuro de los punk alcanzó a nuestras generaciones: cambio climático, desempleo, partidocracia, recesión económica, terrorismo; pero todo eso que podemos observar como males, también debe ser visto como los retos que de una u otra forma la vida impone para ser resueltos de una u otra forma.

Hombres y mujeres virtuosos asumen no la molicie ni el conformismo, tampoco la insatisfacción ansiosa y delirante, sino la inquietud del conocimiento. La virtud, en consonancia con la propuesta de Platón, requiere la reunión del valor, de la cólera, de la templanza.

En Ariel, José Enrique Rodó llamó a la juventud americana a cultivar lo mejor del espíritu, tarea inmarcesible. El desgano que inunda a nuestros jóvenes actuales proviene, entre otras explicaciones, de no hallar un sentido para el conocimiento. No son pocos quienes piensan que la ignorancia posee como ventaja la felicidad: entre más se ignore, menos se sufrirá. Eso podría resultar cierto para un can, por ejemplo, pero ni siquiera podemos tildarlo de ignorante, simplemente es ajeno al conocimiento. El ser humano, en cambio, está llamado, y si se quiere condenado, a conocer. Entre más sepa de sí mismo y de su entorno, mayor plenitud podrá alcanzar. Es esta simple motivación, tan aparentemente modesta, la que debe guiar en el proceloso viaje de la adolescencia a la juventud.

De la aventura del descubrimiento proviene el estado más cercano a la realización del ser humano. Hoy en día, hemos creado toda una serie de mecanismos de entretenimiento, que no son ni buenos ni malos, pero que a menudo se convierte en una evasión constante de dicha tarea. Así como al musculoso le ha costado tiempo de entrenamiento llegar a ese estado, así cuesta a cada estudiante adentrarse en los misterios del conocimiento, pero una vez que logramos encaminarlo, hemos encaminado a un ciudadano más hacia la virtud.

Quien ha descubierto la duda, la inquietud, puede aprender mucho, digamos, del simple acto de observar una telenovela, porque la va a interrogar, la va a desmenuzar, va a analizar y sintetizar su contenido y va a producir un nuevo mensaje. Ese acto dota de sentido a todos

los productos comunicativos que nos rodean persistentemente a través de la televisión, el cine, las redes sociales, los espectaculares, las charlas y demás situaciones comunicativas.

Toda actividad carente de sentido nos lleva al desgano. En el conocimiento, dicho sentido no existe a priori, justo su indagación es tarea del docente y del alumno, de ese trabajo conjunto surge el empuje para romper el vicio del nihilismo corrosivo estudiantil (no hablo de todo nihilismo, sólo del que lleva al desgano). Cualquier persona joven puede incurrir en una serie de vicios: alcoholismo, drogadicción, video juegos, peleas, apuestas; hasta cierto punto es inevitable pasar por alguno de ellos, pero quizá el más peligroso sea este vacío, digámosle nec (nihilismo estudiantil corrosivo).

No hay un sentido intrínseco para la vida humana, no hay una razón primigenia y única, el nec puede persistir a lo largo de la vida, justo el conocimiento permite a cada uno, más que hallar su lugar, crearlo. Un ciudadano instalado en su momento, en su realización, es un beneficio para sí mismo y para los demás. De esa envergadura es el reto de la educación, en particular de la educación media.

Ahora bien, el desgano no sólo afecta a los estudiantes, también impacta en los docentes, también son diversas las razones, pero hay tres factores muy fuertes en tal caso: bajo salario, ausencia de recursos escolares, grupos numerosos. El docente requiere motivarse todos los días para después motivar a sus alumnos en el trabajo diario de aventurarse en el sendero del conocimiento.

Resolver todo esto escapa de momento a nuestros esfuerzos, al docente queda recordar que la enseñanza es un acto de amor, de amor al conocimiento y de amor al otro. En la medida en que ese amor logra transmitirse, el desgano, de una forma dinámica, disminuye tanto uno como en otro.

Pero no debemos dejar todo en ellos dos, es la sociedad en su conjunto quien debe reparar en esto. En la medida en que ello se comprenda, por decir algo, los salarios subirán, pero también el reconocimiento social a la docencia, en primer lugar, por parte de los dos actores fundamentales: el docente y el alumno. Quien se prepara para subir una montaña, al verla inmensa y dificultosa, a momentos siente el desgano, el deseo de regresar a casa y olvidar semejante tarea excesiva. Sin embargo, el saber que más allá se encuentra la cima,

la satisfacción y el agradable descenso lleva al escalador a aceptar el desafío. De forma semejante, docente y alumno deben reconocer la importancia y la dificultad de su misión conjunta.

La evaluación siempre será un factor importante. El alumno debe ingeniárselas para conseguir una calificación aprobatoria y el docente también debe ingeniárselas para construir instrumentos que permitan plasmar un registro lo más objetivo posible. Pero eso es un requisito y no el objetivo de la docencia, el reto es y ha sido siempre descubrir el placer y el sentido del conocimiento.

En palabras de Pennac, la felicidad está en comprender, y yo agrego que está en comprender toda la comunicación que circula a nuestro alrededor, con intenciones tan diversas y en ocasiones en detrimento de nuestro bienestar. He ahí entonces el reto: educar es luchar contra el desgano, es sortear el peligro del nec, es ayudar a crear ciudadanos virtuosos y en camino de construir su felicidad. Un reto enorme, sin duda, y por ello tan placentero de conseguir.

Leer, pensar y ser

La importancia del Colegio de Bachilleres en el fomento a la lectura y la escritura

*“El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”
Miguel de Cervantes Saavedra*

La lectura fue por mucho tiempo patrimonio de pocos; un secreto de iniciados que sólo poseía un selecto grupo. La ignorancia en cambio, se hizo compañera de la pobreza y las enfermedades. Omnipresente en la historia sin nadie que le pusiera un límite. Sombras y oscuridad; superstición y fanatismo, fueron los signos de las sociedades analfabetas.

El verdadero amanecer de la humanidad inició con el primer alfabetizador, tal vez un humilde maestro, una sencilla maestra que le dio a un niño el poder de leer un libro. La lectura abrió entonces un horizonte y un camino por el que se podía andar hacia el saber y el conocimiento; un medio para comunicarse con el pasado y para dejar constancia del presente a las generaciones futuras. La lectura es una necesidad imprescindible para convertir a las sociedades en lugares más humanos y armónicos donde la constante sea el diálogo y no la violencia; permite entender la conducta humana y es trascendental en la construcción y transmisión de nuevos conocimientos.

En la época actual, el lugar propio de la lectura es la escuela, es dentro de ella que se forma a los lectores expertos y se inculca el amor a los libros. En el Colegio de Bachilleres se tiene conciencia de esta responsabilidad. Por esta razón, los espacios en los cuales se hace presente la lectura y la escritura son muy importantes para la institución. Cada día que no se lee es un día perdido, así que dentro de los planes de clase y las diferentes materias se promueve la lectura y la creación escrita.

Estudiantes de todos los semestres conocen en sus aulas a Milán Kundera, a William Shakespeare; a Sartre y a Benito Pérez Galdós. Se han conmovido con poemas de Pablo Neruda y Alfonsina Storni y también han compartido sus propias lecturas, siempre valiosas porque al fin tienen un sentido, para ellos y para quienes, en un breve espacio cómplice, escuchan decir: ¿Ya leíste este libro?... El Colegio de Bachilleres es más que una institución, es un espacio, un lugar, un jardín del conocimiento; es un faro, una biblioteca y es una comunidad de lectores y de libros, de escritores y creadores. Están aquí todos, los lectores noveles y los que han leído mucho y quieren compartirlo.

La lectura es parte de la creación escrita, quien ha leído llegará tarde o temprano al camino de la escritura. Con excepción de su diario personal, quien escribe querrá ser leído, el escritor no es un ser solitario, se hace con el lector y la historia que escribe quedaría incompleta si nadie la lee. En el Colegio de Bachilleres no se quiere dejar en la soledad a quien escribe; de múltiples formas se construyen espacios para compartir textos: Periódicos murales, Concursos de Calaveritas, Proyectos de Lectura, y especialmente, el Concurso Esru-Opina, que desde hace más de una década promueve y premia la creación escrita.

El Concurso Esru-Opina es un proyecto único, pues entre los distintos certámenes de creación escrita, éste se ha pensado exclusivamente para los estudiantes y docentes de la Institución. Esru-Opina, es un espacio en el que cada año cientos de jóvenes tienen la oportunidad de escribir y ser leídos, de expresar sus ideas y sus inquietudes, hacer que su palabra tenga valor. En los últimos años, se abrió la convocatoria a los docentes, quienes han encontrado en este concurso un espacio para compartir sus ideas. Los profesores que han participado como organizadores o jueces en este certamen saben que el impacto de esta experiencia en la vida de los jóvenes es muy positiva, ya que les permite conocerse mejor y les da confianza para alcanzar sus metas.

Con todo lo que la lectura hace en la vida del ser humano, enseñar y hacer que los estudiantes se conviertan en lectores expertos es un acto de justicia. Es imprescindible entender que cuando se pone un libro en manos de un joven, y se le descubre su valor, tendremos un arma menos en la calle. Un joven leyendo en el transporte público le da sentido a este viaje que llamamos vida.

Cuando alguien escribe un poema, redacta un texto, escribe una carta, hay del otro lado alguien que espera, que quiere leer... promover la lectura nos lleva a comunicarnos más profundamente con el otro, sea mi amiga, mi hermano, mi maestra, mi maestro. Es por ello que, en el Colegio de Bachilleres, la lectura es imprescindible. Dentro de mucho tiempo, cuando nuestra civilización sea ruinas, alguien descubrirá que este espacio fue una escuela por sus libros, porque gracias a la lectura y a la escritura la historia guarda la memoria de quienes aquí estuvimos.

María Teresa Luna Pérez

Octavio Benjamín Pérez Ortiz
Raúl Piña Zamora
Maria Teresa Luna Pérez
Manuel Chavarría Chavarría
Ana Elisa Gómora Martínez
Vanessa Cossio Lora
Rodrigo Argüelles Alcántara
Yoanna Villanueva
Adrián Jiménez
Benjamín Pérez Ortiz
Balfer Alberto Navarrete Pérez
José de Jesús Vázquez Rojas
Julio César Rodríguez Aceves
Maria Teresa Luna Pérez
Leonardo Enrique García Olvera
María Elena Bernal González
Beatriz Juárez González
Chris Alejandro Hernández Vargas
Neri Arriaga
Benjamín Alejandro García González

